

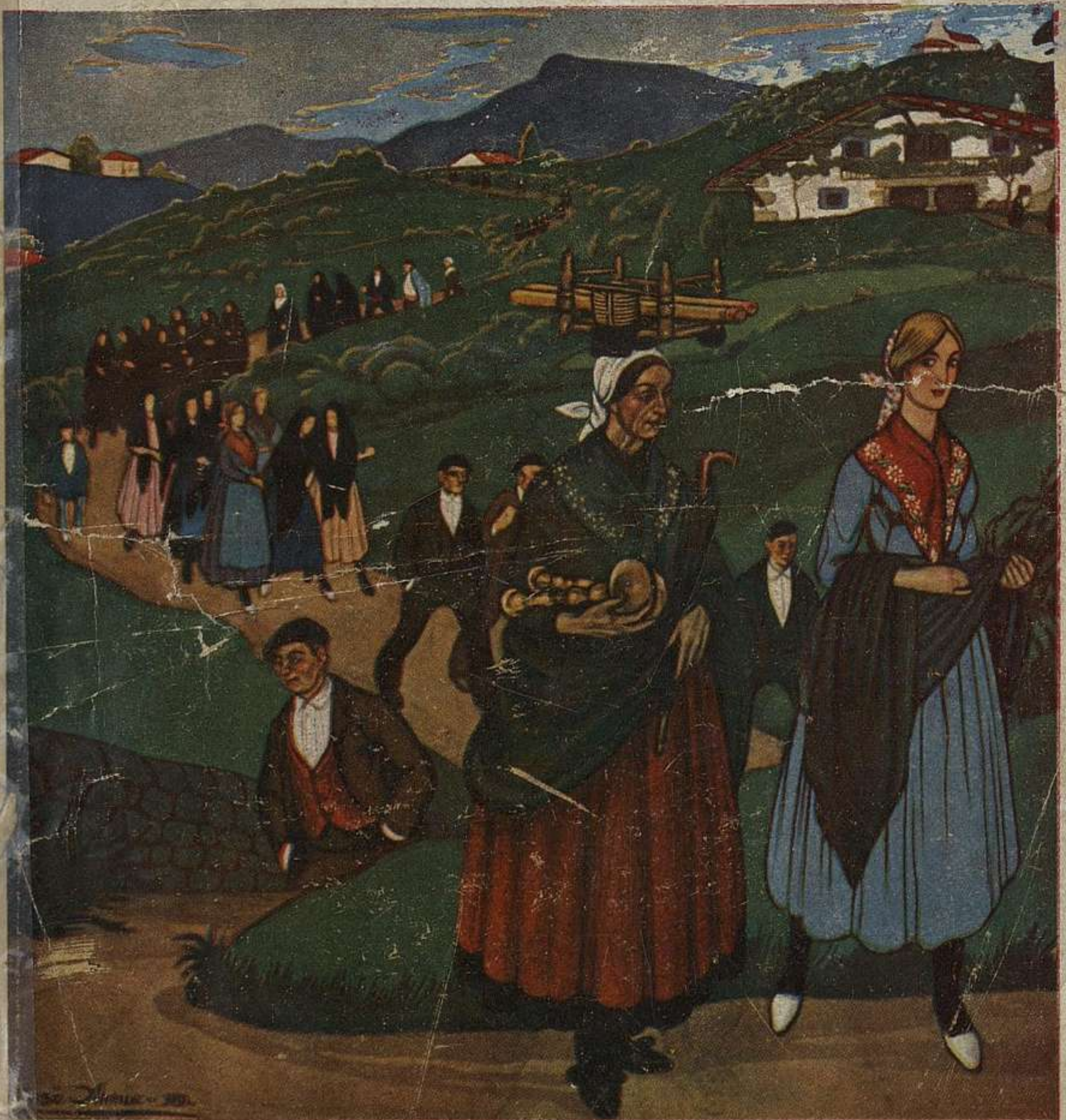


M. Aranáz Castellanos.

# "SEGUI-EDER"

(UESTRA SEÑORA DE LOS OJOS HERMOSOS)

NOVELA VASCA



(Dibujo de Arrúe).

EDITORIAL PUEYO.  
Arenal, 6, MADRID.

MCD 2019

MCD 2019





# "BEGUI - EDER"

(NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS HERMOSOS)

# OBRAS DE M. ARANÁZ CASTELLANOS

## ARTÍCULOS Y CUENTOS

**En babuchas.** (Segunda edición).

## ESTUDIOS NOVELESCOS

**Calabazatorre.** (Edición agotada).

**Carmenchu.**

## CUADROS VASCOS

Primera serie.—«**Cachalote**». (Tercera edición).

Segunda serie.—El «**prosedimiento**». (Tercera edición, en prensa).

Tercera serie.—«**Garrafón**» en el convento. (Segunda edición).

Cuarta serie.—La vida «se» es sueño.

Quinta serie.—El «**negosio**» de doña «**Fransisca**». (En preparación).

## NOVELAS VASCAS

«**Begui-Eder**» (Nuestra Señora de los Ojos Hermosos).

**Doña Tonelada.** (En preparación).

## TEATRO

!!!**Ojo!!!**—Juguete cómico, en un acto y en prosa, original.

**El mirlo blanco.**—Diálogo, en un acto y en prosa, original.

**Bohemia.**—Comedia, en tres actos y en prosa, arreglo del francés. En colaboración.

**El pájaro bobo.**—Sainete, en un acto y en prosa, original.

**Trenzas de oro.**—Comedia, en un acto y en prosa, original.

**La romanza del vivir.**—Comedia, en dos actos y en prosa, original.

**El sanatorio.**—Comedia, en un acto y en prosa, original.

FA-276

M. ARANÁZ CASTELLANOS

# "BEGUI-EDER"

(NUESTRA SEÑORA DE LOS OJOS HERMOSOS)

NOVELA VASCA



FUNDACIÓN  
JUAN JOSE  
N.º Invt. J.J. 364

MADRID  
EDITORIAL PUEYO  
Calle del Arenal, 6.  
1919



---

**ES PROPIEDAD DEL AUTOR**

**Derechos reservados para todos los países.**

**Copyright by M. Aranáz Castellanos, 1919.**

---

---

**Imprenta Helénica.—Pasaje de la Alhambra, 3.—Madrid.**

*Para el Excmo. Sr.*

*D. José M.<sup>a</sup> Martínez de las Rivas,*

*Cordialmente.*

*M. Aranáz Castellanos.*



# JORNADA PRIMERA

EL AMANECER



Noche última de Septiembre. Todavía cerrada...

---

Allá en lo alto, lejos, muy lejos de la aldea y de los pobres barrios diseminados por el valle, el viejo *Aise-Onac*, el caserío de los buenos vientos, dormía entre las sombras. Un sueño plácido, sueño de anciano, sueño de santo... Por sus paredes, que perdieron ya la cal, subían las yedras, enroscándose amorosas, hasta besar los carcomidos tablones del alero.

---

Detrás de la casa vetusta, fronteriza casi de sus grandes huertas, pero más arriba aún, alzándose sobre las crestas picudas de la cima, la humildísima ermita, arrullada por los encantos de su leyenda misteriosa, reposaba también.

Los fundadores de *Aise-Onac* la construyeron...

Desde su altarcito de madera, la imagen tan querida y venerada, Nuestra Señora de los Ojos

Hermosos, *Begui-Eder*, como abreviada y familiarmente llamábanla en vascuence, velaba cariñosa.

—  
Todo era paz en el monte...

—  
El solemne silencio turbóse de pronto. Un gallo había lanzado al aire, enderezándolas al cielo, las vigorosas notas de su canto.

Uno tras otro, siempre ocultos en la niebla y en la noche, resbalando de cumbre en cumbre, de loma en loma, de hogar en hogar, hasta perderse, al fin, allá en lo más hondo, por entre los recodos frondosos del río, numerosos cantos iguales fueron respondiendo alegremente. Simulaban un arpegio...

Y el gallo del viejo *Aise-Onac*, irguiéndose altanero, tornó a repetir su fanfarria triunfal.

—  
Sobresaltada de gozo ante el anuncio del día cercano, sacó *Machalén* sus brazos de bajo las sábanas para componer los cabellos que, contra la frente, habíansele adherido con el trasudar nocturno, y buscó en la obscuridad de su alcoba, mirando ansiosa hacia los pies del lecho, el cuadro de la ventana, aquel hueco, siempre

abierto, por el cual llegaban hasta ella, brindándole sus aromas, las voluptuosas emanaciones del campo.

—

Galantes también, unas nubes se rasgaron entonces... Y la luna quedó libre. Una luna de amores, de poema, de ensueño...

—

*Machalén*, inclinándose sobre un costado, fijó allí sus ojos.

A través de la blanca cortina suspendida del marco, de aquella cortina colocada por su madre para que las moscas y el sol no la molestasen, filtrábase con suavidad, pareciendo escurrir en las direcciones del tosco tejido, una mancha de luz cenicienta, melancólica y tenue, luz de estaño, que avanzaba despacio, muy despacio, con caminar que apenas dibujaba sobre el lienzo una estela de brillantez tristona.

Las claridades diurnas, tan deseadas, tardarían aún.

—

Volvió la enferma a entornar sus párpados, resignándose a la espera, y, adormilada en seguida, todo un idilio, todo un compendio de ro-



sadas ilusiones y esperanzas reidoras, cruzó por su frente febril.

—

Pronto, muy pronto, cuando Mari-Cruz la permitiera levantarse, cuando recuperase las fuerzas perdidas, cuando su busto, debilucho ahora, se enderezara otra vez airoso y esbelto, saldría saltando y corriendo al campo, vestida con su falda de percal obscuro, con su blusa y sus alpargatas blancas, con su pañuelito de vivos colores anudado sobre las trenzas, para gozar, bajo el cielo azul y el sol de los montes, de la vida siempre hermosa, de su juventud y sus alegrías, de su dulce novela de amor.

—

De aquel amor, no sabía por qué... Tal vez porque sí. Porque era amor, amor de verdad...

—

Sólo una vez le había visto, allá en la parroquia, el último domingo que pudo bajar a la aldea, mirándola insistentemente durante la hora y media que duró la misa mayor. Después, nada... No sabía de él, porque fué lo único que se atrevió a preguntar discretamente entre las otras *nescas*, sino que estaba allí desde hacía muy poco tiempo, y su nombre de pila.

Bernabé...

Por entre los robles y los castaños, escondiéndose de sus ojos cuando regresaba hacia el alto aquella mañana, casi aseguraría que le vió también, que le había adivinado siguiendo sus pasos monte arriba. Pero no podría jurarlo. Acaso fuera un engaño de su deseo, de la impresión que había causado en su alma el mirar de aquel guapo *mutil*, alto y delgado, moreno y un poco pálido.

—  
El mugir de una vaca en la cuadra, un mugir de bostezo, de despertar perezoso, interrumpióla un momento, nada más que un momento.

—  
Seguramente, así como ella era la *echandria* de *Aise-Onac*, la heredera de aquel caserío donde *Machalén* y su madre habitaban, Bernabé sería el *echagún* de otras tierras, el heredero, por derecho de nacimiento, de otra casa, tan grande o más que aquélla, enclavada también por las cumbres de una gigante montaña, tal vez en los llanos de un valle risueño, desde donde habría llegado calladamente, noticioso de las bellezas que de ella cantaban los *versolaris* por las aldeas, para conocerla de cerca,

para ofrecerle sus promesas de amor, y para hacer luego que sus padres, aldeanos muy ricos también, sin duda alguna, viniesen un buen día hasta *Aise-Onac* a firmar el contrato de bodas con su madre, con la pobre viuda Mari-Cruz, detallando cuidadosamente las entregas en ganado, en heredades, en muebles y en dinero, que de una y otra parte se harían a los novios.

Y llegaba la víspera ansiada, la víspera del día más grande de su vida...

Al atardecer, muy bien compuestos Bernabé y ella, sin hablarse por la emoción y cogidos de la mano, descenderían hacia el valle, por entre las envidiosas miraditas de sus amigas y los despechos de los mozos que tan interesadamente la cortejaron siempre, hasta llegar, allá en un rincón de la iglesia, ante el confesonario en que Don *Venansio* les aguardaba para absolverles de los pecados que pudieran haber cometido en su vida de solteros. Luego, con los padres de Bernabé, que a la salida estarían para acompañarles en la noche cerrada, precedidos todos de un listo *mutico* portador de un farolillo de cristales rajados, emprenderían otra vez el ascenso hasta *Aise-Onac*. Allí celebraría-se la cena íntima, la cena familiar donde con-

vendrían unánimemente, porque *Machalén* no quería dejar sola a su madre, en que el nuevo matrimonio, después de pasados unos meses en el caserío del guapo *echagún*, vendriase a vivir para siempre al lado de Mari-Cruz, cerca también de aquella *Begui-Eder* milagrosa, cuyo amparo no quería, por nada del mundo, alejar *Machalén* de su vida futura.

—

Madrugadoras y contentas, unas cuantas gallinas cacarearon alborozadamente...

Suspendida con ello la cena, de la que apresuradamente se despedían ya su novio y sus futuros suegros por prepararse para la *levantada* del día siguiente, la bella *echandria* dió media vuelta en el lecho.

Y apaciguado poco después el clamoreo, prosiguió en su soñar...

—

Muy temprano, con la alborada aún, vestidos con sus ropas mejores, las de las grandes solemnidades, comenzarían a llegar los invitados, casi cerca de un ciento entre hombres, mujeres y niños, ante el empedrado portalón del viejo caserío, esmeradamente barrido con las escobas de junco, y entre los *goras* a los novios y sus

padres, los *ujujús* de los más robustos *guizones*, el risotear de las *nescas* y el aplaudir de los chiquillos, formaría la comitiva.

Abrirían en ella la marcha, disparando al aire sus escopetas de caza, las antiguas y queridas escopetas de pistón, no solamente los jóvenes, sino también algunos *erris* de pelo ya blanco que así querían honrar a los novios... Detrás, marchando uno tras otro al paso vacilante de sus bueyes, a los cuales se habría adornado con percales de chillones coloridos, atando además a sus cornamentas grandes ramas de roble y de laureles, los espléndidos carros del *arreo*, un *arreo* como no se recordaría otro en el monte... Allí iban la recia cama conyugal, las dos mesillas de noche, la cómoda y el lavabo con espejo, el armario con su enorme copete, las sillas de todas clases, la mesa grande del comedor, los rústicos bancos de castaño, el arca de talla en que diez generaciones guardaron, entre olorosas manzanas, sus trajes de boda y sus secretos más preciados, los cubos repletos con los cacharros de la cocina, las cestas por las cuales asomaban sus bordados y sus cintas las ropas interiores de la novia... Luego, el *tamboritero* derrochando en su *chistu* los primores de su eje-

cutar maravilloso, acompañado por los incansables redobles de su ayudante contra los parches del tamboril mugriento, y tras ellos, en amigable y felicísimo pelotón, los novios tan envidiados, el párroco que les bendeciría dentro de un rato, muy lustrosa la sotana a fuerza de años y de cepillo, y los padrinos sonrientes de gozo... Metros después, el forzado sacristán llevando en la diestra el patriarcal paraguas rojo, curtido su color por todo un siglo de acompañar al Viático por los montes, y en la izquierda, soplando en él habilidosamente, el *alboca*, el primitivo instrumento de cañas y cuerno con que los vascos de antaño celebraron sus triunfos sobre las legiones de Agripa y contra las huestes de Roldán...

Cerrando ya la procesión aquella, las *nescachas* y los *mutillac*, fraternalmente abrazados en saltarines grupos, cambiándose de pecho en pecho, de oreja en oreja, de boca en boca, las últimas flores del verano, y a la cola de todos, zarandeando locamente sus panderetas de plateadas sonajas, las tres o cuatro viejas que disputaríanse, antes de un año, el honor de ser quienes asistieran a la novia en los duros trances de su nene primero.

Llegados a la parroquia, en cuya torre volteaban las campanas desde hacía ya un rato, y mientras los carros del *arreo* quedábanse a la puerta para que los vecinos todos pudieran curiosearlos, celebrárase la misa, comulgarían los novios, y también los padrinos, y daríales Don *Venansio* la bendición, deseándoles, en cariñosísima plática, cuanta felicidad pueda lograrse y apetecerse en este valle de lágrimas.

Terminada la ceremonia, recibidos después los jubilosos abrazos y besos de los padres, los plácemes de los invitados, las gratitudes de los pobres que ante la iglesia se habrían congregado para corresponder con sus *esquerricasco* a las espléndidas limosnas del padrino, vuelta a formarse la comitiva, a cada paso más alegre y estrepitosa, en dirección del nuevo hogar de la novia, de aquel hermoso caserío que, para recibirla dignamente, blanquearían días antes con despilfarro de cal, pintándole también de color verde su gran puerta de madera y sus ventanas. Ya estaba viendo *Machalén* delante de la fachada, sobre el césped fresco y tupido de la *campa*, las mesas de immaculados manteles, las grandes cazuelas de bacalao con tomate y pimientos, las tazas con *puchas*, las jarras de

*chacoli* nunca vacías, las *otanas* de pan tierno, sustituyendo aquel día a la *borona* negruzca, el cordero y los pollos asados, las manzanas y las uvas, la *colineta* golosa, y los invitados, todos contentos y dicharacheros, aplaudiendo a su madre, a sus suegros y al cura, mientras Bernabé y ella, juntando sus pies disimuladamente, mirábanse felices... A los postres, servido el café, servidas también las primeras copas de ron, coñac y anisado, los temidos *versolaris* que antes cantaran su belleza, llegando ahora uno tras otro hasta las cestas del *arreo*, sacando de ellas las camisas, los pantalones y las medias de la novia, y lanzando a los vientos, entre las risas de todos, sus coplas improvisadas y picarescas. Y para final, la fiesta que ayudaría la digestión de todo lo comido y libado, los *aurrescus*, las jotas, un poco también del peca-minoso *agarrao*, aprovechando lo muy distraído que estaría el párroco con la sobremesa, el fatigoso y desenfrenado *arin-arin*, y a recomen-zar hasta que llegase la noche.

Aquella noche, durante la cual, creyendo allí a los recién casados, porque de nadie se despidieron al emprender su viaje de novios, pretenderían interrumpir su descanso las voces de las



amigas y amigos más íntimos, diciéndoles bur-las a través de la cerrada puerta conyugal, pe-gando en ella amenazadores manotazos, y anun-ciándoles que Fulano y Zutano, habiendo con-cluído con los *ondaquines*, con los restos todos de las mesas, y *moscorras* ya por completo, querían entrar allí dentro para pasar con ellos un rato.

—

Por la ventana de la enferma, subiendo con-fusamente desde los hogares más cercanos, los recios mugidos de otras vacas y el creciente cacarear de otras gallinas, que también desper-taban, comenzaron a entrar hasta *Machalén*.

—

Soñaba ya la heredera, dando por transcurri-dos unos años y por sólidamente asentada allí la jefatura de Bernabé, en quien Mari-Cruz ha-bía llegado a adorar más que en su propia hija, porque también para ella era un santo, en lo mucho que se alegraría con tan amada co-operación aquel *Aise-Onac* tan triste y tan de-sierto ahora, tan solitario y tan silencioso, tan abandonado y tan en ruinas casi, donde ni por casualidad se había escuchado una vez sola, desde hacía ya tiempo, el retozar de una risa.

Lo que allí faltaba eran chicos, sanos y rollizos, coloradotes y mofletudos, revoltosos y siempre contentos, que corretearan por las huertas, estropeando los sembrados, que *holgasen* con las gallinas, aprisionándoles las *chitas*, que cuidaran de las vacas y sus *chalas*, de la cerda y los *rostrizos*, que apaleasen los cerezos e higueras, encaramándose por sus ramas, y que, en la víspera bulliciosa de San Juan, arrojasen a la fogata enorme, saltando luego sobre las llamas, cuanto a su alcance encontraran.

—  
Estremecióse *Machalén*.

Coloreando apenas los objetos, las primeras luces de la mañana, tímidas y turbias, alumbraban ya el interior de la alcoba...

Su alcoba de soltera.

—  
Destacaba en un lado el palanganero de hierro con la toalla extendida sobre la jofaina, una toalla sin mancha, cuyos bordes se perfilaban borrosos sobre las paredes en muchos años no blanqueadas. Frente por frente, en el trozo de tabique cubierto con percalina roja para que las ropas no se tiznasen de cal, el colgador de donde pendían sus faldas y sus

blusas fuertemente almidonadas. Entre el lavabo y la percha, el gran armario del padre difunto, el mueble sagrado que nunca se abría, la especie de tabernáculo en que, discretamente separadas de las del hijo, llorado también, yacían sus ropas de todas clases, su enorme capa de paño pardo, su paraguas y sus abarcas, su tapabocas y su boina, su reloj y su pipa de barro, aquella pipa que se rompió el día mismo del entierro. Sobre la cabecera del lecho, sostenida por cuatro mohosas escafpas, encorvada y cubierta de polvo, la seca palma de Ramos, el amarillento crucifijo de marfil y la *benditera* dorada sin gota de agua.

Levantóse *Machalén*, dejando sobre el borde del colchón las dos profundas señales de sus piernas delgadas, y avanzó hacia la ventana.

En su rostro de virgen campesina, serpenteando sombría, transparentábase la red azulada de sus venas. Un círculo violeta rodeaba sus ojos hundidos, verdes ojos de mirada dulce y cariciosa, que parecían querer dormirse sobre los pómulos levemente encendidos. Medio ocultando las nitideces del seno, sus rubios cabellos, lacios y muy largos, pendían estatuariamente...

Curiosa por ver el paisaje, que hacía más de dos semanas no había contemplado, descorrió *Machalén* la cortina y miró al exterior.

Los árboles más próximos, los robles y nogales que durante el día prestaban sus sombras a la plazoleta del caserío, dibujábanse con caprichosos contornos. Sobre los montones de estiércol que manchaban allí el piso, las gotas de rocío brillaban débilmente, con pálidos destellos diamantinos. Fuera de la plazoleta, tras el cercado de madera y zarzales, la niebla de la madrugada, contrastando con las diafanidades del cenit, era todavía la dueña y señora de los montes.

No parecía la tierra, sino el mar, un mar encrepado y silencioso, un mar de algodón en copos, un mar quieto, un mar sorprendido por una instantánea en sus alborotos de espuma, lo que desde la ventana de *Machalén* se divisaba...

Rompiendo la perlina superficie, las crestas de algunas montañas, las más altas, asomaban por aquella nebulosa semejando rocas, peñones e islotes contra cuyos negros cimientos pulverizábanse las aguas. Una brisa de tibiedades soñolientas, portadora en sus ondas, no de las

sales y de los yodados olores de algas y plantas marinas, sino de los respiros y perfumes escapados de la tierra siempre madre, embalsamaba el ambiente con su ambrosía y con sus ámbares.

También *Begui-Eder* estaría entonces mirando hacia aquel mar sin límites, recordándolo y bendiciéndole... La leyenda cuyo secreto transmitíase en *Aise-Onac* de generación en generación, contábalo así. Siempre en los amaneceres húmedos, en los amaneceres de niebla y de viento cálido, en los amaneceres como aquél...

—*¡Machalén!*—susurró con modulación amorosa una voz que apenas llegó a la ventana.

Sobresaltóse la heredera, retiró hacia el interior su busto casi desnudo, cerróse la camisa nerviosamente desabrochada durante la noche, y, coloreado luego el rostro por la emoción sentida, puso un dedo sobre sus labios y asomó la cabeza.

—*¡Machalén!*—repitió la voz, aproximándose con misterio.

Desde las más cercanas ramas, piando asús-

tadizos, unos cuantos pajarillos tendieron su vuelo.

—Te he llamado—dijo Bernabé—, porque te he visto y no he podido resistir a la tentación de hablarte. Seis noches hace que subo hasta *Aise-Onac*, que paso horas enteras mirando a tu ventana. Por ella he oído tu respirar agitado y esa tos que te interrumpe el descanso. Tu tos que, aquí en el alto, cuando ningún otro ruido se escucha en el monte, también a mí me hace daño. Y permíteme una súplica, *Machalén*. Por esa ventana abierta entran hasta tu cama el relente de los cielos y la humedad de los campos. Ciérrala aunque sea ahora, no te asomes a ella sino cuando el sol la caliente, y verás qué pronto curas, cómo sanas para siempre y te olvidas de tus males.

—Más quiero oírte—murmuró *Machalén*.

—Yo, en cambio, prefiero que tú me hables. Quiero saber por ti misma que estás más fuerte, más animosa, más valiente que nunca. En cuanto me lo hayas dicho, en cuanto tenga esa alegría y ese consuelo, me volveré corriendo al valle. He de bajar allí antes de que amanezca del todo, antes de que puedan verme, antes de dar

motivo para que sobre ti cayeran disgustos. Es la mejor prueba, la mejor que puedo ofrecerte, de que estoy enamorado de ti, de que te quiero...

—¿Qué disgustos?...—preguntó la *echandría* temerosamente.

—No es ocasión de hablarte ahora de ellos, *Machalén*—respondió Bernabé con tono de pena—. Tiempo vendrá de sufrirlos juntos o de llorarlos por separado, de llorar acaso yo solo, porque quizá esta primera vez que nos hablamos sea también la última. Cuando sepas quién soy, de dónde vengo, acaso tampoco encuentre en ti la hospitalidad que en todas partes parece que me niegan...

—

Siguióse un silencio, un largo silencio...

Ante aquel dulce hablar, misterioso hablar de felicidades y de lágrimas, de ilusiones y de temores, de cariños y de frialdades, *Machalén* habíase quedado absorta y pensativa. Los que dijeron quererla, allá en las romerías, después de haber comido mucho y de beber bastante más, vociferando y riendo al proponerla sus amores, nunca lo hicieron con tales acentos, con tan acariciadora verdad. Tampoco se mo-

lestaron jamás en subir hasta *Aise-Onac*, como no fuese con el objeto de comprobar por sus propios ojos las extensiones de sus tierras y el probable valer del viejo caserío.

La aldeana más rica de todas, según decían luego...

—

Emocionada, *Machalén* dudó unos momentos. Por fin, abandonóse a los impulsos de su alma.

—Súbete aquí un poco—suplicó, señalando la parra cargada de gruesos racimos—. Muy lejos estamos.

Luego, cuando Bernabé hubo trepado hasta ella, tendióle sus manos confiada, le miró con apasionada fijeza, y hablando en voz baja, muy baja, balbuceó tiernamente:

—No me da miedo el *desirte*. También yo te quiero...

—

La Naturaleza, impaciente por revivir, trepidaba con ansias bajo la niebla. Coloreábanse los primeros términos con tintas delicadas, tintas de indefinible claro-oscuro, que destacaban vibradoras sobre un fondo grisáceo todavía, apenas verdeante. Las cumbres más lejanas,



anaranjadas ya en sus negruras, agigantaban sus siluetas.

—Castellano no sé como tú sabes—advirtió *Machalén*, ruborizándose—, pero todo te diré. Si entenderías *vascuense*, mejor *pa* los dos sería.

Y, vencido su temor a expresarse, habló sin disfraces.

Mientras él velaba su dormir, mientras hacía guardia delante de su ventana, soñaba ella con él. Que se querían, que se casaban, que eran muy dichosos... Que también él tenía un case-río muy grande y unas heredades como aque-llas... Pero que se venían a vivir en éste, en *Aise-Onac*, para alegrarle y hacerlo feliz con sus amores.

Bernabé contuvo un suspiro. Luego, oprimió entre sus manos las de la bella *echandría*.

¿Deseaba saber por boca de ella misma que estaba mejor, más fuerte, más animosa?... Pues era verdad. Como que si hubiese sospechado que escuchaba él su tos, que le hacía también daño, no habría tosido ni una sola vez. Estaba ya buena. Dentro de unos días, muy pocos, pensaba salir por los campos, bajar corriendo hasta la aldea.

Y, riendo feliz, muy feliz, *Machalén* concluyó alborozada:

—*Pa* verte allí abajo... *Pa* que todos también nos vean... *Pa* que me tengan envidias... Muchas envidias...

Bernabé inclinó la cabeza y sonrió tristemente. Su sonreír sin palabras, sonreír de pesares, contagió a *Machalén*.

Penosos recuerdos, los dolores todos de aquel *Aise-Onac* tan castigado por la desgracia, acudieron entonces a su mente.

Tres años hacía que Pedro-Mari, su hermano mimado, el mozo más fuerte en la barra y en los bolos, había vuelto a la casa sostenido por los brazos de dos amigos, demacrado el semblante, los ojos vidriosos, cárdenos los labios, teñida de grana la blanca pechera de la camisa. Cuando se lo llevaron, dos meses más tarde, a la madre infeliz, la madre siempre amorosa, cubriósele de canas la cabeza y dos arrugas profundas surcaron su frente. Un año después, al atardecer de un crudo día de invierno, el suelo se manchó otra vez de sangre, sangre del buen *Chómin*, del padre adorado. Ni los desvelos de

las dos mujeres, ni los afanes de Don Martín, el médico, sirvieron de nada eficaz. Eran casos rápidos, casos de muerte inevitable y fiera, latigazos que caían sobre las vidas como las guadañas sobre las mieses.

Y de los ojos verdes de *Machalén*, temblorosas y cálidas, resbalaron dos lágrimas.

—¿Lloras?...—interrogó Bernabé con dulzura—. Dime por qué...

—Mis penas tengo—respondió la enferma sollozando—. Penas y miedos.

Llevando un extremo de su blusa hacia el rostro humedecido de *Machalén*, enjugóselo Bernabé mimosamente, y murmuró después:

—¡Penas y miedos!... ¡Quién no los tiene!...

—¿Tú también?... —preguntóle la heredera acercándose—. Dime, pues...

En los céspedes verdes, de un verde amenazado ya por los cobres del otoño, el viento de la mañana engendraba diversas y movedizas tonalidades. Una delicada irisación de luces, más viva a cada momento, más potente, esparcíase sobre las serenidades del paisaje.

*Machalén* insistió dulcemente. Y Bernabé, clavando en los ojos verdes de la *echandria* los suyos negros, muy negros, comenzó a decir quién era y de dónde había llegado.

—

—No te asustes... Soy de lejos, *Machalén*, de muy lejos... De tierras desiertas donde no hay montañas, donde no hay arbolados tampoco, donde los ríos no se conocen, donde se mueren de sed los sembrados... Tierras áridas, tierras pobres, sobre las cuales el cielo suele olvidarse, un año y otro año, de mandar sus lluvias tan deseadas... Y los pueblos, allí, sufren de hambre... De nada sirven las promesas, de nada tampoco las rogativas y procesiones... Cuando se pierden los trigos, falta el pan, y, cuando las nubes tienen mala memoria, también falta agua para beber... No hay leña en el invierno con que calentar los hogares, y no puede trabajarse en el verano porque el sol quema más que el fuego... La gente se esconde en lo que llaman sus casas, miserables chozas hechas con barro, y también en agujeros cavados en tierra... No hay allí otras paredes de piedra que las de la iglesia, una iglesia en cuya torre ruinososa vive una vieja cigüeña... Y tampoco hay otra esperanza de

vida mejor que la muerte, una muerte cristiana y honrada... Lo único de que podemos presumir, enorgullecernos fundadamente, es de algo que ni alimenta, ni fortifica, ni enriquece... De que hablamos como nadie la lengua hermosa de nuestra patria, de nuestra España... De que somos todos un poco artistas y poetas... De que, por encima de las materialidades de la vida, sabemos elevarnos hasta el vivir espiritual... De que un día lejano nos llamaron hidalgos, y siendo hidalgos moriremos... Hidalgos que llevamos en nuestras almas un altar para el honor, y que, caballeros y desinteresados, damos de lado al dinero que, según las leyendas, ganaron con sus espadas nuestros antepasados... Hidalgos a quienes premiará la Historia, si de ellos quiere acordarse, dedicándoles un manojito de laureles, tal vez una sola siempreviva... Y esa es toda nuestra avaricia, nuestro único soñar en grandezas... Porque en el mundo, para aquellas tierras mías, todos sabemos firmemente que no hay esperanzas ni redención... Nunca llegará a ellas nadie que les dé el agua de que están sedientas, ni las defienda tampoco del sol que las abrasa... Siempre seguirán sus hijos careciendo de pan y faltándoles también la leña en el invierno... La

cigüeña continuará en la torre de la iglesia por siglos y siglos... Presenciando desde allí las rogativas y procesiones, los bautizos y bodas sin fiesta, los entierros pobres y tristes... Soy de un lugar de Castilla, *Machalén*... No te asustes...

—

El día avanzaba. Las nubes bajas, nubes violáceas que ascendían de los barrancos y las encañadas, evaporábanse entonces velozmente, dejando ver, como al través de un encaje, las heredades más próximas, los manzanos cargados de sus frutas verdes, amarillas y rojas, los tupidos y altos maizales encorvándose bajo el peso de las mazorcas ya maduras, los bosques de reacios castaños, las huertas plantadas de remolacha, de pimientos, de tomates, de trepadoras alubias que se enroscaban por sus trípodes de cañas...

—

—Si no te cansa ya mi hablar, si aún quieres atenderme, voy a decirte ahora—prosiguió Bernabé después de una pausa—por qué he venido hasta aquí, hasta estos lugares tuyos que siempre oí ponderar como países de ventura, como si fueran esa tierra prometida de que la Sagrada Escritura nos habla... La razón es mi madre,

una madre que por sus muchos sufrires parece ya una abuela. Una bendita mujer, una santa, cuya vejez quiero que sea feliz y tranquila, sin penas ni privaciones, defendida por los dineros que con mi trabajo pueda yo enviarla... He tenido la suerte de que mi peregrinar no haya sido largo, de que encontrase la solución cuando mis pobres ahorros no se habían agotado todavía... Un puesto de obrero humilde, modestísimo, de peón a las órdenes de todos. Y ahí abajo me tienes, *Machalén*, ahí al pie de tu montaña... Dando azadonazos en esta vuestra tierra pródiga, contribuyendo con mi sudor y con mis fuerzas a descubrir los filones de esa mina prodigiosa de que habrás oído hablar a tus gentes... Esa gran mina que anuncian convertirá vuestro valle en el más rico y más nombrado de Vizcaya... Proyectan ya hornos muy altos que harán hierro, fábricas de aceros, talleres gigantes que construirán soberbias maquinarias... También, también vosotros sois un poco poetas—concluyó diciendo Bernabé con amarga admiración—, pero poetas sin hambre, poetas que soñáis sobre cimientos, poetas que tenéis con qué escribir vuestros versos...

---

Viendo romperse su dulce novela de amores, conmovida y torturada por extrañas emociones, la heredera de *Aise-Onac* había escuchado en tembloroso silencio. Aquellas tierras de que con tan melancólico cariño acababa de hablar Bernabé, tierras de pobreza, tierras de sufrir, eran las mismas de que siempre oyó *Machalén* injurias y amenazas para sus hombres, burlas despreciadoras y sangrientas, rencores y palabras de muerte. No era aquel castellano el *echagún* que soñara, tampoco tenía un caserío de fachada blanca y ventanas verdes, tampoco unas heredades y unas huertas tan grandes como las suyas... ¡Pero no importaba!... Por encima de las tierras y de las casas, de las ropas y de los muebles que habrían de formar en la imaginada comitiva, su corazón ordenábala que por allí fuera, que por allí enderezase con los ojos vendados. Y en el alma virgen de la bella *echandria*, hidalga y generosa también ella, nacida para las bondades y el sacrificio, para el amor que ennoblece y no para el odio que rebaja, algo muy grande, muy santo, erguía heroica y decididamente, con toda la rebeldía hermosa, con todos los férreos vigores de su raza...

—



—Ya ves qué poca cosa puedo brindarte, *Machalén*—terminó diciendo Bernabé—, con qué pocos méritos me he atrevido a llegar ante tu ventana en este amanecer... Lo único que tengo para ofrecerte, si quisieras irte unos días junto a mi madre, es aquel aire que vivifica y que cura, aquel aire sin humedades... Aquel aire que es más sano y más puro—añadió el castellano—, no porque sea el aire nuestro, sino porque está más alto que el tuyo, más cerca del cielo...

Abajo, en lo más profundo del valle, plateaba ya el río. Sus resplandores de espejo, amortiguados por los últimos restos de la niebla, confundíanse casi con la blanca cenefa de la carretera tortuosa, en la que puntos oscuros, una carreta o un hombre, una vaca o un perro, movíanse entonces. El tan-tan de una esquila resonaba a lo lejos.

Creyendo adivinar lo que la heredera pensaba, Bernabé permaneció callado unos instantes. Después dijo tristemente:

—No te canses, *Machalén*, no sufras, no te esfuerces en decirmelo, porque ya lo sabía.

Para los tuyos, para las gentes de este valle y de estas montañas, debe ser un pecado muy grande el no haber nacido aquí. Por eso te he dicho antes que esta primera vez que nos vemos iba también a ser la última...

—No, la última no...—interrumpióle ella con acento de pena.

—Y más vale que así sea—continuó diciendo el castellano—. Yo no tengo aquí nada que perder, nada absolutamente, porque el pobre jornal que gano ahí abajo creo que tampoco se lo negarán a mis brazos en otros lugares. Pero tú, tú que vives en tu casa, con riqueza, sin pesares, sin odios...

*Machalén* no pudo contenerse. Y sobre la boca de Bernabé, en un brusco movimiento, apoyáronse unos dedos que le hicieron enmudecer.

—Calla, calla esas cosas...—suplicó la *echandria* con voz velada—. Por Dios te pido...

Después, sujetándole fuertemente de las manos para que no se apartase de ella, rechazando con el empañarse de sus ojos verdes aquellas amargas quejas del castellano, que ya su amor

tenía derecho a considerar como ofensas, *Machalén* observó profundamente a Bernabé, y envalentonada al encontrarse con su mirar noble, mirar franco, mirar de caballero, dejó escapar un suspiro y dispúsose a hablar. Sus labios temblaban.

—Si me crees igual que esos otros que *conoces*, igual que los demás de la aldea—dijo, por fin, *Machalén*—, *equivocao* estás del todo. Antes ya te he dicho que te quiero, *que te quiero*, y con gusto te repito otra *ves* y cuantas pidas.

—*¡Machalén!...*

—Tú me has *hablao* como nunca le oí hablarme a nadie en el mundo, *a nadie*—afirmó reciamente la heredera—, y dispuesta estoy a sufrirme cuantos disgustos nos vengan *ensima*, con tal de que tú me quieras también.

Pálida y apasionada, *Machalén* siguió hablando con vehemencia.

Para ayudarles victoriosamente, para hacerles salir triunfantes sobre las contrariedades y obstáculos que sus amores les pudieran traer en la aldea y en el monte, contaba ella con la elevada protección de alguien muy poderoso,

de alguien que cerca de allí habitaba, y a quien los dos, de rodillas una mañana, encomendarían para siempre su cariño y el porvenir de sus vidas.

—*Begui-Eder...* ¿Ya sabes quién es?... La Virgen de los ojos hermosos... La Virgen mía...

Cuando fuera su marido, porque por tradición estaba vedado el descubrirselo a nadie que no perteneciese a la familia de *Aise-Onac*, contaría ella el secreto de sus ojos, el por qué de la veneración que desde sus más lejanos abuelos tenían a la Virgen adorada, y el milagro que *Begui-Eder* hizo en su ermita.

Un milagro que habría de repetirse en ocasión solemne.

—El milagro de que tú me quieras—murmuró Bernabé conmovido—. El milagro de que no te niegues a mí....

Los primeros resplandores del sol sonrosaban ya el cielo. Teñíanse de púrpura las cumbres de los montes, y un polvillo sutil de luz dorada difundíase por el espacio. Los rojizos fulgores llegaron hasta la fachada del caserío.

—No cierres tus ojos, *Machalén*—dijo Bernabé con dulzura—. El sol sabrá no hacerles daño.

La *echandria*, sonriendo feliz, entreabrió lentamente sus párpados. El rostro del castellano, muy próximo entonces al de ella, la defendía de los destellos solares. Sus alientos, nobles alientos de almas hermanas, se confundían en uno.

—Son estas luces las primeras que alumbran nuestros amores—exclamó Bernabé con pasión—. Las primeras que dan vida a nuestras ilusiones y nuestros sueños.

—

Regiamente, majestuosamente, elevábase ya el astro soberano. Sus rayos vibrantes, rayos de fuego que se extendían vertiginosos por el paisaje, encendiéndolo en llamas, derramaban sobre los campos sus notas de alegría inmensa. Acariciada por las divinas calideces, la Naturaleza palpitaba gozosa.

—

—Es tarde—dijo Bernabé, oprimiendo las manos de *Machalén*—. Adiós...

No le respondió la heredera. Bajos los ojos y ruborosas las mejillas, atraíale hacia sí presentándole su frente.

—*Etorri...*—suplicó suavemente en vascuence—. Ven...

Bernabé vaciló un segundo. Luego, aproximándose devoto, depositó un largo beso por encima de las cejas de *Machalén*.

—Adiós—dijo entonces la enferma—. Adiós...

—  
Medio ciento de palomas, lanzándose desde un ventanillo del desván, abrieron por el aire sus alas irisadas. Las gallinas que antes se mostraran tempraneras, clamando, sin duda, ahora por picotear los gusanillos del campo, tornaron a cacarear con terco bullicio. El persistente mugir de las vacas y el gruñido de los cerdos contribuyeron al estruendoso alboroto. Tirando de su cadena, el viejo *Chacurra* rompió en roncos ladridos.

—  
—*Agur*—volvió a repetir la *echandria* de *Aise-Onac*, diciendo su adiós en vascuence cariñoso—. *Agur...*

—  
Ya en el suelo, girando bruscamente sobre sus plantas, el castellano dió cara al valle. Atravesó luego la plazoleta cuyo piso manchaban los montones de estiércol, y, saltando el valla-

do de madera y zarzales, internóse por entre las heredades en que amarilleaban las mazorcas de maíz. Las primeras hojas caídas crujían bajo su paso.

—  
Era ya día pleno, día espléndido...

—  
Animoso, olvidado de sus penas y temores, detúvose Bernabé un instante y volvió la cabeza.

La blanca silueta de *Machalén*, encuadrada por el marco obscuro de la ventana, se destacaba inmóvil sobre los verdores de la parra frondosa. Sus rubios cabellos brillaban al sol.

Detrás de *Aise-Onac*, en las crestas picudas de la cima, la humildísima ermita perfilábase esbelta.

—  
Más arriba, allá en los azules del cielo, moría la luna...

JORNADA SEGUNDA

LLUEVE...





Mediaba la mañana...

El valle y las verdes montañas de aquel rincón de Vizcaya, tan alegre y pintoresco al sol, habían vuelto a recobrar su fisonomía habitual. Una semana ya que lloviznaba finamente, tenazmente, persistentemente. El paisaje se inundaba de tristezas, de melancolía, de pesadumbre, y también las almas. Diríase que todo el día era crepúsculo, abrumador crepúsculo de una tarde invernal. Ni un solo añil, ni siquiera un claro de luz, ni tampoco una nube más oscura que las otras, destacaban en las grises monotonías del cielo.

Todo igualmente ceniza...

---

Hacia el alto, muy despacio, encorvado sobre su flacucho caballejo, subía desde la aldea el médico.

Llevaba Don Martín puesto su pensamiento en el recuerdo de los males de *Aise-Onac*, de aquel *Aise-Onac* al que tan rara vez solía venir

ahora, y distraía su mirar, sonriendo caviloso, por aquellos lugares, tan queridos de él desde la infancia, donde el pasar de los años no iba dejándole más que los hijos y los nietos de quienes fueron sus amigos más íntimos.

—Baltasar el *forsudo*, Manu el gordo, Jose-Mari el *casador*...

Solterón empedernido, pues opinaba que el verdadero médico no debía tener más afectos que el de sus enfermos, vivía Don Martín atendido por una vieja aldeana, y cifraba toda su ambición, toda, en que el día de su entierro, un día también lluvioso, le acompañase la aldea entera, hombres, mujeres y niños, lagrimeando en silencio y pensando tristones en que fué un hombre bueno.

Lo que no creían todos, aunque no fuese suya la culpa inicial en aquellas pretendidas maldades.

— La culpa, según se decía escondidamente entre los aldeanos que así murmuraban, era de los otros, de sus padres, de los que vendieron el caserío de los abuelos y mandaron luego al *mutil* a educarse fuera, a *estudiarse* médico, en *ves* de cura, con maestros y amigos que le me-

tieron en la *cabesa* ideas de libertad, ideas *torcidas*, ideas que maldita la falta que hacían para *vivirse* en el campo, y que le habían devuelto a sus tierras *mudao* por completo.

Hasta el *asento* había perdido con tantos años fuera...

Menos mal que para los montes, para el río, para los bosques y también para la aldea, siempre había guardado cariño extraordinario, verdadera cordialidad y amores. Por eso le perdonaban, por eso, y porque, a pesar de todo cuanto contra ellos decía, era siempre el compañero mejor en sus calamidades y penas, no cobrándoles nunca los honorarios, y dejándoles, además, cuando alguna familia no tenía posibles *pa las boticas*, su importe completo sobre la mesilla de noche.

Si no fuera por ello, por esta gratitud que en la aldea toda le debían, seguramente le hubiesen despachado de allí hacía mucho, muchísimo tiempo.

Ya dentro del portalón, apeóse Don Martín del jamelgo, le cruzó por las crines del cuello las mugrientas bridas de cuerda, y quitándose

el capote de aguas, negro en un tiempo y verduzco ahora, acomodólo en la silla de cuero mil veces cosida y remendada. Luego, desdoblándolo el pañuelo de yerbas, enjugóse la lluvia de la cara y las manos, dió contra el suelo, por reanimar las piernas entumecidas, media docena de fuertes pisadas, y avanzó lentamente hacia el interior de *Aise-Onac*. Siguióle el rocín con lánguida mirada, volvió después sobre sus cascos, y, hociqueando por el piso, se fué en dirección de los rincones donde el césped crecía más tupido y lozano.

---

El monótono rum-rum de una voz, que parecía rezar, resonaba roncamente dentro del caserío.

Acarició Don Martín a *Chacurra*, que con la cabeza gacha y moviendo la cola habíase adelantado a su encuentro, y dejando a un lado la escalera de peldaños desnivelados y angostos que conducía al piso de arriba, encaminóse a la cocina como si por su casa se entrara.

Ante la puerta, recordando que más de una vez cenó allí alegremente, detúvose un instante.

---

Su presencia no había sido advertida.

Acurrucada en una banqueta de paja, tan enana y corta de patas que el fondo de su rejilla casi tocaba en el suelo, Mari-Cruz, fijos los ojos en la rutinaria labor y moviendo vertiginosamente las agujas, tejía una media. A sus pies, volteando cuando ella tiraba del hilo, un ovillo de estambre blanco, observado con dormilones ojos por el gato agazapado cerca del fuego, destacaba en el piso negruzco. Frente a la viuda, junto a la zaguera ventanucha de *Aise-Onac*, por la que apenas entraban las luces del día, perfilábase difusa la figura de un astroso mendigo, calvo y barbudo, entregado a solemne lectura, cuyos quevedos enormes, temblequeando sobre la nariz rugosa, espejeaban con nerviosos destellos. Escapándose del caldero que bajo la gran campana del hogar hervoreaba, un incitante olorcillo esparcíase por la cocina sombría.

Don Martín olfateólo extrañado.

—

La cristiana meditación, lenta y parsimoniosa, terminaba entonces. Tras unas citas en latín, que no alcanzó el médico a comprender del todo, la voz leía sentenciosamente:

—«Aun cuando tuviese una fe tan viva que transportase los montes, si no tengo caridad, nada soy. Procurad tener caridad, sin la cual los más ricos son pobres, y con la cual los más pobres son ricos. Sin la caridad, ni tengo nada ni soy nada. Con la caridad lo tengo todo y soy todo.»

Pasada su extrañeza por lo del temprano olorcillo, Don Martín sonrió benévolo.

—

Cuando dió los buenos días, la cara del meditante, sorprendido por la visita, se contrajo un momento. Después se inclinó sumisa. Muy afectuosa, la dueña de *Aise-Onac* dejó a un lado su labor y levantóse para saludar al médico.

—Igual, igual que una bendita duerme—dijo antes de que Don Martín preguntase por *Machalén*—. Hasta las *dose* y así suele estarse sin despegar *pa* nada los ojos.

—¿Y qué tal de tos?...

—El sábado *pasao*, casi nada no tenía ya. Pero desde que se ha *comensao* el *sirimiri*, peor *parese* que anda. La *humedá*, sin duda.

Sentóse el médico en la silla que la viuda le ofrecía, y echando mano de su petaca de me-

tal, sacó tabaco de ella, arrancó un papel del librito, y tornó a preguntar:

—¿Y de ánimos?... ¿Está valiente?...

—*Hase* ocho días, sí, muy valiente y contenta. Pero con esto de la lluvia, triste y de mal humor se ha puesto luego. Hasta como desesperada a *veses*. Por eso le he *mandao* avisarle.

—Bueno. Ahora subiremos a verla.

Frotando contra el piso uno de los fósforos que sueltos llevaba, Don Martín encendió su pitillo. Una nubecita de humo azulado, y después otra y otras, eleváronse hacia los chorizos y jamones que pendían del techo.

Mari-Cruz, entretanto, puestas sus manos en la cintura, sonreía bonachonamente, el meditante miraba con humildad hacia el suelo, *Chacurra* gruñía receloso. Contra los cristales de la ventana azotaba tercamente la llovizna. No sabiendo cómo disimular el desagrado que la visita le causaba, el santurrón comenzó a repasar las hojas del libro.

—Siento mucho haberles interrumpido—dijo, por fin, el médico—. Estaban ustedes leyendo algo muy interesante.



—«Día sexto. De la práctica de la caridad hacia el prójimo. Todo debe subordinarse a la caridad.»

—Hermoso asunto—repuso Don Martín—. Si usted me permite...

—Las criaturas fueron criadas para servir al hombre y ayudarle a servir a Dios—masculló el meditante entregando el libro—. Prevengamos su justo furor.

Tomando el ejemplar en sus manos, preguntó el médico:

—¿Para qué lee usted esto?...

—Es menester oír la palabra de Dios. El que es de Dios, dice Jesucristo, esto es, el que es predestinado, oye mis palabras.

—Y las atiende—agregó Don Martín un poco molesto—. Porque para eso las dice.

—

A la escasa luz que dejaban filtrar los mojadados cristales, el médico examinó el libro con detenimiento.

Era un tomo en octavo, de mediano grosor, encuadernado en pergamino, sobre cuyas tapas amarillentas, pringosas y llenas de manchas, el sobar de los dedos había dejado huellas repugnantes. En el lomo, negro casi, adivinábanse

difícilmente algunas rayas y cifras en rojo. Llevaba por título en la portada «Pensamientos o reflexiones *christianas* para todos los días del año», y estaba editado en Barcelona, en la imprenta de *Jayme Oss e T, mercader de libros*, el año de 1764. En las estrechas márgenes de sus folios, con caracteres más reducidos que los del texto, figuraban citas en latín de las Profecías y de los Psalmos, del Génesis y el Eclesiastes, de los Evangelios de San Juan y San Marcos, de San Lucas y San Mateo. Al dorso de la última página impresa, en letra de mujer, desigual y menuda, leíase lo que sigue: *Pecados mortales 54. La cruz del mal ladrón y amad el menosprecio. Pecados veniales, 346*. El tiempo y el uso habían dado a la tinta del escrito tan diversas y misteriosas coloraciones, que nadie acertaría a precisar su tono.

Por culpa de una gran mancha, el nombre del autor estaba borrado en la portada.

— Curiosísimo ejemplar, señor mío — dijo afectuosa y admirativamente Don Martín—. Puede que algún coleccionista hiciera con él su felicidad.

—La felicidad no es cosa de este mundo

—repuso el meditante, dando a sus palabras un impertinente acento de reprensión—. Cuando te pareciere algo de las cosas del mundo apetecible, acuérdate del término en que todo viene a parar.

—Nada, para eso, como meterse a médico —replicó cada vez más molesto Don Martín—. Las cosas que vemos nos quitan las ganas de todo.

Mari-Cruz, a la que no se alcanzaba el tiroteo entre los dos hombres iniciado, buscaba entonces en el alero del hogar la cajita del pimentón.

Removió para ello el soplador del fuego, la parrilla de los *talos*, el embudo y el *tanque* con que sacaba el agua de la herrada de cobre, los *catillus* del café, las tapas de los pucheros, los cabos de vela y las cajas de mixtos, las cebollas y ajos diseminados en aquella tabla tan ennegrecida por el humo, y, encontrada por fin la cajita, un rectangulillo de hoja de lata representando una ficha de dominó, espolvoreó parte de su contenido en una de las cazuelas que reposaban sobre las brasas. Luego, mientras a Don Martín hablaba, comenzó a componer con el mantel y cubiertos la mesilla cercana a la pie-

dra de fregar. En cuanto aquel buen hombre, su huésped desde hacía una semana, despachase la comida que estaba terminando de prepararle, subirían los dos al cuarto de *Machalén*, dispuestos a despertarla si aún estaba dormida, y una vez terminada la visita, cuando Don Martín le hubiera puesto el plan de *curación* y las *resetas*, ya le daría a él también, *pa que probase a ver*, un cuartillito del *chacolí* viejo, de aquel cuya barrica *entodavía* nadie había bebido desde que murió el buen *Chómin*.

Superior *se* estaba, superior, según afirmación solemne de aquel su huésped, para quien había hecho la excepción primera.

Distraído con el hojear del libro, no entendió Don Martín el final de lo que la viuda le contaba, ni reparó tampoco en el gesto de contrariedad que aquella ingenua indiscreción de la dueña de *Aise-Onac* había provocado en el rostro del meditante.

—Pan de hoy no han traído—dijo Mari-Cruz al santurrón—; pero el de ayer muy duro no está. A muchos, también, más les gusta de dos y tres días.

El mendigo se levantó en dirección de la

mesa. Su figura alta y encorvada, cubierta por largo gabán harapiento y parduzco, proyectó en la cocina la enormidad de una sombra deforme. Sobre el enladrillado piso, sus zapatos fangosos y toscos resonaron con clavetear rechinante, clavetear también pesado y monótono. Entre su leer y su pisar era innegable la armonía. Una vez sentado a la mesa, alzó hacia el rostro sus manos, y, desenredando las marañas del bigote y la barba, descubrió la sima negruzca de su boca sin dientes. Por las blancuras del mantel, sus ojos, brillantes de codicia, pasearon pretendiendo parecer humildes. Después, entornáronse hacia el suelo.

—Así como así, hambre vieja trae el pobre—dijo la viuda a Don Martín—. Muchos años, muchos, comiendo muy poco ha estado.

El caminante se santiguó lentamente. Luego, apoyando la *otana* contra el pecho, cortó una gran rebanada, apetitosísima por las nitideces de su miga, y mordió afanoso.

Doliéndose de tanta desdicha, de tanta miseria, Mari-Cruz contó al médico la vida perra en extremo que había llevado aquel infeliz.

Llegó en el *anochesido* del sábado anterior,

cuando atrancaban ya la puerta, y dormir había hecho, la primera noche, en el desván de *Aise-Onac*. Vino muy sucio, *salpicado* del barro de las carreteras, sudoroso y con sed, *reventado* de aquel penoso subir hasta el alto. A la mañana siguiente, *compadesida* de él, habíale dicho Mari-Cruz que le daría una alcoba, la de al *lao* de *Machalén*, y que allí podía estarse el tiempo que *quedría*, porque el pan que sobraba para él sería todo. Un bendito de Dios, un *desgrasiao*, un mártir era a más no pedir. Nada menos que por Castilla, la tierra aquella donde le negaban, insultándole, el agua y el fuego, había pasado el pobre *dies* años *sercas*. Fué allá decidido a purgar sus culpas más grandes, culpas de gran pecador cometidas en tiempo lejano, y logrado ya su objeto, tranquila por completo la conciencia y limpia el alma de fangos, volvió el corazón a sus lugares queridos. En *Viscaya* era *nasido*, aunque no *paresiese*, y un amor como el que más le había tomado al país con tanto tiempo fuera.

—Como yo, entonces—observó Don Martín—. En algo habíamos de coincidir.

El mendigo miró hacia el médico por encima de los quevedos, en tanto que Mari-Cruz conti-

nuaba charlando con creciente entusiasmo. No sabía el buen hombre los consuelos que le había traído con su inesperada visita. Como que la preocupaba el pensar quién de los dos hacía más caridad: si ella en lo de hospedarle o él en lo de elevarla el alma con la lectura y los relatos de sus edificantes *privaciones*. La mar de cuartos valía aquel libro viejo. Más de *sien* almas, allí donde todos eran herejes, cuenta que salvó en un pueblo leyéndoles desde una piedra grande. De memoria sabía casi todas las hojas, de memoria, porque su ocupación única era la *meditación*, la lectura en voz alta de aquellos rezos que tenían *muchísima* más virtud que los otros, *muchísima* más.

Desde que estaba en *Aise-Onac* aquel santo, hasta más joven, más fuerte y más alegre encontrábase Mari-Cruz.

Engullendo en silencio, el meditante despachó el primer plato, una sopa de ajo en la que flotaban dos huevos enormes, los mayores que Mari-Cruz pudo encontrar en la cuadra. Luego, limpiándose de la barba, con las uñas encorvadas, las migajas y restos que por entre ella habíanle quedado, llevó hasta su boca la jarra

del *chacoli*. Un gran rato la tuvo pegada a sus labios, vueltos los ojos hacia Don Martín y la viuda, en tanto que con el paladar y el olfato gozaba las purezas del líquido. Sus pómulos rugosos y amarillentos sonrosáronse tenuamente. Aquello era la vida.

—El justo está alegre en la adversidad y es dichoso en medio de las mayores desgracias —murmuró místicamente al terminar el trago—, porque la Fe lo sostiene, la Esperanza lo consuela y la Caridad le anima.

Entendió con ello Mari-Cruz que había el mendigo terminado la sopa, y, acercándose al hogar, levantó la tapa del caldero. Por entre las oscuras habichuelas, un gran trozo de tocino, rebullendo en el caldo achocolatado, destacaba con jugosa blancura. A su lado, mostrando las entrañas rojizas por los reventones de su funda grasienta, asomaba un chorizo. Media docena de patatas, cortadas en grandes trozos, sobrenadaban juguetonas en la hirviente superficie.

—Vaya, quédese usted con su huésped—dijo Don Martín, devolviéndole el libro—. Ya me las entenderé yo con *Machalén*.

—De seguida subiré—replicó la viuda—. De seguida...



—No, no se moleste usted, que lo primero es lo primero. Ante todo la Caridad, la Caridad... que es lo que anima.

Y mientras la dueña de *Aise-Onac* limpiaba en su delantal los dientes de un tenedor, dispuesta a pinchar todo lo mejor que por el caldero hubiese, dió media vuelta, y, seguido de *Chacurra*, salióse de la cocina.

La viuda, que había creído comprender alguna burlona intención en las últimas palabras del médico, miró temerosa hacia el caminante. Si *habría* sabido que Don Martín iba a *enseñarse* la oreja, dejando escapar alguna de las suyas, de ningún modo le hubiese llamado, de ninguno.

—La paciencia con que Dios sufre a quienes mal le quieren, y la facilidad con que los perdona—dijo solemnemente el huésped—, es el ejemplo que cita Jesucristo para enseñarnos a amar a nuestros enemigos y a perdonarles las injurias que nos hacen.

Tranquilizada con esto, llenó Mari-Cruz una gran fuente con las alubias, el tocino, la carne, las patatas y los trozos de chorizo que sacara del caldero, y presentósele al santurrón. Para

otra vez, antes de tomar determinación ninguna, prometíale consultar su opinión y pedirle su permiso.

—  
Cruzó un relámpago de triunfo por los ojos del meditante, y sonrió suavemente...

—  
Precedido del perro, que parecía saber para quién era la visita aquélla, enderezó Don Martín por la escalera de peldaños angostos.

Las telarañas que pendían de las paredes negruzcas, llenas de ampollas por algunos de cuyos desconchados asomaban los ladrillos, trajéronle el recuerdo de los consejos, no obedidos nunca, que dió a Mari-Cruz cien veces. Toda la casa hallábase en el mismo estado. Habíale sido imposible, absolutamente imposible, el convencer a la viuda del peligro que en aquellos misterios de la suciedad se encerraba. Los gérmenes del mal de *Aise-Onac*, escondiendo sus amenazas entre los rincones sin sol y el polvo jamás castigado, vivían allí.

Al llegar ante el cuarto de la enferma, Don Martín puso en el picaporte una mano y empujó con cuidado.

Descansando sus brazos sobre las alburas del embozo, entreabierta la boca, por la cual enseñaba los dientes menudos, y cerrados sus ojos verdes, *Machalén* dormía dulcemente. Algún sueño alegre, muy alegre, jugueteaba en su imaginación.

Una paloma de perlino plumaje, que por la ventana había entrado, correteaba por el suelo con paso precipitado y menudo, mientras su pareja, un hermosísimo macho azul, reclamábala con sus arrullos desde el respaldo de una silla.

Después de dar tiempo a que las aves volaran, y por no turbar el suave reposo de *Machalén*, Don<sup>e</sup> Martín buscó en qué sentarse y decidióse a esperar. *Chacurra* se echó a su lado.

Acomodado ya, el médico paseó su mirada por las apolilladas vigas del techo, recordando la génesis toda del mal de *Aise-Onac*, de aquel mal que, por ignorancia, por desprecio a lo nuevo, por abandono, habíase acaso tornado invencible.

Muchos años hacía, muchísimos, apenas nombrado Don Martín, los abuelos de *Machalén* compraron dos vacas lecheras, hermosas

como pocas. Un barco las había traído a Bilbao desde muy lejos, y luego, por la carretera, en una sola jornada desde la feria famosa de Bazarro, llegaron hasta *Aise-Onac*. Los aldeanos viejos recordaban aún su lustroso pelaje, la blancura de sus manchas sobre el azabachado conjunto, lo enorme de sus ubres, su reducida cornamenta retorcida contra las sortijas del testuz. Don Martín, a pesar de sus criticadas aficiones por todo lo extranjero, aconsejó que las reconocieran con cuidado, mas como habían costado tanto, lo cual, entre los aldeanos de entonces, garantizaba su bondad, nadie le hizo caso. Aquel memorable par de animales, y sus crías, tan hermosas o más que las madres, llevólas Mari-Cruz de dote cuando la casaron con *Chómin*. Era el primo más cercano, el pariente que más tierras contaba por las cercanías de *Aise-Onac*, el marido que más convenía a su engrandecimiento y riqueza. De una enfermedad muy mala, acaso la peor de todas, había muerto su padre, pero no importaba. Musculoso y bonachón, jovial y decidor siempre, *Chómin* tenía un solo defecto. Amaba el alcohol. Aquel alcohol que Mari-Cruz, siguiendo el consejo de sus padres y del médico, lograría hacer-

le aborrecer hasta que no bebiese más que la leche de las vacas. Pasados unos años, cuando las mataron en Bilbao para carne, porque abajo en la aldea comenzó a decir la gente que nada quería de ellas, Don Martín felicitóles por su decisión. Habían echado de casa un peligro grande, muy grande. Y el buen *Chómin*, pretextando que ya en ninguna parte encontraba leches tan sabrosas como aquélla, tornó a sus antiguas costumbres, al cultivo incesante del coñac, su bebida predilecta. Muchos domingos, cerrada ya la noche, subía hasta *Aise-Onac* tambaleándose, cayendo una y otra vez en los tropiezos del camino. Toda su ilusión era la de bajar a la aldea para encerrarse por horas y horas en aquella taberna donde el humo del tabaco casi no permitía diferenciar a los parroquianos. Don Martín, aconsejándole sobriedad y prudencia, amonestábale cariñosamente. Luego, cuando *Chómin* comenzó a quejarse de sofocación y de cansancio, echóle un sermón de los fuertes. No el alcohol, sino la leche de aquellas vacas, replicaba él riendo, era lo que le había hecho daño. Para que se repusiera, ordenó Don Martín que mudase de cuarto, que dejara de dormir en aquellas alcobas de la planta

baja, pobres de luz y de aire, adonde llegaban malsanas las humedades del campo. Recordando temeroso la enfermedad de su padre, *Chó-min* obedeció al instante, y metieron allí a *Machalén* y Pedro-Mari, mozuelos todavía. Después, durante unos años, todo se había deslizado normalmente en *Aise-Onac*, el caserón oscuro y tenebroso. No había en el monte familia ni más rica, ni más sana, ni más feliz. Pero la desgracia acechaba. La pechera teñida de rojo una tarde por Pedro-Mari fué para el médico una revelación dolorosa. El enemigo presentido estaba allí, dueño del ambiente, de la cocina y las alcobas, de las ropas y los muebles, del desván y cuadra, de la sangre y de las vidas...

Confiadas en el silencio, en la tranquilidad que en el cuarto de *Machalén* reinaba, las dos palomas enamoradas, aleteando bulliciosas, tornaron a introducirse en la alcoba.

—  
La bella *echandría* entreabrió los párpados. Al encontrarse sus ojos con los del médico, ocultó los brazos bajo las sábanas y alzó el embozo hasta la altura del rostro.

—¿Se duerme bien, eh?...—dijo Don Martín, levantándose hacia ella.

—Sí, pues—respondió *Machalén* sonriendo.

—Es que no podrías negármelo. Llevo, esperándote, un rato largo.

La heredera miró entonces en dirección de la ventana, y un extraño gesto, de grato recuerdo primeramente, de dolorosa desilusión después, retratóse en su rostro. Un ligero rubor coloreó seguidamente sus mejillas.

—¡Hola, hola, hola!...—exclamó Don Martín—. ¿De qué nos avergonzamos?...

—De nada—dijo dulcemente la enferma.

—Venga, entonces, esa mano. Bien podías haberla dejado fuera.

Y aprisionando con suavidad la muñeca de *Machalén*, oprimió la arteria del pulso. Golpeaba tranquilo, con palpitar normal, acusando tan sólo una pequeña debilidad.

—¿Cuántos días llevas en la cama?...—preguntó Don Martín, sentándose a la cabecera—. ¿Tres o cuatro?...

—No. Unos veinte o así.

—¿Eh?...

—Desde que pesqué el catarro.

—¿Y por qué no me habéis avisado antes?...

—Que no *hasía* falta, dijo la madre. Que con

acostarme *na* más bastaba. Además, *pa* que no se sabrían en la aldea. A lo mejor, cualquier cosa mala pensarían. Otra *desgrasia* tal *ves*.

—Vaya, la cantata de siempre—refunfuñó Don Martín con enojo—. Los orgullos necios que luego se pagan.

—Ya *usté* sabe cómo es ella. Miedo a todo le tiene.

—Sí, ya lo sé. Pero, no a lo principal. En fin, sigue contestándome. ¿Te levantas algún rato?...

—A la mediodía me deja un poco. Sólo *pa* comer y preparar el cuarto.

—¿Y por la mañana, nada?...

*Machalén* dudó un momento. No sabía mentir.

—Nada...—respondió vacilante.

—No me engañes, *Machalén*—dijo Don Martín—. No me engañes...

—Pues, sí—corrigió temerosa—. Ya me levanto algo. Pero nadie sabe.

—¿Eh?...

—Al *amanecer*.

—¿Para qué?...

Otra vez vaciló *Machalén*. Luego, cerrando los ojos, murmuró quedamente:



—*Pa verle.*

Sonriendo con asombro, con sorpresa de padre feliz, el médico acercóse más a la enferma, y, bajando también su voz, preguntó misterioso:

—¿Quién es él?...

—Bernabé se llama.

—¿Bernabé?... No recuerdo...

—No. No le *conoserá usted.*

—¿Pues?...

—No es de aquí.

Y *Machalén* echóse a llorar.

—No es de aquí—repitió entre sollozos—. Es de lejos...

—¿Eh?...

—De muy lejos...

Dejó Don Martín pasar unos instantes en silencio, y, volviendo a coger la mano de la enferma, interrogó con el más afectuoso de los acentos:

—¿De dónde es, pues?... Anda, no te avergüences...

—De Castilla es...—murmuró la heredera—*Maqueto*...

—¡Me lo temía!—exclamó el médico sin poder dominarse—. ¡Buena la has hecho!

—Por eso no quiero que sepa *entodavía* la madre. Hay que prepararle antes. A Don Venansio y usted pensaba *desirles*. Cuando se marche ése.

—¿Quién?...

—Ese del libro. En la peor ocasión ha venido. Siempre está hablándose contra ellos, siempre. Cuando no *resa*, *pa* hablarse mal de los castellanos es. Desde aquí le oigo. De propósito *parese* que *hase pa martirisarme*. Él y los otros.

—¿Qué otros?...

—Los *vesinos* viejos de por aquí *sercas*. Abajo les junta todos los días *pa pedricales* en contra.

Don Martín quedóse unos segundos pensativo. Luego, rompiendo a reír, para animar con ello a la *echandria*, dijo en tono jovial:

—Eso de la preparación de la madre y de esperar a que se vaya ése, me parece muy bien. Como que puede que te mataran entre los dos.

—¿Matarme?...—interrumpió la enferma, estremeciéndose.

—No andarían lejos—dijo Don Martín, procurando reír con más gana—. En fin, enseñame otra vez la lengua.

—¿Pa qué?...

—Para ver por qué sitio tengo que cortártela si no me cuentas en seguida todo. Necesito saber quién es el mozo ese, cómo le has conocido, por qué te has enamorado así de él... Conque, anda, a confesarte conmigo, que ya veremos después la penitencia que te echo.

Inclinándose hacia Don Martín, *Machalén* dispúsose a la confesión.

—  
No era mucho lo que tenía que contar. Penas únicamente.

Desde el amanecer en que conoció de cerca a Bernabé, amanecer de felicidades y de alegría que aún pareciale un sueño, no había vuelto a verle de cerca ni mucho menos a hablarle. Fué en la misma noche de aquel día, cuando el hombre del libro llegó a *Aise-Onac* demandando por caridad un rincón donde dormir, un pedazo de pan y un jarro de agua para aliviar su sed. Luego, no sabía la heredera lo que había pasado. En vez de marcharse a la mañana siguiente, como prometiera al llegar, su madre había instalado al mendigo en la alcoba vecina, y allí, también con su ventana abierta a toda hora, estaba el hombre siempre. Como vi-

gilando, como si hubiese comprado el caserío para él y quisiera defenderlo de quienes por allí se acercaran. Por eso no había vuelto Bernabé a subir hasta su ventana, por eso su dolor de que el meditante estuviese hospedado aún en *Aise-Onac*, por eso su deseo de que se marchara cuanto antes. Lo único que de Bernabé sabía, porque en todos los amaneceres se levantaba hacia la ventana, aunque sin asomarse, era que no la olvidaba, que subía diariamente hasta el alto. Dos noches, las únicas, sin duda, en que, por no estar alerta el otro, pudo Bernabé aproximarse a la parra, dos ramitos de flores silvestres, flores ya del otoño, habían caído sobre su cama, lanzados desde abajo. Allí los tenía, escondidos bajo su almohada, marchitos por sus besos y por sus lágrimas.

Esto era todo lo que tenía que confesar *Machalén*.

—*Ego te absolvo*—dijo Don Martín, bendiciendo paternalmente a la bella *echandría*—. Y sin penitencia.

—¿De veras?—preguntó gozosa *Machalén*.

—De veras—afirmó el médico, levantándose—. Y ten paciencia, que todo se arreglará.

—¿Ya marcha *usté*, o qué?...

—No, hija mía. Es que voy a reconocerte. Quiero saber la cara que tiene el catarrillo ese, para darle un sustazo y que se marche. A ver si conseguimos que se vayan a un mismo tiempo los dos huéspedes, éste y el otro, y nos dejen libre el camino para esos asuntos tuyos. No sé por qué, me es muy simpático el tal Bernabé. Anda, hazme el favor de sentarte un poco y respirar con la boca abierta.

—¿Así?...—preguntó con voz temblorosa la heredera—. ¿O más fuerte *entodavía*?...

—No, así es bastante—aprobó Don Martín—. Y no te acobardes, hija, que no hay motivo ninguno para asustarse.

Inclinándose hacia la enferma, luego de descubrirse y de apoyar la diestra sobre el lecho, aplicó el médico su oído por las suaves turgencias del seno de *Machalén*, y, después de recorrer atentamente tres o cuatro puntos, quedóse un rato más largo pendiente del último.

—¿Tengo mal?...—murmuró la enferma.

Moviendo negativamente la cabeza, respuesta que no satisfizo a *Machalén*, Don Martín echó mano al bolsillo. Quería cerciorarse, mediante más detenido examen, de lo que la explora-

ción aquella le acusaba. Su estetoscopio jamás mentía.

—¿Tengo mal?...—volvió a interrogar la heredera.

Sin contestar tampoco, Don Martín aplicó la membrana del aparato por las espaldas de *Machalén*, atendió cuidadoso con la boquilla del tubo en el oído, y rompió luego a reír alegremente.

—Nada, hija mía, no tienes nada. Una tontería de tu madre el haberte tenido en la cama tanto tiempo. Ni medicinas te hacen falta. Si dejara de llover, buena en dos días. Una pena que sea tan húmedo este aire.

—También él me *desía* igual aquella mañana. Que el aire suyo me curaría. Porque está más alto que el mío. Mucho más *sercas* del *sielo*...

—Y no le falta razón.

—También, que me iría una temporada junto a su madre me ha dicho.

—Muy bonita idea, hija mía. Pero cualquiera convence a la tuya de ello. Sobre todo, si le dices eso del *sielo*. Del infierno, te replicaría en seguida.

—Sí... Ya sé...

—En fin, no te apures, que lo que no se consiga por el aire se conseguirá por otro medio. Alguna medicinita, aunque no sea muy precisa, para que dejes de toser y para tener el pretexto de subir a verte diariamente. Comprenderás que si digo que estás bien, que no te hace falta medicación ninguna, adiós esos amores. Conque prepárate a hacer la comedia de que estás enferma de veras. Yo te ayudaré con alguna mentireja que le soltaré al oído. Para que se asuste.

—*Gracias*, Don Martín.

—Y así iremos charlando de todo un poco...

—*Gracias*—repitió *Machalén*.

—No, no me agradezcas nada, porque nada te he prometido todavía. Ya te he dicho que necesito conocerle antes, que me guste para marido tuyo. Esta misma noche hablaré con Don Venancio, y pensaré en el medio de llamar a mi casa a Bernabé. Es donde podremos charlar más descansadamente. Otra comedia. La de que él también está malucho de algo y viene a consultarme. Entonces te diré francamente mi impresión y si Don Venancio y yo nos ponemos de su parte, o le digo a tu madre la verdad lisa y llana. Que no tienes nada, que estás buena del todo.

—No... No le dirá *usté*...

—¿Qué no?... Verás como no me guste el mozo. Te hago levantar al día siguiente. Sin contemplaciones...

—Ya le gustará—interrumpió *Machalén* riéndose—. Segura estoy.

Sonaron en la escalera los pasos de Mari-Cruz, y el médico, arropando cariñosamente a la *echandría*, cambió su tono jovial y comenzó a decir imperativamente, por si la viuda, conforme a su tradicional costumbre, deteníase a escuchar antes de abrir la puerta:

—Nada, hija mía, lo dicho... Ha hecho muy bien tu madre, muy bien. Cama y más cama, y a no moverte de ahí hasta que yo lo ordene. La lástima es que no me hayáis avisado antes. Estas cosas hay que atacarlas con tiempo. Porque si no...

Abrióse la puerta de la alcoba, y Mari-Cruz, sin poder disfrazar sus temores ni tampoco lo que había escuchado, preguntó temblando:

—¿Es grave, o qué?...

—No, grave, precisamente, no. Pero...

—¡*Josús*, María y José!...—exclamó la viuda.—¡*Catarro na* más que creía yo!...



—Y no es mucho más que eso—dijo Don Martín, suavizando. —Pero, pudiera complicarse.

—¿Y qué, pues?...

—Nada, no se asuste usted. Ya subiré todos los días una vez, o dos, o las que hagan falta, para ir echando unos remiendos a la cosa.

—¡*Josús, Josús, Josús!*...—volvió a clamar la viuda.—¡Tan contenta como yo me estaba!...

—Y lo volverá usted a estar. Todo es cuestión de que atacemos el mal de firme y de que me obedezca ésta. Yo respondo de lo demás.

—¿De *verdá* dise *usté*?...

—De verdad, Mari-Cruz. Usted comprenderá que no voy a mentir en cosas tan serias.

—Sí, ya me comprendo, ya. Pero, tan contenta como yo me estaba...

Sin poder dominar sus lágrimas, pretextando que la llamaban desde abajo, la buena de Mari-Cruz dió media vuelta y salióse del cuarto.

—Pobre madre, pobre...—murmuró la *echandría* emocionada—. *Demasiao* le ha *asustao* *usté*...

—No te importe, hija—replicó Don Martín—. Era preciso. Bien has visto cómo dudaba.

—Sí, ya he visto—asintió *Machalén*—. Como que pensé que no creería.

Tornó a sentarse Don Martín, y luego de mirar unos segundos hacia el armario del padre difunto, preguntó con suavidad:

—¿Dónde dices que te han puesto a ese del libro?...

—Ahí. En el cuarto de al *lao*. El único bueno.

—¿Cae también sobre la parra, verdad?...

—Sí, pues. También.

—Perfectamente. ¿Y es tan grande como éste?...

—Igual, igual.

—¿Y de limpio?...

—Como éste, también. Algo negras las paredes.

—Bueno, pues disponte a una mudanza que voy a proyectar.

—¿*Mudansa*?...

—Sí. Un pretexto para ver si logramos que se vaya ése en seguida.

—¿Cómo?...

—No seas impaciente, hija. Tú, a callar y obedecer. Y no te extrañe nada de lo que yo

disponga. Aunque te parezcan cosas muy raras.

—Pierda *usté cuidao*. Ya obedeseré.

—Y ahora, hija—concluyó Don Martín levantándose—, a representar bien la comedia... y hasta mañana.

—*Agur*, Don Martín. Y *gracias*.

—Te he dicho antes que todavía no. Después, cuando sepamos Don Venancio y yo quién es el mozo y nos constituyamos en protectores vuestros. Dificililla va a ser la cosa, pero venceremos, no faltaba más.

—Yo, por mí, dispuesta a todo estoy. Ya sabe *usté*. A todo, menos a dejarle a ése.

—Muy terca te veo, hija.

—Porque se *merese* él. Ya verá *usté* cuando le hable. Distinto de todos es.

—Bueno, bueno, hasta mañana. Y una cosa, *Machalén*.

—¿Qué?...

—Si esta noche cayese sobre tu cama algún otro ramito, bésalo, bésalo todo lo que quieras..., pero no llores. Dios nos protegerá.

—Bueno... No lloraré...

Y creyendo casi vencidos los obstáculos para su amor, la heredera despidió al médico con un *esquerrिकासco* salido del fondo del alma.

Para ella, tenía más fuerza en vascuence la expresión de gratitud.

Lentamente, muy lentamente, pareciéndole escuchar otra vez el rum-rum de las meditaciones, Don Martín tornó a bajar la escalera de peldaños angostos.

Tras él, midiendo también sus pasos, deteniéndose de escalón en escalón, seguía *Chacurra*.

Al llegar ante la puerta de la cocina, decididos y madurados los planes que imaginara en favor de *Machalén*, Don Martín volvió a detenerse y a observar desde el umbral.

Tenazmente, persistentemente, incansablemente, el *sirimiri* continuaba azotando contra los cristales. Un ambiente también de ceniza, formado por los humos del tabaco y del fogón, envolvía, con sus sombras grises, la cocina toda.

Mari-Cruz, olvidada de la pena antes sentida, de aquellas lágrimas que la hicieron escapar presurosa del cuarto de su hija, había separado sobre el arcón los platos, el mantel y los escasos restos dejados por su huésped, y, acu-

rrucada otra vez en la banqueta, escuchaba al lector con su cara metida entre las manos, fijos los ojos en aquel rostro, que ella juraría ser el de un santo, y procurando adivinar hasta las palabras en latín que el meditante pronunciaba.

Frente a la viuda, tres viejos aldeanos, dueños de los caseríos vecinos de *Aise-Onac*, fumaban acomodados malamente en el banco y sillas restantes, escuchando también al mendigo en posturas de admirativa y concentrada devoción.

—El pesebre adonde pusieron a Jesucristo al nacer—leía el santurrón con su tono enfático—es la cátedra de su sabiduría, el trono de su amor, el tribunal de su justicia. *Infelices de vosotros ricos. Infelices de vosotros que estáis en la abundancia. Infelices de vosotros que vivís entre regalos.* Jesucristo, estando en el pesebre, es el consuelo de los pobres y de los humildes; atemoriza y condena a los grandes, a los ricos y a los regalados. Temed, pues, y humillaos, grandes y ricos, a la vista de Jesucristo en el pesebre, porque este es el único medio de prevenir las desgracias de que estáis amenazados. *Bienaventurados los pobres. Bien-*

*aventurados los que lloran. Bienaventurados los que padecen.* Todo esto, que luego nos había de enseñar con su doctrina, lo dijo ya Jesucristo desde el pesebre.»

—

Impaciente por cortar la meditación aquella, Don Martín entró en la cocina.

El mendigo, resignándose prudente, cerró su libro con lentitud. Los tres viejos aldeanos, reprimiendo un gesto de contrariedad, estiraron sus piernas y desperezaron sus brazos, como si despertaran.

Volviendo a la realidad dolorosa, a los temores de su hija enferma, a su asustado pensar en una nueva desgracia, la viuda tornó a temblar atolondrada. En mala hora había llamado a Don Martín.

Con lo contenta, con lo tranquila que ella se estaba...

—

—Perdóneme usted que otra vez le interrumpa—rogó el médico al huésped—. Y perdonadme también vosotros.

—Pase, pase *usté*—balbuceó Mari-Cruz—. Si esperándole estoy...

—Por eso me he permitido volver a entrar

—dijo Don Martín—. Necesito que hablemos de *Machalén*.

—¿Ahora?...—murmuró Mari-Cruz, mirando recelosa hacia sus tres vecinos—. ¿No va *usté* a volver, o qué?...

—Sí, sí voy a volver. Pero necesito dar a usted unas órdenes antes de marcharme. Órdenes urgentes.

—¿Ahora?...—volvió a preguntar la viuda suplicante—. ¿Ahora mismo?...

—Sí, Mari-Cruz, ahora.

Y Don Martín, empeñado en hablar delante de todos, buscó donde sentarse. Tenían que oírle. Si no lo hiciese así, en público, expuesto estaba a que Mari-Cruz echara en saco roto cuanto dijese.

—¿Pues?...—preguntó después de una pausa *Tibur*, el más viejo de los aldeanos—. ¿Peor anda ésa?...

—No...—adelantóse a responder la viuda—. Catarro sólo es.

—Malo—murmuró *Santi*, torciendo el gesto—. Por ahí se *empiesa*.

—Así es—afirmó *Manu* sentenciosamente.

La viuda no pudo contener su disgusto. Era un imprudente aquel Don Martín, un impruden-

te grande. Ni que lo *haría* a propósito para martirizarla.

—Bueno, pues—dijo al fin, resignada—, hable *usté, entonses*.

—Una advertencia antes—previno Don Martín—. ¿No le importa a usted que haya gente delante?...

—No, nada no me importa. De *confiansa* son todos.

Y al ver que el meditante, concluyendo de un sorbo rápido el café, hacía ademán de levantarse discretamente, apresuróse a decir:

—No, *usté* menos que ninguno. Al contrario... Quédese *usté*.

—Si es una orden...—masculló el mendigo.

—No, orden no es—corrigióle Mari-Cruz, satisfecha al ver que su huésped decidía quedarse—. Por favor le pido...

Lo que *Machalén* tenía, comenzó diciendo Don Martín, no era todavía grave, de ningún modo grave, pero podía llegar a serlo si no se tomaban ciertas precauciones. Estaba la chica algo débil, propensa a cualquier infección, no precisamente por su naturaleza, sino por sus antecedentes, es decir, por ser terreno propicio a la



enfermedad maldita, y era preciso adoptar en seguida, inmediatamente, algunas medidas defensivas con las cuales la penosa amenaza quedaría conjurada. Claro estaba que lo práctico, lo más provechoso, lo radical, lo que cortaría de raíz todo peligro, alejándolo para siempre, sería el coger a *Machalén* y llevársela lejos, a otro clima, a algún alto de veras, es decir, a un alto con aire seco y no con el aire aquel que siempre parecía salido de un pozo. Pero ya comprendía él las dificultades que tal decisión encerraba. Había, pues, que concretarse a resoluciones más suaves, mucho más suaves. Y no eran de grandes tropiezos las que tenía pensadas. La primera de todas, la imprescindible para comenzar la defensa, ya otras veces había sido recomendado a Mari-Cruz. Era necesario, urgentemente necesario, que subieran de la aldea un par de albañiles y blanqueasen la cocina, la escalera y las principales habitaciones. No debía *Machalén*, de ninguna manera, seguir durmiendo en donde ahora estaba. Para ello había pensado Don Martín en blanquear primero la alcoba vecina, arenar bien su piso, pintar el maderamen del techo y de la ventana, desinfectar seriamente la cama que allí hubiese, trayendo a ella, si preciso fue-

ra, colchones y almohadas nuevas, y en cuanto la operación se terminase, dirigida por él escrupulosamente, trasladar allí a la enferma en la seguridad de que a las veinticuatro horas se iniciaría con toda franqueza el mejorar. Seguramente, que en vez de oirla toser a toda hora, escucharíanla reír, reír mucho, alegre por encontrarse como en casa nueva, y resignada a no salir, hasta que se lo permitiese él, de aquella alcoba que a *Machalén* pareceríale entonces, no un sepulcro, sino una jaula puesta al sol, una jaulita blanca...

Prevenido, moviéndose en su silla como para mejor arrellanarse, tal vez para más firmemente quedar colocado en guardia, el caminante con-  
tuvo una sonrisa de burla.

Todo esto, continuó diciendo Don Martín, por lo que respectaba al arreglo de la nueva habitación. En cuanto a la otra, la que ahora tenía *Machalén*, era preciso condenarla en absoluto, blanqueándola también como la otra, después de quemar sus muebles, y, sobre todo, aquel armario del difunto *Chómin* con cuantas ropas y recuerdos de Pedro-Mari y de él tuviese dentro.

Bien comprendía Don Martín que la tal resolución era dura, muy dura, pero lo pasado, pasado, y a vivir sanos y felices los que en la tierra quedaban. Por esos tontos amores del recuerdo, del respeto a las cosas del difunto o de la difunta, del considerar como amuletos para la vida hasta los zapatos más viejos del muerto, miles y miles de familias habían ido heredando en el mundo lo único que no se debe heredar: el mal. Conque, manos a la obra, sin consideraciones ni remilgos de ninguna especie, sin perder tiempo ninguno, y a salvar a *Machalén*, por encima de todo, de los males que por abandono, por cobardía, por ignorancia, por tradición a tonterías, pudieran venirle encima.

Mari-Cruz había escuchado con la vista baja, alzándola de cuando en cuando, sólo por un instante, hacia el mendigo, quien, también con su mirar en el suelo, parecía meditar. Como si no quisieran enterarse de lo que Don Martín decía, los tres viejos aldeanos, fumando sus pipas con aire displicente, habíanse sumido aún más en las sombras de la cocina, no dejando ver, en el lanzón de luz que por la ventana entraba, más que las abarcas y los trigueños cal-

cetines de lana con que estaban calzados sus pies enormes. De vez en vez, avanzando lentamente, alguno de sus brazos extendíase en dirección de la mesilla donde comiera el mendigo y en la cual destacaban ahora una jarra de *chocolí* y tres vasos.

—

Un largo rato, muy largo, transcurrió sin que nadie hablase. Arriba, en la alcoba de *Machalén*, oyóse su íoser. El fiel *Chacurra*, creyendo hacer allí más falta, se fué cabizbajo.

—

—¿Qué *desís*, pues, vosotros?...—preguntó la viuda—. ¿Ya *vos parese* bien?...

—Cuando él recomienda...—opinó débilmente *Tibur*.

—*Rasón* tendrá—concluyeron a un tiempo *Santi* y *Manu*, hablando en igual tono.

—Pero, quemar el armario...—protestó *Mari-Cruz*—. Una lástima sería...

—Vender puede *harserse*—indicó *Tibur*, pensando en comprarlo—. Algo ya darán.

—Mucho, no...—añadieron *Santi* y *Manu*, sintiéndose también adquirentes—. Viejo es...

—¿Y quemarme las ropas?...—volvió a protestar *Mari-Cruz*—. ¿Qué *desís* de eso?...

—Vender también pueden *hacerse*—tornó a indicar *Tibur*—. Una pena sería tirarles al fuego.

—Así es—afirmaron los otros dos—. Una pena grande.

—  
Siguióse una pausa, más larga acaso que la anterior. El meditante continuaba en igual gesto y postura. Los tres *erris* calculaban lo que podría darse por el armario, incluyendo las ropas. El médico, conteniendo sus nervios, golpeteaba el suelo con un pie.

—¿Qué le *parese* a *usté*?...—consultó la viuda al santurrón—. ¿Ya cree *usté* que estaría bien eso?...

—Para ser perfecto mediador—respondió el meditante con estudiada calma—es menester no ser sospechoso ni al uno ni al otro de los dos partidos y tener crédito y reputación con entrambos.

—¿Qué quiere usted decir con eso?...—preguntó Don Martín, a quien aquellas consultas de Mari-Cruz tenían impaciente y descompuesto—. ¿Que no está usted conforme conmigo?...

El mendigo no respondió.

—Porque, si así fuera, y perdone usted mi

franqueza—prosiguió exaltado Don Martín—habría usted de probarme que tiene, para tratar de estas cosas, cuando menos iguales títulos que yo.

—El tercer defecto que se mezcla en nuestras acciones, es la turbación cuando las cosas no salen bien—replicó el mendigo, hablando con más calma todavía—. Esta turbación viene de nuestro amor propio y de nuestra soberbia.

Sin poder reprimirse, Don Martín se alzó de su asiento.

—Bueno, Mari-Cruz, usted verá lo que hace—dijo secamente—. Allá usted si considera que este señor es más médico que yo, y si cree que es a él a quien debe confiar la curación de su hija.

Mari-Cruz, por toda respuesta, inclinó la cabeza.

—Tendría esto muy triste gracia—continuó Don Martín con enojo—. Que quiera un médico ilustrar contra el mal a una madre, y venga un cualquiera a disputarle sus consejos.

—Que se me menosprecie y se diga de mí todo lo que quisieren—murmuró el huésped humildemente—. Un cristiano sufre que le menosprecien compadeciendo y disculpando al que le menosprecia injustamente.

—Perdone usted, señor mío—dijo Don Martín—. Pero no es con sermones a toda hora y con meditaciones enfáticas como los médicos curan a sus enfermos.

—No hay más que una salud que importe—replicó el santurrón—. La salud del alma.

—Tampoco para tratar de eso le concedo a usted autoridad ninguna, ni le tolero, por tanto, más lecciones—repuso Don Martín con energía—. Abajo, en la iglesia, está para ello el cura párroco, un santo de verdad. No como usted...

Adoptando la más resignada de sus posturas, el mendigo encogióse en su asiento.

—Jesucristo no se contenta con perdonar a sus enemigos—murmuró suavemente—, sino que ruega también por ellos y procura disculparles. San Esteban, en su martirio, rezó por quienes le apedreaban...

—

—No, pues en eso del armario y las ropas—interrumpió el viejo *Tibur*, viendo que las cosas no iban por buen camino—, ya tiene *rasón* Don Martín. Vender todo debe *haserse*.

—Como que si es peligro, *deseguida* hay

que quitar—añadió *Santi* sentenciosamente—. Una *imprudencia* sería el conservarse.

—Y un remordimiento grande—agregó *Manu*, sentencioso también—, si se vendría luego una *desgrasia*.

—  
Atemorizada, la dueña de *Aise-Onac*, sin saber qué decir ni qué resolución tomar, alzó hasta los ojos un extremo de su delantal y simuló que lloraba. En mal hora había llamado al médico, en mal hora...

—  
Dominando difícilmente la indignación que aquella pasiva actitud del caminante levantaba en él, Don Martín encaróse con la viuda. Era ya tarde, muy tarde, y no quería exponerse, por nada del mundo, a tener que comer allí.

—Bien, Mari-Cruz—preguntó imperativo—. ¿Qué hacemos?...

La viuda, mientras se enjugaba los ojos, dudó un momento.

—Ya pensaré *pa* mañana—dijo por fin—. Mejor será.

Despidiéndose con un gesto, salióse Don Martín al portalón, llamó al jamelgo, que se le acercó cachazudo, y, tornando a envolverse en



su capote, cogió las bridas mojadas, subiése con trabajo a la silla y encaminó hacia el valle. Entre la lluvia, adivinábase la aldea turbiamente.

—Mal *carácter* tiene—murmuró condolidamente Mari-Cruz, después de un largo silencio—. Muy mal *carácter*.

Luego, uno tras otro, mientras el meditante escuchábales sonriendo complacido, los tres viejos aldeanos comenzaron a contar cosas de Don Martín, procurando así, además de conquistarse las simpatías del huésped y su opinión en aquello del armario, compensarle con creces del mal rato que por culpa del médico había pasado el buen hombre.

Más que un vasco de veras, un *maqueto* *paresíase* Don Martín. Pero la culpa no era de él, era de los otros, de sus padres, de quienes vendieron el caserío de los abuelos y mandaron luego al *mutil* a educarse fuera...

Y el mendigo, en igual tono que si leyera las meditaciones, volvió a repetir, cuando los tres viejos vecinos cesaron en su criticar, la vida tan perra que había llevado en aquella

Castilla, en aquella tierra odiosa, donde más de cien herejes convirtió en un solo pueblo, leyéndoles su libro desde una piedra grande.

—

Fuera de *Aise-Onac*, inundando de tristezas, de melancolía y de pesadumbre, no sólo el paisaje, sino también las almas, continuaba lloviendo, siempre lloviendo...



JORNADA TERCERA

FIESTA EN LA ALDEA



Todavía no eran las seis.

Salióse el caminante de su nueva alcoba, la que le habían habilitado en la planta baja, luego de las reformas que, por fin, ayudado en ello por su amigote el párroco, consiguió Don Martín que se hicieran en el piso primero, y, andando a tientas en las tinieblas, penetró en la cocina. Dentro del arcón, cuya tapa levantó sin necesidad de encender luz alguna, pues ya le eran familiares los rincones todos de *Aise-Onac*, sus manos encontraron en seguida lo que buscaba. Un pedazo de pan tierno, reservado para él por Mari-Cruz, y un *catillu* de café puro, fuertemente azucarado, que se bebió el buen huésped, saboreándolo en pequeños sorbos, mientras procuraba atender a lo que por arriba ocurría.

Levantábanse entonces *Machalén* y su madre.

Escuchó todavía un largo rato el meditante, después de terminado en la obscuridad su desayuno, y echando a *Chacurra*, al que por tal

costumbre se había conquistado, los huesos y restos de la cena, también por Mari-Cruz apartados en el arca con tal objeto, dirigióse hacia el portalón. Un minuto más tarde, la gran barra de hierro, que defendía por sus interiores la entrada de *Aise-Onac*, quedaba penduleando de su argolla superior, y acto seguido, doliéndose de sus herrumbres con una queja rechinante, funcionó la cerradura al girar en sus adentros la llave enorme. El aire de fuera, un aire caliente y vigoroso que desde hacía dos horas azotaba contra la fachada, penetró tumultuosamente en el viejo caserío.

Viento de tierra, viento del sur.

—*¡Egunón!*—gritó la viuda, dando en vascuence los buenos días a su huésped.

El santurrón se detuvo un momento, y mientras se alzaba el cuello del largo gabán, para defender así sus barbas recién peinadas con los dedos, respondió a media voz:

—Ave María Purísima...

Encasquetóse luego su pardo sombrero de fieltro, un sombrero de anchas alas sobre las cuales el sol, las lluvias y el abandono habían

amontonado sus recuerdos, y dispúsose a salir.

—¡Egunón!—gritóle a su vez *Machalén*.

Negándose a la invitación que Mari-Cruz le hacía, siempre a voces desde su cuarto, para que las aguardase *un poco na más*, y ansioso por bajar hasta la aldea antes que nadie, el mendigo apoyóse en su bastón, y esquivando los innumerables fangales que el pasado *siri-miri* había dejado en el monte, emprendió el descenso hacia el valle perdiéndose entre las sombras.

Por los campos difundíanse entonces, con apagado vibrar, las campanadas que, allá abajo, desde la torre de la parroquia humilde, llamaban con sus voces de súplica a confesión y comunión. Era el 11 de Noviembre, la fiesta de la aldea, el día de su bienaventurado patrono San Martín, la fecha solemne en que, por tradición y devociones jamás enfriadas, quedábanse los caseríos solos desde las horas primeras del amanecer. La noche anterior y la mañana aquella, esperadas por todos con devotos entusiasmos, eran para el párroco de trabajo enorme, de improba y fatigosa labor.

Queriendo anticiparse a consignar ante él lo



mucho que lamentaba el no poder comulgar en tan especial ocasión, por culpa de malestares que le obligaran a tomar alimento, el meditante abandonó el camino de carros por el que hasta ahora iba, y metióse por los atajos que de memoria sabía.

—*¡Egunón!*—oíase gritar a cada instante por el monte.—*¡Egunón!*...

Eran los saludos matinales y alegres que, al adivinarse por los senderos, cambiábanse unos con otros los vecinos de los caseríos.

—*¡Egunón!*—parecía repetir el eco por entre los arbolados y las huertas—. *¡Egunón!*...

Mientras aguardaba impaciente a que su madre se pusiera el negro manto de lana, y recogiese de la cómoda los mantelillos y pañizuelos almidonados con los cuales habrían de adornar ambas, allá en la iglesia, el tenderete de los cirios y cerillas que ante ellas arderían durante la misa mayor, en memoria de los muertos de *Aise-Onac*, abrió *Machalén* su ventana y respiró gozosa.

Era ya el día. Avanzaban sus claridades, favorecidas por la fuerza de aquel viento sur que

tanto despejaba la atmósfera, delineándolo, coloreándolo y acercándolo todo, y extinguíanse unas tras otras, como obedeciendo un mandato, las pálidas lucecitas amarillentas, que, escapando de los interiores de los caseríos, estrellaban todavía las últimas obscuridades del valle y de los montes.

Apenas había dormido *Machalén* soñando en aquel su primer día de libertad, aunque no repuesta aún por completo, y desde muy temprano, mucho antes de que Mari-Cruz despertase y se sintiera en la planta baja andar al mendigo, hallábase ya vestida coquetonamente, peinados en dos amplias ondas, con derroche de agua, sus cabellos rubios, y atado sobre las trenzas, muy tiesos y graciosos los dos picos del lazo, su pañuelito de colores más vivos.

—

Para él se había adornado tanto. Para su *maite*, para su castellano, para su guapo *erdeldun*. Para el Bernabé de su alma.

—

Tarareando un *zorzico*, sonriente de felicidades y afanosa por dar rienda suelta a sus alegrías, colgóse su manto de un brazo, temiendo despeinarse si con él puesto hacía todo el reco-

rrido, y seguida de cerca por Mari-Cruz, quien, además de los trapitos planchados, llevaba también sobre la cabeza, formando un paquete, la banquetita para sentarse durante el sermón, los gruesos cirios por sus difuntos, dos paños negros destinados a rodilleras, y los clásicos rollos de cera amarilla, emprendió *Machalén* la cuesta abajo con andar saltarín y nervioso, cuidando de no poner los pies más que sobre las piedras anchas del camino para que no se manchasen de barro sus alpargatas blancas.

—*¡Egunón!*— seguía escuchándose por el monte—. *¡Egunón!*...

Una veintena de viejas, las vecinas que a su paso iban encontrando, también con sus mantos negros, también sobre sus cabezas los gruesos cirios, las rodilleras, las banquetitas, los rollos de cera amarilla, yendo asimismo a la zaga de sus hijas bulliciosas, de aquellas *nescas* sonrosadas y contentas que pensaban todas en sus novios, fueron uniéndose poco a poco, hasta formar con ellas un par de grupos, el de las jóvenes y el de sus madres, a las dueñas de *Aise-Onac*.

—*¡Egunón!*— repetíanse unas a otras—. *¡Egunón!*...

Tras las mujeres, andando a largos pasos con sus piernas zambas, preocupados por la obligación de confesar sus culpas ante el párroco, aunque era con ellos con quienes más de prisa despachaba, uniformados todos con los trajes de americana que estrenaron el día de sus bodas, caídas sobre la gran nariz sus boinas diminutas, extrañándose de los zapatones que, por la diaria costumbre de las alpargatas, parecíanles, cada fiesta, más duros e insoportables, iban congregándose los casados y los viudos, los muy contados solterones, la gente formal del monte.

—*¡Egunón!*—decíanse, olvidando rencores y enfados—. *¡Egunón!*...

Ya en el llano, a las puertas casi de la aldea, bajando desde los altos como una tromba de alegría, flotantes al aire sus largas blusas azules, arremangados los pantalones sobre las alpargatas aquel día estrenadas, marchando con acompasado brincar, venían los mozos fornidos, los *mutillac* que habían tardado más de lo justo en levantarse, cantando en improvisado coro, del que sobresalían bellas voces de tenor, el animoso canto, de la última guerra carlista:

*Edurra telletuan (1)*  
*morralla lepuan,*  
*ibilli biar degu*  
*aurtengo neguan...*  
*Rau*  
*Rau, rau, rau*  
*¡Racataplám!*

—*¡Egunón!*—gritaron a un tiempo, deteniéndose al llegar ante la iglesia—. *¡Egunón!*...

Y serios repentinamente, muy serios todos, como si en mucho tiempo no hubieran reído ni cantado, secando después sus frentes sudorosas con los extremos de las blusas, quitándose las boinas y guardándolas, apretujadas, en los bolsillos del pantalón, avanzaron respetuosos hacia la escalinata de grandes losas, desgastadas por el agua, que desde la *campa* conducía hasta la entrada de la parroquia.

Era una iglesia pequeñita y mísera, capaz, apenas, para doscientas personas, sobre cuyo campanario ruinoso, de un discutible estilo gótico, una sencilla cruz de hierro, enmohecida y

---

(1) *Traducción literal.* La nieve en el tejado y el morral a la espalda, tenemos que andar este año en el invierno.

doblada por las lluvias y los vientos de tres siglos, elevábase humildemente. Encima del atrio, esculpida con toscas letras, que también el tiempo había desdibujado, se leía una inscripción, enmarcada en un rectángulo simulador de una greca, que rezaba textualmente:

*Deo propitio*  
*Facta est ann*  
*1624*

A la diestra de la iglesia, abierta en una pobre tapia, que creeríase la de su huerto, porque no tenía trazas de ser la de un lugar más sagrado, veíase una puerta de madera, no pintada en muchos años, y en su parte superior, fundidas en hierro también mohoso ya, una calavera y dos tibias cruzadas, bajo un *Pater Noster* escrito a mano con gruesos trazos de tinta. Un sauce y tres cipreses asomaban sobre la tapia.

—

Por el ruinosísimo pórtico, cuyos tejadizos de madera apolillada eran nido en el verano de cientos de golondrinas y vencejos, paseaban entonces, sin hablarse apenas y fumando sus pitillos liados en hoja de maíz, los aldeanos que, absueltos ya de sus pecados, buena prueba

de que habían madrugado de verdad, impacientábanse al ver que todavía faltaban algunos fieles por confesarse. Ningún otro año, ninguno, se había retrasado la gente tanto.

—Una broma *pesadísima* resulta esto—murmuraba un *jebo*—. Como que ni *pa almorsarnos* tranquilos va a quedar tiempo.

Por distraerse, acercábanse algunos a la puerta y deteníanse a leer el cartel pegado allí, un pliego de papel de barba con el sello del Ayuntamiento, que decía a la letra:

«El domingo *proximo*, después de acabada la misa mayor, se *selebrará* en la Casa Consistorial la subasta definitiva de los *elechos* y argomas de los montes.»

—Más puntuales que a confesarse, lo que es, ya se irán a esto—observaba otro *erri*—. Como es *negosio*...

Llegaron, por fin, los últimos *guizonac*, porque las mujeres ya todas estaban dentro, y cuando, poco después, sonó en la torre la más pequeña de las campanas anunciando que la comunión iba a dar comienzo, aquellos que por el pórtico paseaban se apresuraron a descubrirse, encaminándose a la puerta principal, y volviendo a meter sus manos en la recia concha de

piedra, empotrada en la pared, sobre cuya cruz todos hacían con la mano, acariciándola antes de santiguarse, la santa señal.

---

Bernabé, que, también paseando impaciente por los recodos del pórtico, había visto desde lejos llegar a *Machalén*, entróse tras ella en la iglesia.

---

Solamente dos velas de cera virgen, enchufadas en unos candeleros de bronce muy fregado, iluminaban con débiles destellos, allá desde el altar mayor, las obscuridades de aquel pobre templo aldeano, húmedo y cavernoso como la plazoleta de una antigua catacumba. Luego, durante la misa solemne de las diez, sería cuando se derrochara el alumbrado, cuando, permitiendo al sol que entrase por sus cristales, se descorrerían de las ventanas de la nave los burdos paños de percalina negra que ahora las ocultaban, aquellos cortinajes, deshilachados y verduscos, que el pasar de los años tenía convertidos ya en jirones.

Para la más devota confesión y comunión de sus feligreses, para que nada les distrajera en tan preciosos instantes de acercamiento a Dios,



el muy santo Don Venancio, sin requerir jamás para ello a los dos *muticos* que solían ayudarle la misa dominguera, porque nunca se hubiera perdonado el hacerles madrugar tanto, preparábase siempre por sí mismo, detallada y cariñosamente, sumiéndola todo lo más posible en el silencio y las tinieblas, la iglesita de sus desvelos y sus amores, aquella parroquia en cuyo sostenimiento y defensa habíase encorvado su cuerpo de atleta y quedándose blanca del todo su cabeza venerable...

Las mujeres con sus mantos negros, y tras ellas los hombres con sus ropas negras también, todos de rodillas y hacia el suelo inclinadas las cabezas en cumplimiento de penitencias benévolas, formaban sobre el enladrillado piso una masa tenebrosa y compacta, desde la cual, rompiendo de cuando en cuando el silencio, escapábanse hacia lo alto algunos suspiros y toses mal contenidas. Sobre el altar mayor, destacando sus alburas turbiamente, adivinábase el mantel con que estaba adornada la sagrada mesa, y hacia uno de sus lados, el de la epístola, la encañonada sobrepelliz que aguardaba el acto solemne de la comunión.

Pasaron todavía unos minutos, muy pocos, los que Don Venancio, algún tanto fatigado, empleara en confesar a los que habían llegado con más retraso. Luego, a una orden suya, los dos chiquillos le ayudaron a revestirse, después de encendidas un par de palmatorias de hoja de lata, y, acto seguido, el nervioso repiquetear de una campanilla puso en conmoción a los fieles. En las negruras del pobre templo, pronunciadas con voz tierna y calmosa, resonaron entonces por tres veces las sacramentales palabras:

—*Domine, non sum dignus... Domine, non sum dignus... Domine, non sum dignus...*

Y lentamente, organizadamente, con devotísimo adelantarse hasta la mesa eucarística, las mujeres primero, y los hombres después, fueron cayendo de rodillas ante la beatífica figura de Don Venancio, y recibiendo la Sagrada Forma de sus manos temblorosas.

—*Corpus domini nostri Jesu-Christi...*

Allá en el fondo de la iglesia, a punto de terminarse la ceremonia, dos hombres que durante ella habían estado devotamente silenciosos, a uno y otro lado de la puerta de entrada, pusiéronse de pie entonces. Eran el meditante y el médico. Y mientras el santurrón se apartaba

hacia una esquina, escurriéndose y procurando esconderse aún más en las sombras, Don Martín avanzó hacia el altar mayor, y, cruzados los brazos sobre el pecho, arrodillóse también ante su amigote el párroco.

Después de un Padrenuestro en acción de gracias, por todos contestado fervorosamente, los *muticos* abrieron de par en par la puerta grande de la parroquia, y por ella comenzaron a desfilan los feligreses, amontonándose luego en el pórtico para aguardar allí la salida de Don Venancio.

—*¡Egunón!*—le fueron diciendo, acercándose uno tras otro y besando su mano.

—*¡Egunón!*—respondía sonriéndoles el anciano sacerdote.

Y cuando Bernabé, que también formaba en la cola de las aldeanas y aldeanos, dijo su *egunón* al párroco, retúvole éste cariñosamente unos segundos, agradeciéndole con su mirar que en vascuence le saludara, y, correspondiendo a la sencilla galantería del hidalgo, contestóle en amable castellano:

—Buenos días, hijo...

El mendigo, al lado entonces del *maqueto*,

de aquel mozo que tanto rondaba por *Aise-Onac*, y en quien sus intenciones e ideales hacíanle ver serios peligros, no sólo para el case-río que le hospedaba, sino también para la aldea entera, contuvo un estremecimiento de ira, clavando luego su mirar en el suelo, y acto seguido, sin alzar para nada su vista hacia Don Venancio, disculpóse con él condolidamente, porque antes de ahora le fué imposible hacerlo, de haberse quedado sin comulgar aquel día. Era toda la ilusión que desde hacía dos semanas venía acariciando.

—Pero Dios prueba así, enviándoles males y contrariedades, a todos aquellos que juzga sus predilectos—concluyó diciendo el caminante—. Acatemos su voluntad, sus altos designios, su santa justicia...

Y por entre los grupos de sus admiradores y correligionarios, aquellos aldeanos viejos que a la cola de todos quedábanse, pareciendo esperarle, confundióse el mendigo, saludándoles afectuoso, mientras las viejas y las *nescas*, formando también sus grupos, adelantaban por la carretera blanca, presurosas por hacer sus honores al desayuno.

—

Conforme a costumbre tradicional, los vecinos que habitaban los caseríos del monte *almorsaban* el día aquel, y comían también, en las casas de sus parientes y amigos del valle. Por ellas repartíanse en esta hora, la menos solemne y oficial, mientras los viejos y los mozos, reservando para la de la comida el aprovecharse mejor de los parentescos y amistades, entrábanse en la taberna de Ángela María, la única de la aldea, y en vez del café con leche, su habitual refrigerio de la mañana, emprendíanla con los *chiquitos* de *blanco*, y de vino *ransio*, para ir preparando el estómago y el humor a la mejor celebración de la festividad de su bienaventurado Patrono. Más de uno, para cuando la misa de las diez principiaba, solía sentirse con ganas de danza o con deseos de una larga *siestesita*.

—

Tembloroso, sonriendo melancólicamente al quedarse solo en la puerta de su iglesia, el párroco siguió con la vista al caminante. Desde que por allí estaba el mendigo, sus feligreses, siempre tan sencillos, tan buenos, tan sinceros, tan confiados en él, no parecían los mismos... Con diferentes pretextos, similares todos a los

dados por el santurrón, muchos de ellos habían dejado de comulgar esta vez.

—¡Salud!—díjole a sus espaldas Don Martín, que habíase quedado en el templo—. ¡Salud y fraternidad!...

Al recibir en la diestra el beso devoto con que su amigote le reverenciaba, dos lágrimas cruzaron por los ojos del buen sacerdote. Creíase ya solo, abandonado, perdido el cariño y respeto de los que tanto le veneraron... Algo pasaba, algo se había sembrado en aquellas almas y aquellas inteligencias que las hacían escapar hoscamente de su redil.

Tomándole por un brazo y riendo ruidoso para cortar así los pensamientos que en él adivinaba, Don Martín empujó al párroco fuera del pórtico.

—¿A mi casa vienes conmigo ahora, *verdá?* —preguntó Don Venancio—. Chuleta y café después he *mandao* que te pongan. Igual que un banquete.

—Muchas gracias, pero tomaré el café nada más. La chuleta te la guardas para mañana. No quiero arruinarte.

—No se te importe de eso—replicó cariñosa-

mente el sacerdote—. Hoy todo te *mereses* por bueno. Lo que no se han hecho otros.

Y siempre cogidos del brazo, descendieron la escalinata, atravesaron la *campa* y encamináronse hacia la casa del párroco.

Poco después, subida lentamente la escalera, entraban los dos en el comedor.

Érase el tal una habitacioncita en cuadro, recientemente blanqueada, muy bien arenado su piso de madera, la cual también hacía las veces de sala de recibo y despacho. En uno de sus frontis veíase el aparador, con apenas media docena de platos tras sus vidrieras, la sopera, dos fuentes, unas tazas para el desayuno, otras dos para el chocolate de las tardes, y un convoy en que el vinagre, el aceite y la sal no hacían más que acto de presencia. En el centro de la estancia destacaba la modesta mesa de pino, que luego, para convertirla en mesa de despacho, adornaríase con un tapete de raído peluche verde, poniendo sobre él un candelabro de tres velas, el tintero y las plumas; y contra la mesa, tocándola con sus brazos, un derrotado sillón frailuno y dos vulgares sillas de paja para acomodo de los visitantes. En el otro frontis, detrás

del sillón vetusto, alzábase un simple estante con unos cuantos libros, entre los cuales se contaban los de sus estudios en el Seminario de Victoria, *La Leyenda de Oro* y los cinco tomos de la Santa Biblia, y sobre la biblioteca aquella, en un marco sin cristal, modestísimo también, una estampa barata del famoso Cristo de Velázquez. Por la ventanita abierta en el tabique paralelo a la puerta, y que daba sobre el campo, el sol del otoño entraba tibiamente.

Era toda la alegría, toda la riqueza en aquella pobre casa.

—La *verdá*, no sé cómo *agradeserte* lo que por mí has hecho hoy—comenzó diciendo Don Venancio, luego de triunfar en su empeño de que el médico se sentara en el sillón—. Como que si no habría sido por no dar que *desirse*, un *abrasso* te largo allí mismo.

—Ya, ya he notado que te has puesto muy nervioso. Por creer, sin duda, que iba a confesarte una serie de crímenes y atrocidades, dada la famita que tengo.

—No, por eso no. Yo, lo que es, ya te *conosco* bien...

—Pues te equivocas, chico, que no me cono-



ces todavía. Porque me he callado lo más gordo, lo peor, sin contar los asesinatos que he cometido en el uso de mi profesión.

Pesaroso de lo dicho, porque el buen Don Venancio se estremecía siempre que en tal sentido bromeaba, y poníasele, con aquellas que él juzgaba irreverencias, una cara muy triste, el médico apresuróse a rectificar.

—No, no te asustes, que no me he dejado nada escondido en el saco. Hasta las ganas que tengo de apretarle el gáznate al individuo ese del libro, te las he dicho sinceramente. Y conste que no se me han quitado.

—Un *desgrasiao* es el pobre—dijo bondadosamente Don Venancio—. Pero daños está *hasiéndose*, muchos daños. Todo lo que aquí se era *pas*, y amor, y *tranquilidá*, robándomelo está con esa guerra y esos *despresios* que contra los de fuera anda levantando.

—¿Lo ves?... Si concluirás por darme la razón.

—No, la *rasón* del todo, no, porque buen católico es, según él *dise*. Pero bastante tenían ya éstos con esos periódicos que de Bilbao les llegan y que a escondidas se leen armándose corros y *consiliábulo*s.

Y Don Venancio, siempre santo, siempre discreto, arrepentido ya de aquella queja que envolvía para el otro una censura, quedóse en silencio y tornó a pensar en lo de antes. En que no eran tan buenos, en que se le escapaban de su redil, en que le dejaban solo.

—Vaya, no te pongas serio, que hoy es día de gran fiesta—interrumpió jovialmente Don Martín—. Y venga pronto esa chuleta, que lo he pensado mejor y la necesito para aguantarte toda la misa.

—¿De veras, *dises...*?—preguntó gozoso el sacerdote—. ¿De veras vas a venir y oírte toda?...

—De veras.

—Pues no sabes bien el *plaser* que me das—replicó Don Venancio con los ojos aguados—. Justamente el sermón de tu santo, el que mejor me he *estudiao* y me he sabido siempre, el que más me gusta predicarles. Anoche mismo, repasándome sus caridades, me recordaba también de las que tú te *has...*

—Bueno, chico, bueno. No me canonicas...

—*Canonisarte*, no, porque yo no puedo. Pero aprovecharme de que tú estés delante, *pa*

mirarte muy fijo y *desirles* bien claro que otros Martines hay *serca*...

—  
La dueña de la casa, una gruesa aldeana, cuyo marido y cuyos hijos también en la taberna estaban ahora, y que tenía arrendadas al párroco la habitación aquella y una alcobita, tratándole todos tan cariñosamente *como si sería el abuelo*, entró entonces en el comedor sonriendo bonachonamente. La chuleta prometida, una gran chuleta que casi nadaba en la grasa que derritiera al asarla, y un enorme tazón de café con leche, humeante y muy cargado de azúcar, quedaron apetitosamente ante el médico.

—¿No te da envidia?...—preguntó Don Martín al principiar su desayuno—. Dime la verdad.

—Sí, mucha me da—contestóle Don Venancio—. Pero a la mediodía me *indenisaré*.

Luego, mientras Don Martín se despachaba la chuleta, levantóse el párroco de su silla, buscó en la biblioteca el tomo tercero de la *Leyenda de Oro*, y volvió a sentarse con ánimos de dar a la vida del santo un último repaso. La aldeana, en tanto, consultaba a Don Martín, en quien tenía *muchísima* más fe que

en el veterinario, si sería bueno *tenerle* sin andar a la vaca, un mes *o así*, para que no se *enflaquesería* más. *Igual igual* que un fideo estaba quedándose.

—¿Y Bernabé?—preguntó Don Martín, cuando la aldeana, satisfecha en sus preguntas, hubo salido del comedor—. ¿Ha comulgado también?...

—También. Casi delante tuyo.

—¿Has hablado algo con Mari-Cruz?...

—No. *Entodavía* no. Mal me *parecía* tratarle de eso en el confesonario.

—Pues es preciso, Venancio. Y cuanto antes lo hagas, mejor. No sea que nos estropeen todo.

—Ya, ya me comprendo, pero... mucho miedo le tengo a que no me oiga a gusto. Con todo lo que les habrá dicho el otro en *Aise-Onac*. *Contraproducente* sería tal *ves*...

—No, hombre, al contrario. Recomendándolo tú...

—Por lo mismo, Martín. No son ya iguales, créete, no son ya iguales... *Cambiaos* están todos. Como *escamaos*, porque me ven que les hablo a los otros. Que les *escomulgase* *quedrían*.

—¿Y vamos a dejarlo así?...

—Dejarlo, *presisamente*, no. Confiar a Dios, que es lo que yo suelo *haserme* en las *situaciones difisiles*. Si se quieren de veras, si es de ley que se casen, *casaos* les verás.

Bebió el médico un largo sorbo de café, enjugóse los labios con la servilleta, y procurando ponerse serio, formalmente serio, dijo a Don Venancio:

—Vas a perdonarme que te insulte, y, sobre todo, que lo haga en tu casa y sentado a tu mesa, pero ya sabes que yo digo siempre lo que siento. Eres un cobarde, chico, el mayor de los cobardes que he conocido. Más todavía que el tío ese de las meditaciones, que todo lo arregla diciendo que Jesucristo perdonaba a sus enemigos, y que San Esteban estaba encantado de que le apedreasen. Veremos si dice lo mismo el día que le abra yo la cabeza.

—Es que hay que *serse* prudente, Martín, muy prudente con éstos. Si les llevas la contraria, si te les pones enfrente, perdido *pa* siempre estás. En ti mismo tienes el ejemplo, sin irte más lejos. Bien nada más les has hecho, bien siempre, y por las cosas que les hablas en contra, como enemigo te tienen. *Espesialmente*,

ahora, desde que te has puesto a matar con el otro.

—¿Y qué?...—repuso Don Martín excitándose—. ¿Iba a consentirle que fuera el médico él en lugar de serlo yo?... ¿Que se hiciera lo que él dijese y no lo que yo mandara?...

—No, eso no... Muy bien has hecho.

—Pues ese es tu caso, Venancio—replicó el médico con enérgica entonación—. Si no te plantas, si no te enfadas, dentro de muy poco tiempo el párroco de veras va a ser él y no tú. Te lo profetizo.

Empañáronse los ojos del sacerdote, y, la cabeza inclinada, velado por la emoción su acento, murmuró tristemente:

—*Razón* tienes, Martín, mucha *razón*... Hay que enfadarse, hay que ponerse *arrecho*, hay que hablarles claro y *haserle* la guerra a ése... Pero compréndete mi *situación*... Yo no puedo, no puedo... Ya te ves cómo estoy... Cada *ves* más viejo, más *doblao hasia* el suelo, más pobre y más débil... *Na* más me queda lo que antes te he dicho... *Resarme* mucho, mucho, y confiarle todo a Dios...

Siguióse una pausa, una larguísima pausa, durante la cual los dos amigotes se estuvieron

mirando con cariño y temor. Luego, decidido a encauzar por otros derroteros la conversación, preguntó Don Martín:

—¿Sabes que van a verse hoy *Machalén* y Bernabé?...

—No, no sé nada—respondió el párroco—. Tampoco me ha *paresido* bien hablarles de eso en el confesonario.

—Pues, chico, no hubiera tenido nada de particular—replicó Don Martín, recobrando su jovialidad—. Es donde lo arreglan todo otros confesores.

—Sí, ya sé que eso *disen* malas lenguas. Pero a mí no me gusta *mesclarme* las cosas del *sielo* con las de la tierra.

—¿Por qué no, hombre?...

—Porque el confesonario, querido Martín, el confesonario—concluyó solemnemente Don Venancio—, sólo *pa* perdonar debe ser.

—

Entró nuevamente la aldeana para quitar las cosas de la mesa, y el párroco, disponiéndose a levantarse, dijo:

—Las nueve ya deben ser. Voy a ir poco a poco.

—¿Tan pronto?...

—Sí. Algunas cosas tengo que prepararme *pa* la fiesta, y...

—Bueno. Te acompañaré hasta allí y daré luego una vuelta por la taberna.

—Pero, ¿vendrás a la misa?...

—Con una condición que quiero ponerte—advirtió el médico mirando profundamente al sacerdote—. Una condición muy seria.

—*Dite*, pues.

—Que en vez de dedicarme el sermón a mí, como antes me has dicho, se lo dediques a esos pobres contra los que tanto se maldice.

—¿A esos?...

—Sí. A esos desgraciados, que si les hablas hoy en castellano te lo agradecerán muy hondo, muchísimo. Tanto como si les hicieras una obra de caridad.

—¿En castellano, *dises*?...—preguntó Don Venancio—. No es costumbre...

—Pues, si no te atreves, no lo hagas. Pero, antes de negarme este favor, piensa que los pobrecillos, desde que salieron de sus pueblos para venir a ganarse el pan en nuestras tierras, no han tenido ocasión ninguna de oír la palabra de Dios. Y, francamente, creo que en un día como este...



—Me has *convensido*—asintió el párroco—. Hijos de Dios también son y no hay que olvidarles.

—Además, que ningún perjuicio les causas con ello a los otros—agregó Don Martín—. El castellano, ese castellano que tú hablas, todos lo entienden muy bien...

—

Entretanto, allá en la taberna, rodeando la mesa de un rincón, el más obscuro y escondido del establecimiento, ocho o diez viejos aldeanos comentaban sordamente, muy quedas las voces, el hecho extraordinario e inesperado de que Don Martín, y también Bernabé, hubiesen comulgado aquel día.

—Yo, con *franquesa* vos digo—advertía *Tibur*—. Como con tanta *devosión* estaba, no me he visto.

—Tampoco yo—afirmó *Santi*.

—Ni yo—dijo *Manu*.

—*Equivoco* o confusión con algunos otros habrá sido.

—Tal *ves*.

—O *invención* de ellos mismos *pa* que les *simpatisemos*. *Capases* de todo son.

El santurrón, que entre ellos estaba, y a quien,

por cortar discusiones que no hubiesen terminado para la misa mayor, pidió uno de los *jebos* su autorizado parecer, sonrió levemente y dijo con sordidez:

—Cierto, cierto es que han comulgado. Tan cierto como que Cristo vino al mundo por salvarnos. Pero, no está el mal en eso de la comunión.

—¿Pues?...—preguntaron todos los *erris* a un tiempo—. ¿Dónde está, *entonses*?...

—En algo muy grave, que Dios quiera no se confirme. Algo que aquí, en esta tierra de santos, no ha ocurrido jamás. Horror me da el repetirlo.

—¿Qué es, pues?...—dijo uno, mientras los demás callaban—. ¿Qué es?...

Tomó el mendigo su libro, que tenía delante de él, junto al ya vaciado vaso de vino blanco, lo abrió por su centro, y mientras pasaba una tras otra algunas de las hojas, distrayendo en ellas su vista, interrogó en voz tan baja que algunos de sus oyentes casi no le entendieron:

—¿Alguno de vosotros, o de los que están por ahí, les ha visto confesar?...

Era una pregunta que le había hecho alguien al salir de la iglesia, una pregunta que hubiera

querido poder responder en el acto afirmativamente, y que le traía pensativo y disgustado como pocas veces lo estuvo. La mitad de su sangre daría por que no fuese cierto.

—La mitad.

Bebieron de sus vasos los viejos *jebos*, o hicieron como que bebían aquellos a quienes nada les quedaba, tosieron algunos, escupieron otros bajo la mesa, y, por fin, después de una larga pausa en que todos se miraban de reojo, como concediéndose la palabra para contestar, empezaron las respuestas.

—No—dijo *Tibur*—. Tampoco yo me he visto confesarles.

—Ni yo—afirmó *Santi*.

—*Difísil* es entre tantos—advirtió *Manu*.

—Y con lo *escuro* de la iglesia.

—A lo mejor, anoche se habrán hecho.

Luego, sin que el meditante insistiera más en aquella sospecha no suya, ni profundizase en su confirmación por lo mucho que le repugnaba hasta el haberla tenido que repetir entre sus íntimos, fueron poco a poco callándose todos, y levantándose alguno que otro, para consultar, en secreto por supuesto, lo que hubiese de cierto en ello.

—Tampoco esos les han visto—volvió diciendo uno de los aldeanos—. Muy *escuro* que estaba también anoche.

Acarició su libro el santurrón, aquel libro que tanto lamentaba no estuviese traducido al vascuence todavía, porque le era verdaderamente lastimoso tener que hablar a los suyos en la lengua de los pueblos herejes por donde tantos años anduvo, y luego de afirmarse bien los quevedos, pareció desentenderse de todo y ensimismarse en la lectura.

—Como que a lo mejor—indicó entonces *Tibur*—, ni don *Venansio* mismo se habrá *fijao*.

—Menos que nadie él—añadió *Santi*—. Muy *aprisas* anda siempre.

—Y con la manga ancha que tiene—indicó *Manu*—. Casi nada no pregunta nunca.

—¿*Pa* qué?... Por aquí, lo que es, pocos *pecaos* hay.

—Pocos.

—Ninguno casi.

Y siempre sordamente, hablando con sus voces quedas, escupiendo y tosiendo a ratos, los ocho o diez *erris* continuaron en sus comentarios sobre el hecho extraordinario e inesperado de que Don Martín y Bernabé hubiesen

comulgado aquella mañana. Lo grave, lo más grave, era que lo hubiesen hecho sin confesar.

---

Cuando el médico llegó sonriente a la taberna, después de haber ayudado a Don Venancio, porque temía el párroco no tener tiempo para todo, a descorrer los cortinones de las ventanas y encender con una caña las velas del altar mayor, los aldeanos que a la puerta estaban cesaron en sus conversaciones y saliéronse a la plaza. Los que se hallaban dentro, sentados a las mesas con el tercero o cuarto de los *chiquitos* de *blanco* y *ransio*, simularon no enterarse de su llegada.

—¿Qué pasa?...—preguntó Don Martín—. ¿Por qué tenéis todos caras de susto?...

Descubrieron entonces sus ojos la figura del mendigo, allá en el rincón, en sus manos el libro inseparable, y pensando que también estaba el hombre, en la hora aquella, rezando en voz alta sus meditaciones, acercóse en puntillas hasta el mostrador y pidió en voz fingidamente misteriosa algo de beber. Tres o cuatro *jebos* que de pie se encontraban allí, apuraron con rapidez sus vasos y encamináronse a la puerta.

---

—¿*Coñá* o ron prefiere *usté*? — preguntóle la dueña de la taberna—. De lo que quiera le daré.

—Mejor una sangría.

—¿Con tinto?...

—Lo mismo me da.

—De *chacolí* blanco le pondré *entonces*—decidió Ángela María—. Nada de *malisia* no tiene.

—

En el portalón del Ayuntamiento, cuyas paredes hallábanse desconchadas del todo por culpa de lo mucho que contra ellas jugaban los *erris* a la pelota, resonaron entonces el tamboril y el *chistu*, mientras una docena de cohetes, encendidos por el viejo alguacil con la colilla de su cigarro, elevábanse en el espacio con prolongado silbar y secos estampidos. Las campanas de la parroquia, volteadas entusiastamente por los chicos más adelantados de la escuela, a quienes tal labor se daba aquel día como premio, comenzaron a derramar sobre las tranquilidades del valle sus roncós y vigorosos sones de fiesta. Un acordeón nuevecito, que allá en el juego de bolos habían estado ensayando, y una pandereta no menos nueva, de la que

el acordeón aquel sería para siempre compañero inseparable, lanzaron también a los vientos sus notas alborozantes.

—*¡Gora Euscadi!...*—gritaron algunas voces—. *¡Gora!...*

Desde las casas de la plaza y los caseríos más cercanos, llegaron precipitadas las mujeres todas, arreglándose otra vez sobre sus cabezas y hombros los negros mantos de lana, y empezó a formarse en el portalón la tradicional comitiva, aquella especie de procesión ajustada casi en un todo a las más antiguas y pintorescas costumbres vizcaínas.

Tras el tamboril y el *chistu*, emperejilados con sus grandes capotes de paño parduzco y sus también oficiales chisteras de felpa; bajo el brazo los enormes paraguas, aunque el sol lucía espléndidamente y no había peligro ninguno de que lloviera; formados en dos filas para que entre ellas marchase el alcalde, marcando en el suelo sus pasos con el chuzo de la alcaldía, alineáronse los concejales. El médico y el veterinario, en concepto también de autoridades, acudieron a colocarse tras ellos, mientras, para evitar que discutiesen sobre cosas de su tan similar profesión, el secretario del Ayuntamiento,

un *jebo* menudo y vivaracho, situábase entre ambos.

—¡Viva *Euscadi!*!...—tornaron a gritar algunos—. ¡Viva!...

Formados también en dos filas, sus sables en la diestra y en la izquierda las *maquillas*, brincando y llevando el compás de la música con las cascabeleras atadas a sus piernas, los *espatanzaris* orgullo de la aldea, aquellos nueve muchachos, sus *mutillac* más ágiles, con sus camisas y pantalones blancos, sus rojas boinas, sus fajas rojas también, sus alpargatas igualmente adornadas con rojas cintas, colocáronse tras la gran bandera de *chorierrico*, compuesta con telas de los más variados colores, que al hombro llevaba desplegada el más alto de los bailarines, y confundieron sus gritos con los de los demás mocetones de la aldea.

—¡Gora *Euscadi!* — chillaban ya todos—. ¡Gora!...

Se agruparon luego las mujeres, muy devotas la mayoría, reidoras y charlatanas algunas de las más viejas, por culpa de los honores que también habían hecho al *blanco* y al *ransio*, y a continuación, en desiguales pelotones de los cuales se escapaban algunos *ujujús* lanzados



a pulmón pleno, amontonáronse los *guizonac* y *mutillac* que habían llegado de la taberna, acompañados por el acordeón alegre y la pandereta zarandeada nerviosamente. Las campanas de la parroquia arreciaron entonces en su doblar, en tanto que los cohetes proseguían silbando, rompiendo en vivos disparos, y emborregando luego el cielo azul con sus nubecillas de humo blanco.

—  
Junto a la puerta principal, aguardando descubiertos, sonrientes de sano contento ante aquel espectáculo nunca visto por ellos, los castellanos que trabajaban en la mina inclináronse cortés y respetuosamente ante el pasar de la comitiva.

Sólo unos ojos, los de *Machalén* la bella, les miraron amablemente. Una larga mirada, que, después de envolverles a todos, concluyó por posarse en la de su *maite*...

Otros ojos, los del mendigo que a la zaga caminaba, fijáronse un instante sobre el grupo con despectivo observar, y bajáronse luego contritamente, como si hubieran incurrido en falta grave por recrearse en la vista de algo pecaminoso.

—

La puerta lateral de la parroquia, allá a la derecha, hallábase ahora, como la principal, abiertas de par en par sus dos grandes hojas de madera. Por las ventanas de la nave, en cuyos cristales todavía quedaban pegados algunos papeles que en tiempo remoto los hicieron parecer pintados, entraban también las luces del día. Los restos del papel las irisaban débilmente. Media docena de cuadros, vulgares y pobres óleos que el párroco consideraba como de grandes firmas, pendían sobre las amarillentas paredes de piedra arenisca. A menor altura, enmarcados en unas simples varillas de nogal, destacaban los pasos del Via-Crucis.

Por entre las dos hileras de tenderetes y banquetas donde las mujeres tenían sus puestos fijos, puestos en indiscutible propiedad, el alcalde y los concejales, el médico y el veterinario, siempre con el secretario entre ellos, y los *espatadanzaris* con los sables inclinados hacia tierra, y también su bandera, adelantaron hasta el presbiterio, mientras el tamboril y el *chistu*, cesando en su bullicio, apartábanse hacia la puerta lateral.

Comenzaron las mujeres, contrariadas por el mucho viento que la corriente establecía entre

las dos puertas, a encender sus cirios y rollos de cera con las cajas de *mixtos* que entre unas y otras se pasaban, y, conseguido al fin su objeto, quedáronse todas de rodillas, custodiando las oscilantes llamas con sus manos y con sus mantos hasta que las puertas se cerraran.

Por los costados de la nave, y también hacia su fondo, tosiendo los viejos y cerrando los jóvenes sus blusas por miedo de las humedades que las paredes filtraban, acomodáronse los hombres. Cuatro de ellos, el maestro director y los tres cantores, se entraron por una puertecilla y subieron hasta el coro. Otros tres, los de más edad en la aldea, encaminaron lentamente sus pasos hacia un rincón, y embrazando tres altos estandartes que contra el muro hallábanse apoyados, aguardaron a que Don Venancio y sus acólitos, aún en la sacristía, saliesen de ella para celebrar la procesión.

Cuando aparecieron, evolucionaron nuevamente los *espatadanzaris*, alzando otra vez sus sables y elevando orgullosamente su bandera, y precedidos del tamboril y el *chistu*, que con lento compás ejecutaban la *Marcha de San Ignacio*, salieron en dos filas por la puerta lateral, levantando mucho las piernas, aunque

sin avanzar gran cosa, y unisonando a la *Marcha* sus cascabeleras ruidosísimas.

Los tres viejos aldeanos inclinaron hacia adelante los estandartes, para que sus cruces terminales no tocaran en el umbral, y seguidos del buen párroco, quien, ornado con una raída capa verde, leía en voz alta sus oraciones en latín, desaparecieron también por la puerta lateral. Luego, cada vez más inclinados los estandartes, para que tampoco tropezaran en los tejadizos del pórtico, cruzaron a todo lo largo de él y llegaron hasta la otra puerta, la principal, a cuya entrada, formados en piquete y clavada en tierra una rodilla, aguardaban los *espata-danzaris* el pasar de Don Venancio.

La bandera doblóse entonces en señal de acatamiento, bajaron sus cabezas los danzari-nes, luego de quitarse las boinas rojas, y el tamboril y el *chistu*, cortando bruscamente la *Marcha Ignaciana*, atacaron con gallardía los primeros compases de la *Marcha Real* española.

—Oye, pequeño—preguntó Bernabé, que se había quedado cerca de la puerta principal—.

¿Quieres decirme qué significan esos tres estandartes?...

—El figura de la Iglesia—contestó el *mutico* mientras cerraba la puerta—, el Virgen del Rosario, y el *Crus*.

Terminada la procesión, siguiéronse unos minutos de toses y movimiento, los precisos para acomodarse bien todos, y se hizo luego el silencio.

Enderezáronse las llamas de los cirios, aquellos cirios de diferentes grosores y tamaños, adornados con lazos negros, blancos y azules, según la edad de los muertos en cuya memoria ardían, y también las llamitas de los rollos de cera amarilla, que entre los cirios alternaban, quedáronse inmóviles por haber cesado el aire dentro del templo. En el altar mayor, lujo extraordinario reservado exclusivamente para día tan solemne, brillaban medio ciento de luces.

Lentamente, monótonamente, empleando en ello un largo cuarto de hora, rezó el párroco las Ave-María que a los difuntos dedicaba la aldea entera para sacarles pronto del purgatorio, y luego, revestido con la mejor de las casullas de la parroquia, una casulla que fué en sus

tiempos de colores crema y plata, blancuzco y casi negro ahora, dió principio al Santo Sacrificio. Los dos *muticos*, de rodillas a uno y otro lado del párroco, y tan encorvados hacia el suelo que casi tocaban en él con sus cabezas, empezaron a contestar las preces del Introito; compitiendo en la velocidad de despacharlas para que el Ayuntamiento en masa se enterara bien de lo maravillosamente que se las sabían, mientras los del coro, atiplado el uno, tenor el otro, bajo formidable el tercero, principiaban sus cánticos a voces solas, sin acompañamiento de música ninguna.

Una de las *nescas* que en las primeras filas estaba, y que de tal misión hallábase encargada por el párroco para todos los domingos y días festivos, salióse de su puesto, alzado el delantal con ambas manos, y comenzó a recorrer la iglesia en demanda de limosnas, todas ellas monedas de cinco y diez céntimos, que, para cuando la muchacha llegó al fondo del templo, formaban ya un montoncito.

Bernabé, procurando ocultarla para que la *nesca* no lo interpretase como un alarde, dejó caer una peseta en el delantal.

El maestro director, allá en el coro, vuelto de espaldas a la misa, reñía entonces a los suyos. Lo estaban echando a perder todo.

—*Demasio me parese* que te has bebido tú hoy.

—¿Yo?...—chillaba el tiple, un aldeanote gigante y rechoncho, llevándose la diestra al vientre en vez de al pecho—. ¿Yo?...

—Y tú también. Más que nunca estás desafiándote.

—¿Yo?...—protestaba igualmente el bajo, un *erri* pequeñín y escuchimizado, que parecía hablar a cañonazos—. ¿Yo?...

Y para contener la irrespetuosidad creciente con que el bajo protestaba, tuvo el maestro que alargar su brazo y pegarle dos batutazos en la cabeza. Los dos sonaron como si los hubiese dado contra el atril.

Pasado el Evangelio, despojóse Don Venancio de la casulla, y después, quedándose solamente con el alba y la estola, tomó su birrete de manos de uno de los monagos y se dirigió lentamente al púlpito.

Sentáronse las mujeres en sus banquetas, se

repartieron los hombres por los bancos, buscando apoyo contra las paredes aquellos para quienes no quedaba puesto libre, y el alcalde y los concejales, arrellanándose en sus asientos del presbiterio, se arroparon cuidadosos en las capas pardas para escuchar tranquilos durante la hora que duraría el sermón.

—

—*Dominus mihi adjutor*— comenzó diciendo el anciano sacerdote con voz recia pero temblorosa—. *Non timebo quid faciat mihi homo.*

Después, hablando suavemente, muy suavemente, en su castellano incorrecto y simpático, añadió como explicación:

—Palabras que el santo nuestro le dijo una vez al demonio, cuando, yéndose a Milán por el camino, se le *aparesió* en forma de hombre y le *amenasó* con que siempre le sería su contrario.

Y Don Venancio, seguro ya de sí mismo y recalcando las palabras, hizo la traducción de la cita latina:

—El Señor es mi ayudador. Por eso no me temeré lo que el hombre pueda *hacerse* en contra mío.

—



Bernabé y sus compañeros, sorprendidos gratamente por aquella galante consideración, que no esperaban, de predicarles en castellano, miráronse entre sí gozosos, felices por no tener que estarse allí, como en los sermones de otros domingos, aparentando que escuchaban, pero sin enterarse de nada; y admirados, conmovidos por la profunda fe y sencillez con que Don Venancio hablaba, fijaron en el púlpito su más devota atención y elevaron hacia el párroco, desde el fondo de sus almas, todas sus más cordiales gratitudes. Nunca habían oído predicar tan santamente.

—De lo bueno que ya era Martín, siéndose todavía *soldao*, aunque más se *paresía* un monje, y de lo mucho que se *enternesía* al verle desnudo a alguno, un gran ejemplo nos ha *dejao* el santo, que, aunque muy *conosido* es, quiero *repertirvos* y *recordarvos* en este día.

Hizo una pausa Don Venancio, porque a punto había estado de seguir el sermón en vascuence, y contó el ejemplo.

—Estándose una tarde de invierno a la puerta de un pueblo, con otros *soldaos*, se les *asercó* un pobre, sin ropas casi y temblándose de frío,

y, como los demás no le harían ningún caso, sacóse Martín la espada de la vaina, cortó por el medio la capa de militar que llevaba, y le dió las mitades al otro *pa* que se taparía algo y no tendría frío.

Después de otra pausa, por preparar el efecto de la segunda parte del extraordinario suceso, Don Venancio prosiguió:

—A la noche siguiente, cuando todos los demás *soldaos* le burlaban a Martín por aquello que se había hecho, se le *aparesió* Cristo Nuestro Señor con el *pedaso* de la capa puesto, y, volviéndose a los ángeles que le acompañaban, les dijo que le mirarían bien a aquél y le quisiesen, porque era el mismo que el día antes le había *abrigao*.

Habituados los cantores y el maestro a descansar de sus tareas durante el sermón, aunque sin abandonar por ello el coro, y extrañados de que el párroco hablase aquel día en castellano, se miraron durante un rato con recelosas ojeadas, barruntándose alguna misteriosa combinación de Don Venancio con los *maquetos*, y luego de cambiadas algunas palabras en vascuence, fuéronse hacia el fondo del coro, for-

maron allí un grupo, debajo de la ventanilla zaguera del templo, y comenzaron a charlar quedamente.

—Cosas muy raras están pasándose hoy —dijo el gigante con su voz de tiple—. Hasta Marcha Real y todo hemos tenido.

—Sí, ya he visto—asintió el tenor—. Igual que si estaríamos en España.

—Pues, por menos que eso han tenido un *disgutaso sercas* de *Seberio*—indicó con su voz de trueno el *erri* pequeñín—. Como que la bandera amarilla y roja no han vuelto a ponerse más debajo de la Purísima.

—Así es—afirmó el maestro director—. Toda la gente creo que se salió de la iglesia *desidida* a no volver nunca.

Después, lamentando no tener unas jarras de *sangría* para pasar el tiempo mientras el sermón durase, el maestro se extrajo de la faja unas mugrientas cartas, proponiéndoles un tute sobre la mesilla que allí había, y, en tanto que el hombre barajaba, los cantores sacaron sus petacas de metal y sus hojas de maíz y liaron unos pitillos. Una *profanación* era aquello de predicar en castellan o.

—Otra *ves, pa* que se vea lo bien que distinguía las tinieblas de la *lus*, y cómo se descubría los embustes de Satanás—refería el párroco avanzando en su sermón—, le dijeron que había un sepulcro con reliquias de mártires, donde las gentes *resaban* mucho, y *acompañao* con algunos frailes, se fué allí, se *hiso* un poco de *oración*, y *na* más que concluir de orarse, le salió del sepulcro una sombra horrible y espantosa, con un olor muy malo, y que era el alma de un ladrón le dijo, *ahorcao* por sus delitos y *padesiéndose* las penas del infierno y no en las glorias del *sielo*. Ya veis, pues—agregó Don Venancio, mirando involuntariamente hacia el mendigo—si hay que andarse con *cuidao* con los embustes de Satanás.

—

El santurrón, pretextando ante los *mutillac* que a su lado estaban, la necesidad de respirar unos momentos el aire de fuera, porque encontrábase indispuerto, frío y debilidades seguramente, escurrióse entonces del templo. Tras él, interpretando su salida como protesta respetuosa de aquel sermón en el idioma de Castilla, media docena de *jebos*, que también habían estado recordando lo de la bandera amarilla y

roja ocurrido en otra aldea, desfilaron con talante malhumorado. Y cuando en el pórtico se sentaron todos a *esperarse con pasiencia* el final de la misa, ninguno de ellos, ninguno, atrevióse a decir nada. Bastábales con mirarse, no de frente, sino con vistazos de soslayo, para coincidir en lo que unánimemente creían y lamentaban. No era el párroco, *presisamente* el párroco, el culpable de todas aquellas cosas tan raras, sino otro más listo que él, mucho más listo y peor *intensionao*, de quien había que ir pensando en vengarse formalmente.

Las mujeres, entretanto, sobre todo las viejas, comentaban con especial favor, sin olvidarse de cuidar las llamas de sus cirios y cerillas, aquella novedad de la *predicación* en castellano, aquel castellano *dulce* y cariñoso que tan bien sonaba en sus oídos.

—Como de más religión se aparentaba, y más *paresido* también a los latines en que estaban escritas todas las cosas de iglesia...

Era que ellas, creyentes ciegas en la santidad y la ciencia de su párroco, siempre sus incondicionales siervas espirituales, no solían leer lo

que leían los *guizonac* ni tampoco entendían gran cosa de política y redenciones.

—Otra *ves, pa haserse resusitar* a un *infelis* catecúmeno que se había muerto de una peste muy mala—seguía contando Don Venancio—, se *enserró* con el difunto en un cuarto, se tumbó *ensima* suyo, *empesó resa* que te *resa*, y, a la media hora, *resusitao* del todo le dejó.

Terminado el largo sermón, y cuando, en anuncio del alzar, sonaron unas campanadas en la torre, el meditante y los aldeanos volvieron a entrar en la parroquia. Todos los fieles hallábanse de rodillas, inclinados hacia el suelo, y dándose con sus manos contra el pecho. El acompasado golpear parecía acrecentarse en el silencio del templo.

Uno de los monagos, después que Don Venancio bebió su cáliz por vez primera, tomó del altar el *Pax tecum*, un viejo bronce desgastado por el manosear de los fieles durante tres siglos, y recorrió la iglesia dándoselo a tocar a todos. Era la paz del Señor, que así repartía el párroco entre sus feligreses, comunicándoles, al mismo tiempo, los miles de *indulgencias* que

el viejo bronce guardaba. Por eso tendían todos hacia él sus manos con tanta devoción, y por eso, también, se las besaban luego a sí mismos en la confianza de que por los labios les entrarían hasta el alma tantos bienes.

Cercano ya el último Evangelio, los tres *erris* de los estandartes pasearon el templo, juntos los tres, con unas bandejas, en las cuales se pedía para el Santísimo, para la Virgen y para el Rosario, y con ellas casi vacías, porque, al revés de lo ocurrido con el *Pax tecum*, todos parecían tener ahora ocupadas las manos, se volvieron hasta el altar mayor. Don Venancio disponíase a rezar las Ave-María finales.

—

Todavía media hora, la de más provechoso trabajo para el anciano sacerdote, transcurrió en la iglesia. Era el tiempo que solía tardar Don Venancio, tan sólo con la sobrepelliz y adelantando su bonete por entre las viejas, en rezar los responsos que una tras otra le pagaban ruidosamente en monedas de cobre. Tres pesetas, y hasta cuatro algunas veces, llegaba a reunir el párroco con esta su labor.

—

Abrieron, por fin, los *muticos* la puerta principal de la parroquia, y, por el mismo orden con que antes entraran, comenzaron a desfilan los fieles. El *chistu* y el tamboril primeramente, después el Ayuntamiento en pleno, los *espatadanzaris* luego, y detrás las mujeres seguidas de los hombres. Los cantores y el maestro, que habían vuelto a reanudar su partida durante los responsos, quedáronse aún en el coro.

Avanzó el alcalde hacia un extremo de la *campa*, escoltado por los danzarines, y allá, a la sombra de la gran encina, detúvose y clavó en el suelo, con fiera actitud, el chuzo simbólico de su autoridad. Rodéaronle sus compañeros de Municipio, y también el médico, el secretario y el veterinario, dejando a la diestra del alcalde un hueco libre para el párroco, el cual no tardaría en salir, y mientras dos de los *espatadanzaris*, boina en mano, se destacaban para buscar la *reina*, el tamboril y el *chistu* preludieron el *aurrescu*. La bandera de *chorierrico* quedó clavada también al lado del chuzo.

Disputándose el honor de guardar en custodia los sables y *maquillas* que los bailarines les ofrecían al azar, formaron las vecinas y vecinos un gran círculo, y principió el alguacil, con



su bastón de mando, a golpear contra las piernas de todos para ensancharlo más todavía.

—  
La elegida por los dos *espatadanzaris*, a pesar de sus protestas y disculpas, fué la *echandria* de *Aise-Onac*. Ruborizada y bajos los ojos, conducida de las manos, entre los dos invitantes, hasta cerca de la presidencia, *Machalén* aguardó allí, pensando en su *maite*, en su guapo *erdeldún*, a quien adivinaba, frente por frente de ella entonces, y no menos ruborizado, mirándola amorosamente. Los demás castellanos, agrupados en torno de Bernabé, admirabanla también.

El *aurresculari*, un *mutil* barbilampiño, delgado y esbelto, de rostro sonriente y simpático, adelantóse lentamente hasta la *echandria*, se descubrió respetuoso, inclinándose ante ella, y, cuidando de no estropear el peinado de la *reina*, aposentó su boina roja sobre la cabeza de *Machalén*. Después, mientras el tamboril y el *chistu* rompían en su acompañar vertiginoso, retrocedió media docena de metros en un par de brinco enormes, formidables, que hicieron ya disponer las manos para el aplauso, y comenzó con sus pies, con sus brazos, con su cuerpo todo, que

se alzaba del suelo y giraba en el aire como si fuera un muñeco movido desde el cenit por hilos invisibles, un danzar de complicadísimos trenzados y saltos, de avances y retrocesos, de volteretas prodigiosas, eléctricamente locas, que coronó ferozmente, después de una monumental pirueta, cayendo de rodillas desde lo alto y levantando luego ambas manos con saludo triunfal.

Sonaron las ovaciones entusiastas y los *gorras*, porque el *mutil* aquel era la gloria mayor de la aldea, el premio primero en los últimos concursos de Amorebieta y de Durango, cogiéronse todos los *espatandazaris* de las manos, dejando en cabeza al *aurresculari* y la *reina*, y poco a poco, invitadas con igual ceremonial que *Machalén*, ocho *nescas* más fueron completando entre ellos las parejas precisas para la danza, mientras otro *mutil*, simpático también y risueño, iniciaba en el extremo opuesto el *auchescu* ante la segunda de las elegidas.

Minutos después, bailadas las diferentes figuras de la tradicional danza vasca, formóse de nuevo la cadena, y arrastrándose unos a otros alegremente, avanzando rápidos al paso de carga que el *chistu* y el tamboril tocaban, prin-

cupieron a cruzar bajo el arco que con sus brazos formaran *Machalén* y el *aurreculari*, recibiendo sobre sus espaldas, sobre sus cinturas, y también sobre sitios más blandos, los ruidosos golpes y azotes que el bajar del arco les propinaba y que el público reía gozosamente.

—  
Tornaron los cohetes a romper en el espacio, y enderezó otra vez la comitiva, en regreso también bullicioso, hacia el caserón del Ayuntamiento.

—  
En su salón de sesiones, en las mesas preparadas desde la noche anterior, era donde se celebraba anualmente la magna comida en honor del bienaventurado San Martín, aquella comida que la buena Ángela María, famosísima cocinera, preparaba siempre con singular esmero y con arreglo a un *menú* absolutamente tradicional. Veintitantos años hacía, los mismos que ella llevaba de tabernera allí, que, siguiendo la costumbre guardada rigurosamente por su madre durante más de medio siglo, no había cambiado ninguno de los detalles que desde *nesca-tilla* aprendió de ella para día tan señalado.

La sopa de fideo, *gordo gordo*, coloreada con

derroche de azafrán; las fuentes enormes de garbanzos, aquellos garbanzos que los aldeanos no comían más que tres veces al año, y entre los cuales rebullían los gruesos trozos de tocino y chorizo; la carne del cocido, acompañada de rojos pimientos; el guisote de cordero, mezclado también con oveja, y con el cual tantas *otanas*, mojándolas en el *unto* espesísimo pedazo tras pedazo, se despacharían los comensales; los pollos asados, exclusivamente preparados para el alcalde, el cura y el médico, aunque también de ellos comerían alguna parte, por galante cesión, el secretario, el veterinario y el alguacil; el arroz y las sopas con leche; las manzanas y las nueces; los *mostachones* y los merengues que constituían el postre de dulce...

Colocados en sus sitios, dió el alcalde la orden de que podía comenzarse a servir la comida; impuso silencio Don Venancio con un ademán, y, descubiertos todos, bendijo la mesa el buen párroco. Después, volviendo los comensales a ponerse sus boinas, y el alcalde y los municipales sus viejas chisteras de felpa, detalle que daba al lado de las mesas un cómico aspecto, probaron todos con el abrir de sus codos la amplitud de los puestos, y desabotoná-

ronse discretamente la cintura de sus pantalones.

Las vecinas y vecinos de los caseríos del monte habíanse ido repartiendo, entretanto, por los domicilios de sus parientes y amigos, donde con muy parecidos *menús* a los del Ayuntamiento, aunque no tan espléndidos, les aguardaban las mesas de manteles relucientes; y dispuestos a comer también hasta hartarse, acercábanse afectuosos a las respectivas cocineras, no sólo para saludarlas, sino, principalmente, por echar un vistazo a los calderos y sartenes del hogar en comprobación de si las cantidades serían bastantes.

El mendigo, a quien se había invitado por el alcalde y la mayoría de los concejales para que ocupase un puesto en la comida oficial, declinó el alto honor que con ello querían hacerle, aduciendo, como razón fundamental, la ojeriza que contra él tenía el bueno de Don Martín, y la violencia que ello podría causar al médico por todos tan querido y respetado. Luego, con tres o cuatro de sus íntimos, adentróse en la taberna de Ángela María y se arrinconó junto a una ventana, desde la cual podía muy bien vi-

gilar, sin ser visto, cuanto por la plaza y la carretera ocurriese. Algo sospechaba el caminante, algo pareciale descubrir en aquella comunión del *maqueto*, en aquellas novedades del sermón en castellano, que le impulsaban a temer más que nunca, viéndolos enormemente agigantados, los peligros que tanto venía presagiando para *Atse-Onac* y para la aldea entera.

En la taberna también, porque no querían ser menos en el celebrar la festividad del santo patrono, y en espera de un *menú* muchísimo más modesto, pobre casi, pues sus jornales no les permitían el despilfarro que en comer y beber hacía en tal fecha, hallábanse ya sentados los trabajadores de la mina, exceptuando a Bernabé, el cual habíase excusado de acompañarles en la fiesta, dejando adivinar, por su mal disimulado contento, el motivo poderoso que para ello tenía.

—  
Iba a hablar con *Machalén*.  
—

Gracias al apoyo que en la difícil empresa le prestaron sus dos amigas más íntimas, con las cuales a punto estuvo de enfadarse por los reparos y advertencias que la hicieron al confiar-

les en aquella mañana el secreto de sus amores, la *echandría* había conseguido de su madre que la dejase comer en la casa de ellas, en vez de con los viejos parientes de la aldea, a los que en mejor ocasión indemnizaría del aparente desaire. Feliz como nunca, más alegre y alborozada que si ya fuese aquel día el de sus soñadas bodas con el guapo *erdeldún*, *Machalén* reía y cantaba, escondida allá en el establo por donde habría de escaparse al campo, mientras sus cariñosas confidentes preparaban afanosas, entrando y saliendo de la cocina misteriosamente, la comida frugal que les suplicara para ella y su *maite*.

—*Na* más pongáis que un poco de pan y otro poco de carne—habíales ordenado—. Hasta *demasiao* tendremos con eso.

Luego, cuando las dos amigas, felices también ellas por el servicio que a *Machalén* prestaban, entregáronla el pañuelo a cuadros en que habían acondicionado la comida para los novios, y una botella de vino, que ella rechazó al principio, aceptándola después por si a Bernabé no le gustaba comer sólo con agua; la heredera de *Aise-Onac*, olvidándose de su posición, de sus riquezas, de sus heredades,

creyóse firmemente casada, mujer ya de un jornalero, y cumpliendo la obligación gratísima de llevarle la comida al lugar de su trabajo. De aquel trabajo, deciales a sus amigas, del que volvería por las tardes, rendido y sudoroso, en busca del agua y de las ropas que ella le tendría preparadas para su aseo, de la casita bien limpia y barridita, de la cena borbotando en el hogar, y de los brazos acariciadores con que siempre, siempre, le recibiría al regreso de sus tareas en la mina.

—*Miréis, miréis* si le quiero a pesar de lo poco que le he *hablao*, y si estoy bien *conven-sida* de lo *felis* que voy a serme con él, que con toda el alma *vos* digo esto—afirmó mientras entornaba sigilosa la puerta del establo—. Aunque la madre me se oponga, aunque me tiraría de casa y no me deje en el testamento más que un árbol y una teja (1), a todo estoy dispuesta, a todo, con tal de casarme con él.

Ocultándose por entre los frutales de las huer-

---

(1) Fórmula de la desheredación en el Fuero de Vizcaya.



tas, temerosa de que Mari-Cruz y sus viejos parientes estuvieran acaso asomados por las ventanas zagueras, *Machalén* alcanzó, por fin, el sendero que conducía a la parte alta de la mina, aquel terreno todavía no explorado ni en trabajo, escondidas sus riquezas bajo un bosque de castaños, que, andando los tiempos, desaparecerían para dejar libre acción a los barrenos, los picachones y las palas, e internándose cautelosa por entre lo más intrincado, allá donde los zarzales y las argomas apenas dejaban los caminitos precisos para el paso, llegó hasta el rincón sombrío, rincón de soledades y de misterio, donde ya Bernabé estaba aguardándola.

—*¡Egunón!*—dijole la *nesca* sonriendo dichosa.

—*¡Egunón!*—contestóla el castellano saliendo a su encuentro.

Abandonó *Machalén* el pañuelo sobre el césped, cogiéronse de las manos, emocionados y temblorosos, y durante un largo rato, muy largo, mirándose ambos con mutua admiración y embeleso, empañados por la felicidad sus ojos, queriendo decirse a un tiempo, con palabras que no encontraban, su alegría inmensa por

hallarse allí solos, lejos de todos, sin temor a que les oyesen ni les interrumpieran en su idilio que, por fin, reanudaban, estuvieronse el uno frente al otro, fundiendo en una sola con aquel mirar sus dos almas, hasta que ella, la primera en hablar, rompió el amoroso silencio con las dulzuras de su voz, una voz, velada suavemente, que también hizo escapar, piando cobardes como en el amanecer no olvidado, a los pajarillos que por allí rondaban.

—Miedo tenía de no haberte *esplicao* bien... Porque en *vascuense* sólo te dije... Donde el agua roja, el agua de hierro...

—Pues ya ves que te he comprendido, *Machalén*... En *Uregorri* me tienes... Aunque sólo en *vascuence* me hables, te entiendo ya...

—¿De veras *disés*?... ¿De veras?...

—*Bai*—contestó Bernabé, riendo.

—¿Y ya sabes qué significa *naido su*?...

—No. Eso no lo sé todavía.

—Pues significa... *te quiero*.

—Gracias, *Machalén*. Yo también *naido su*.

—*Esquerricasco*.

—¿Qué quiere decir eso?...

—Lo mismo que tú me has dicho. Muchas *gracias*.

Después de una pausa, tornando a coger el pañuelo a cuadros, porque entre tantas cosas como traía pensadas ninguna se le ocurría entonces, la *nesca* dijo jubilosa:

—La comida *pa* los dos aquí traigo. Como si ya estariamos *casaos* y te traería a la *mitá* del trabajo. Así les he dicho a ésas.

—Pero...

—¿Ya has comido tú, o qué?...

—No. No he pensado en eso.

—Pues yo, la *verdá*, por ti *hasia*. Por mí, lo que es, tampoco me se habría ocurrido. Ya comería luego.

—Pues... *esquerricasco*.

—*Esta es gaitic*.

—¿Qué?...

—Que nada, que no tienes por qué darte.

Y junto a la fuente, escondida entre los breñales más tupidos del lugar aquel, y que no estaba formada más que por tres toscas losas, cementadas contra la roca en que las yedras y los musgos alimentaban sus verdores siempre frescos, sentáronse luego los novios, malamente acomodados sobre dos piedras no muy lisas, por entre las cuales corría, saltando desde la caña enchufada en la peña, el hilillo de agua

roja, agua de hierro, que dió el indicio para denunciar la mina famosa. Por los mejores sillones del mundo, por los mejores, ninguno de los dos hubiera cambiado aquellos duros asientos que entre los helechos y las hierbas asomaban.

—

—¿Ya te ha *gustao* la misa?...—preguntó *Machalén*—. Con *franquesa* dime.

—Mucho. Como que, aunque hubiese durado una hora más, allí me habría estado.

—¿Y el sermón?...

—Mucho también. Una sorpresa que Don Venancio lo haya dicho en castellano. Nunca se lo agradeceremos bastante.

—También yo he *estao* contenta. Porque entenderíais bien vosotros. Pero disgustos habrá.

—¿Pues?...

—No sé fijo. Cosas que andan *disiéndose* algunos en contra del párroco. Por no serse costumbre.

Después de un silencio, en que miró pensativa hacia el agua que desde la caña saltaba, *Machalén* volvió a sonreír y preguntó:

—¿Y el *aurrescu*?... ¿Ya te ha *gustao* también?...

—También. Es un baile precioso, un baile digno de las bellezas de vuestro país.

—Ya es pena que no sepas tú.

—¿Yo?...

—Cuando el *aurresexualari* me bailaba delante, la ilusión me estaba *hasiendo* de que eras tú mismo.

—No. Yo no sabría nunca hacer eso. Es muy difícil.

—*Difísil* no. Que hay que aprenderse desde chicos.

Y poniéndose muy seria, afirmó de pronto:

—Ya no vuelvo a bailarme yo con nadie. Aunque me obligarian por *fuersa*.

—¿Por qué?...

—*Pa* que no te sufras tú. Cara de pena tenías por verme con otro.

—Es verdad.

—Pero por compromiso era. Por la fiesta *na* más. En otro día cualquiera, que no les habría dicho.

Metiendo luego la mano por el pañuelo a cuadros, *Machalén* sacó un pedazo de carne asada y otro de pan y ofrecióselos a Bernabé.

—*Esquerricasco* mil veces, *polita*—dijo el castellano.

—¿Quién te ha *enseñado* a *desirte* bonita?...

—Muchos—respondió Bernabé—. Lo decían todos durante el *aurreescu* señalándote a ti.

Sonrióle la *nesca*, agradeciendo el piropo, y luego, presentándole la botella, dijo:

—Vino *pa* después, también aquí te traigo. Esas se han *empeñado*, por si no te gustaría el agua.

—Lo mismo me da, *Machalén*. Con agua he comido muchas veces, muchas.

—¿Por no tenerte vino, *verdá*?...

—Sí, por eso. Por no tener para comprarlo. No siempre he sido rico.

Y riendo los dos felizmente, ofreciéndose pedazos de pan y de carne, que, retirando con rapidez las manos, se alejaban uno al otro de sus bocas en el instante en que iban a morder, los dos enamorados fueron dando cuenta, poco a poco, del contenido del pañuelo.

—*Mansanas* y queso creo que tenemos *pa* postre—dijo la heredera—. Y un poco de membrillo creo que también.

—Demasiada comida va a ser, *Machalén*.

—No, no pienso que me haga mal. El primer día es que como de todo esto, pero contenta y con hambre estoy

—¿Te sientes fuerte del todo?...

—Sí, del todo casi. Muy bien *parese* que me ha caído la salida esta, muy bien. Ni una *ves* sola he tosido.

—

Amargado por un cruel pensamiento, un pensamiento indomable, Bernabé apartó la botella dejándola entre los helechos, y durante unos instantes cesó de sonreír y de ser dichoso. Lo que a la mente habíale llegado, venía siendo, desde hacía unas horas, toda una horrible pesadilla para él.

Pero no, no era posible que aquella muchacha a quien adoraba, su novia ya formalmente, estuviera tan en serio amenazada como la noche anterior habíale indicado Don Martín. Las advertencias del médico, dichas como leales prevenciones de amigo noble para que no se entregase por completo a sus ilusiones, a sus amores con la bella *echandría*; la historia triste que de todos los males de *Aise-Onac* le hizo en su casa condolidamente; la palabra solemne de caballero que Don Martín le había exigido para que, aunque un día le anunciase la imposibilidad de su boda con *Machalén*, continuara demostrándola igual amor y entusiasmos igua-

les... no podían ser verdad, de ningún modo verdad, sino mentiras estudiadas, disculpables, desde luego, para saber el médico seguramente, ciertamente, que Bernabé la quería de veras, sin interés, sin egoísmos, dispuesto a todo sacrificio, a toda pena y dolor por el bien de la mujer que amaba. Y la palabra habíala dado el castellano, empeñándola formalmente, no sólo por su honor de hidalgo, sino por algo para él más sagrado: por la vida de su madre santa, de aquella pobre anciana que, allá en el amado lugar de Castilla, rezaría por él, un día y otro día, ante el altar de la iglesita donde anidaba la vieja cigüeña.

Si Don Martín viese reir ahora a *Machalén*, comer afanosa del queso y de las manzanas, sonrosada y sin tos alguna, a buen seguro que desaparecerían para siempre sus paternales temores de médico asustadizo.

—¿En qué piensas que te has puesto tan *callao* de pronto?...—preguntó ella—¿En que no sabes el *aurrescu*?...

—No, en eso no—respondió Bernabé domi-  
nándose y pugnando por encontrar un motivo  
de conversación alegre—. Pienso en otra cosa.



—¿En qué?...

—En una canción que oí la otra noche y que no pude entender porque la decían en vascuence.

—Un *sorsico* sería. Muy bonitos hay.

—Aquel, sin duda alguna, era el más bonito de todos. Parecía muy amoroso, muy expresivo, muy tierno... No sé qué daría por haberlo entendido y recordarlo.

—Ya te *esplicaré* yo, si quieres.

—Gracias, *Machalén*, pero no puede ser.

—¿Pues?...

—Porque no lo recuerdo... Porque no sé cuál es...

—Ya te recordarás si te fijas un poco... Mira... Yo iré cantándote todos...

—¿Tú?...

—Sí, ya verás qué pronto encuentras... Espérate un poco. *Deseguida* vengo donde ti...

Levantóse *Machalén* hacia la fuente, hizo un vaso con las palmas de sus manos, colocólas bajo la caña, y después de beber dos o tres sorbos, rogó a Bernabé que le hiciera un poco de sitio en su piedra, sentóse al lado del *erdeldún*, y apoyada contra él suavemente, acercándole sus labios al oído, comenzó a cantar a media voz:

*Amoriyua serdan jaquiñ naibadesu  
egurre suetsuten paratu etsasu,  
paratu eta guero ondo beguiratu  
negardariola icusico desu.*

—Sí, muy bonito también, precioso—dijo emocionado el castellano cuando la *echandria* concluyó el *zorzico*—. Pero no era ése, era otro más bonito aún.

—¿Más *entodavía* que éste?... Pues uno de los más bonitos es... ¿Ya sabes qué quiere *desirse*?...

—No...

—Pues, óyete fijo... A mi modo te diré... Ya creo que entenderás...

Conmoviéndole con el encanto de su voz acariciadora, *Machalén* tradujo dulcemente:

—Si te quieres saber lo que es el amor, agárrate un leño fresco, tírale al fuego... y verás cómo echa lágrimas.

Mirándola arrobado, el castellano alzó su brazo izquierdo, lo pasó por encima de los hombros de la *nesca* y la atrajo hacia él delicadamente, suavemente, mientras ella, con sus manos, aún no secas del agua de la caña, oprimía la diestra del *erdeldún*. Unos segundos transcurrieron así.

—¿Otro quieres que te cante *pa* ver si encuentras el que *dises*?—preguntó, risueña, la heredera.

—Sí... Cántame otro...

—Pues, atiéndete con *cuidao*... Con *seguridá* que este es...

Acercándose más al castellano, muchísimo más, tornó a cantar *Machalén*:

*Biots baten lecuan  
milla banitusque,  
maitia, suretsaco  
isango liraque,  
milla baten lecuan  
bat baisican esdet,  
arnasasu, maitia,  
batau milla bider.*

—¡Este, este que cantas era!—interrumpió Bernabé sin poder dominar su contento—. ¡Y qué bien lo cantas tú!

Luego, cuando la *echandría* hubo terminado, díjola suplicante:

—¿Quieres traducírmelo?...

—¿Eh?...

—Que si quieres explicármelo...

—¡Ah! *verdá* es... Voy a *desirte*...

Clavando sus ojos verdes en los muy negros de Bernabé, más dulcemente, más tiernamente

aún que antes, *Machalén* tradujo, en tanto que con mayor fuerza que nunca le oprimía la mano:

—Si yo me tendría mil *corasones*, los mil te daría ahora; pero como, *desgrasiadamente*, nada más que uno tengo... tómate este uno mil *veses*.

—*¡Machalén!*—exclamó Bernabé abrazándola—. *¡Mi Machalén!*...

—*¡Maite!*—suspiró ella, abandonándose—. *¡Maite* mío!...

Pasado aquel instante de amorosa expansión, preguntó la *echandría*:

—¿También por allí tenéis *sorsicos*?...

—*Zorzicos*, precisamente, no... Algunas pobres tonadas... Pero tenemos, en cambio, poesías... Poesías muy hermosas...

—¿Versos quieres *desir*?...

—Sí, versos que son los cantos de nuestros poetas... Cosas que escriben ellos sin música, pero que, no sé por qué, parece que la tienen... Una música extraña, muy extraña, música de pesares... Música dulce del alma...

Recordando otra vez su dolorosa entrevista con Don Martín, la palabra solemne que al mé-

dico habíale dado, los temores de que a nada feliz pudiera llegar en su amor, si un día aumentaban los males de que *Machalén* hallábase amenazada, Bernabé desligó su brazo del busto de la bella *nesca*, y caviloso, profundamente caviloso, hundió su cabeza entre las manos.

Una honda poesía, *El ama*, la famosa *castellana* del inmortal Gabriel y Galán, acudió entonces a su mente.

Parecíale ser él, él mismo, el hidalgo aquel que se casaba enamorado y lleno de ilusiones santas, que por su compañera sin igual veía convertida la hacienda en un paraíso donde todo reía y cantaba, y que luego, cuando moría aquella esposa de bellezas y virtudes insoñadas, no encontraba en derredor suyo más que soledad y silencios, amarguras y lágrimas.

—¿Por qué te has *quedao* tan triste?...—preguntóle la heredera, inclinándose hacia él—. ¿Te estás pensando en poesías de allí?...

—Sí, *Machalén*... Una de ellas estoy recordando... La más triste acaso...

—Dime, pues.

—No, no quiero afligirte.

—Pues yo, lo que es, ya te he dicho los *sor-sicos* míos... Si sé que me niegas, no te habría *cantao*...

—Escúchame, entonces. No quiero que te enfades.

Con acento velado, puesto el mirar en lo alto, Bernabé comenzó a recitar la *castellana* famosa.

En las tranquilidades del rincón aquel, los versos parecían sonar cada vez más armoniosos, más musicales, llenos de mayor encanto...

Imaginando ser ella la mujer que su *maite* pintaba, *Machalén* estremecíase placentera.

«Todo lo pudo la mujer cristiana,  
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería  
giraba en torno de ella  
pacífica y amable,  
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo  
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino  
cantaban las mozuelas,  
y cantaba en los valles el vaquero,  
y cantaban los mozos en las tierras,  
y el aguador camino de la fuente,  
y el cabrerillo en la pelada cuesta...

¡Y yo también cantaba,  
que ella y el campo hiciéronme poeta!»

El tono entusiasta, alegre, alborozado, con que Bernabé recitaba, cambió poco después.

La compañera del poeta... había muerto.

Y los ojos de *Machalén*, sus preciosos ojos verdes tan contentos hasta entonces, humedecieronse ahora.

«¡La vida en la alquería  
se tiñó para siempre de tristeza!  
Ya no alegran los mozos la besana  
con las dulces tonadas de la tierra  
que al paso perezoso de las yuntas  
ajustaban sus lánguidas cadencias.  
Mudos de casa salen,  
mudos pasan el día en sus faenas,  
tristes y mudos vuelven  
y sin decirse una palabra cenan;  
que está el aire de casa  
cargado de tristeza,  
y palabras y ruidos importunan  
la rumia sosegada de las penas.  
Y rezamos, reunidos, el Rosario,  
sin decirnos por quién... pero es por ella.»

Subyugada, no pudiendo sustraerse al embeleso que aquellos versos causaban en ella, resbalando sin querer desde la piedra en que se hallaba sentada, *Machalén* había ido, poco

a poco, cayendo de rodillas ante el castellano, hasta quedar, cruzados los brazos sobre el pecho, como si en oración o en éxtasis estuviera.

Nunca, nunca en su vida había escuchado música tan grata, tan dulce, tan del fondo del alma.

Y cuando, al terminar Bernabé de cantar sus versos, decidíase *Machalén*, no sabiendo cómo pagarle aquello que parecía una bendición del cielo, a ofrecerle otra vez su frente pura, como también lo hizo en aquel amanecer, sus manos se crisparon de pronto sobre las rodillas del *erdeldún* y quedóse lívido su rostro.

—¡*Machalén!*—exclamó Bernabé asustado—. ¿Qué tienes?...

Por toda respuesta, señaló débilmente en dirección de la peña, y después, con un supremo esfuerzo, porque parecía desvanecerse, se cobijó tras su *maite*, agarrándose a él con terror, cerró los ojos, y comenzó a rezar precipitadamente, puesto el pensamiento en su Virgen, en *Begui-Eder* la milagrosa.

Bernabé tornó hacia la fuente su cabeza.

Por entre los tupidos breñales de la peña, la cara barbuda y rugosa del santurrón, quien hasta allí había llegado arrastrándose, serpen-



teando por las zarzas y las argomas, los helechos y las hierbas, aparecía entonces mirándoles amenazadora y dejando ver, al través de una sonrisa rebosante de rencores, la sima negruzca de su boca sin dientes.

—«Ningún pecado es tan abominable como la deshonestidad—dijo desde el suelo su voz opaca, dirigiéndose a *Machalén*—. Huye, desgraciada, huye lejos. Los mayores incendios empezaron por una chispa que no se apagó a los principios. Si no te resuelves a romper ahora, que sólo estás atada al pecado con un hilo, tampoco romperás después, cuando estés amarrada con una maroma. No temas al que puede matar tu cuerpo, pero teme al que puede echar tu cuerpo y tu alma en el infierno. Huye, desgraciada, huye lejos de aquí—tornó a repetir la voz del santurrón—. La deshonestidad es más que un sacrilegio.»

Vencida por el terror, por la brutal impresión que la inesperada presencia del mendigo le causara, *Machalén* habíase desmayado.

Levantóla del suelo Bernabé rápidamente, encaminóse con ella en los brazos hasta la

caña del agua, y arrodillándose allí, sin miedo a mancharse con el fango rojo del hierro, roció la cara y la frente de su amada, prodigándola al mismo tiempo sus más cariñosas frases de amor. Nada le importaba que tan cerca estuviera el meditante.

Cuando *Machalén*, pasados unos segundos, abrió de nuevo sus ojos y miró acobardada a los breñales de la fuente, el santurrón había desaparecido.

—¿Ya se ha *marchao*?...—preguntó temblando la *echandría*.

—Sí, *Machalén*... Se ha ido ya...

—No, no creas... Por ahí estará... Mirate un poco...

Adelantó Bernabé unos pasos, y, señalando luego por entre los árboles, dijo consolándola:

—Allá va... Corriendo como si hubiera hecho un mal...

—Y es *verdá*... Que me moría pensaba...

—¡Pobrecita!—exclamó el castellano—. ¡Tan buena como eres!...

Poco a poco, animada por su *maite*, comenzó

a reponerse y serenarse *Machalén*. Después de componerse su falda almidonada, que habíase arrugado toda; sus ondas y sus trenzas rubias; su pañuelito de vivos colores, cuyo gracioso lazo se había también desatado, tornó a sentarse, débil todavía para tenerse en pie, y de la botella del vino, que hallábase casi intacta, bebió un par de sorbos, muy suaves sorbos, accediendo obediente a las súplicas que para ello la hizo Bernabé.

Los colores, con muy tenues rosas, iniciáronse otra vez en su rostro.

El castellano, sin embargo, continuó bajo la misma impresión que la palidez de su amada le causara antes, aquella impresión que tan abonada tenían por anticipado las confidencias de Don Martín, sus temores que ya no juzgaba ahora exagerados, y que le hacían afirmarse tristemente, muy tristemente, en que, con la certeza de no llegar a un fin feliz, tendría que seguir demostrándola su amor siempre. Más grande, tanto más grande, cuanto más desesperanzado estuviera.

—¿Mucho te he *asustao, verdá?*... —murmuró *Machalén*.

—No, no es eso lo que me apena—respondió Bernabé—. Es otra cosa.

—Dime, pues.

—Los disgustos que para ti he traído. Con lo feliz que eras tú...

—Al contrario. Ahora, ahora es cuando me soy *felis* del todo.

—¿Ahora?...

—Sí, ahora. Porque ya hemos *echao* al fuego el leño fresco. Como en el *sorsico*.

Volviendo a abrazarla tiernamente, preguntó Bernabé:

—¿Y llora?...

—Sí, mucho llora, mucho... Pero mírate bien. De alegría y de contento es...

Un beso suave, un beso casto, un beso santo palpitó en el silencio del rincón aquel.

Después, accediendo a los deseos de la heredera, quien, no atreviéndose a regresar sola, suplicó a Bernabé que la acompañase hasta la misma plaza, cogiéronse los novios de una mano, y mirándose sonrientes, repuestos casi del susto y más firmes que nunca en su cariño puesto a prueba, encauzaron sus pasos hacia la aldea. Su corazón, el único que tenían, ha-

bíanselo dado para siempre, uno al otro, no una vez, sino mil veces.

Como en el *zorzico*...

Mientras tanto, el viento Sur, aquel viento Sur que azotara desde el amanecer contra la fachada de *Aise-Onac*, se había ido calmando poco a poco, y unos gruesos nubarrones, blancuzcos primero, pardos luego, casi negros después, empezaron a asomarse, amenazadores, allá sobre las cumbres rocosas de los más lejanos montes.

—Mejor *pa* la prueba de bueyes—afirmó uno de los concejales a quien la comida hizo daño, y que, quitándose la chistera, había salido a la plaza para airearse—. Suave, suave se *resbalisará* la piedra.

Algo más tarde, aturbonado por completo el cielo, cuyos azules habíanse escondido tras las nubes, dió el alcalde por terminado el festín, ordenando que vinieran cuanto antes el tamboril y el *chistu*, y, rezado por Don Venancio el *Deo gratias*, levantáronse los comensales.

Era la hora del Rosario.

El párroco, las autoridades, en las que no

figuraban ahora ni el médico, ni el veterinario, ni tampoco el secretario, y las viejas de la aldea y de los caseríos, porque las *nescas* también se quedaron por la plaza y sus alrededores, charlando con los *espatadanzaris* y con los otros *mutillac*, fueron los que únicamente formaron ahora en la nueva comitiva que se encaminó a la parroquia, mientras las campanas de la torre sonaban otra vez con perezoso doblar.

—Demasiada iglesia resulta *pa* un día de fiesta —comentaba un *jebo*—. Hasta peligro de dormirse si se descuidaría uno algo.

Afanosos por hacer la digestión, ayudándola con algún ejercicio, la mayoría de los *guizonac* entróse entonces al juego de bolos, un largo y angosto rectángulo cavado en la tierra bajo una tejavana, y allá, luego de proveerse todos de los *chanteles* que les fué repartiendo el secretario, quedáronse en mangas de camisa, se arremangaron, dejando al descubierto sus antebrazos velludos, y uno tras otro comenzaron a lanzar la gruesa bola, encarrilándola por los tablones del piso, contra los palos enanos colocados al fondo del trinquete.

—A Peru le toca ahora—ordenaba el secre-

tario, apuntando los tantos en un papel de estraza—. A ver, tráete el *chantel*.

Con toda formalidad, porque para eso era el jefe tradicional en esto del juego de bolos, el secretario iba repasando meticoloso los papeletos que todos le entregaban, acomodándolos bajo una jarra de *chacolí* para que el viento no los *volaría*, y resolviendo luego las dudas y discusiones que en el juego originábanse y que a cada instante lo interrumpían.

—*Esperéis, esperéis* un poco—advertía de cuando en cuando—, que este caso es *difísil*. Voy a resolver.

Y sosteniendo los *chanteles* con la izquierda, después de haber levantado la jarra con la diestra, alzábala un largo rato sobre su rostro, mientras los aldeanos le aguardaban pacientes, y luego, segurísimo de que nadie protestaría, daba su decisión al azar, imponiéndola como si fuera fruto de un largo estudio.

Los *muticos* de la aldea, obedeciendo las órdenes que desde la mañana habíanles dado con promesa de unas perras, bullían mientras por la plaza, entre los viejos árboles a los que luego se subirían para presenciar mejor la

prueba de bueyes, quitando de su piso con escrupuloso cuidado cuantas piedras gruesas encontraban, y alisándolos con tierra, para que tampoco constituyeran después un obstáculo, los baches y desniveles que a su juicio suponían un tropiezo o el peligro de un atascamiento.

Algunos de ellos, con mayor interés que si los bueyes fueran suyos, alzábanse las blusas por delante, y, acercándose a la gran piedra de la prueba, vertían sus humedades ante ella, frotando luego con sus alpargatas sobre lo mojado para que el suelo quedase bien dispuesto. *Demasiao* duro estaba por *culpás* de lo que había *secao* todo el viento.

Persiguiendo el mismo suave fin que los *muticos*, los dueños de las parejas que habían de luchar, y que iban entonces llegando a la plaza con talante retador, paseábanse a lo largo de ella, seguidos amistosamente de sus bueyes, y deteníanse de rato en rato para acariciarles, cosa que los nobles animales, moviendo a un lado y otro sus colas, después de levantarlas, agradecían regalando al piso sus estiércoles.

—  
La piedra, aquella gigantesca piedra de gra-



nito que cerca de la carretera estaba desde las pruebas del año anterior, y cuya argolla de hierro, en ella empotrada merced a unos firmes remaches, venían repintando los aldeanos desde hacía siglos, para que no se oxidase ni se estropeará jamás, pesaba aproximadamente tonelada y media, y estaba limpia y reluciente, sin tierras ni musgo, como si acabara de salir de la cantera aquel día mismo. Otras mucho mayores, y, por consiguiente, de mucho mayor peso, había en algunas aldeas, pero ésta tenía un mérito grande sobre todas las demás. Un mérito que chasqueaba a no pocos, creyéndola fácil de arrastrar, y que estribaba en su especialísima forma, aquella forma chata, chatísima, cual si la piedra se hubiese aplastado cayendo desde lo alto, lo cual le daba una base enorme de apoyo contra el suelo, y, por tanto, una resistencia como ninguna otra piedra tenía.

Tal era la razón, soberana razón, de que, por *benevolencias tradicionales* en la aldea, se tolerasen aquellas órdenes dadas por los competidores a los *muticos*, y aquellos provechosos paseos del ganado por la plaza, antes de la lucha, aunque en el mismo lugar era donde ha-

brían de bailar luego todos hasta entrada la noche, y quizá rodar por el suelo cuando los tropezones que durante la danza dieran.

—Ablandarse, ablandarse más hay que *hacer*—recomendaba uno de los *erris* concursantes, apartándose de su pareja. —Más chicos que vengan, más...

Y disimuladamente, reuniéndose en misteriosos corrillos, como si fueran a discutir algo importante, los aldeanos que mayor empeño tenían por que el piso mejorara en condiciones de *resbalisación*, iban también dejando en él sus charcos, muy grandes charcos, y trasladando luego la discusión a los sitios en que calculaban había más *duresas*.

En la taberna de Ángela María, cuyas criadas en aquella fiesta no daban abasto para servir las *sangrías* de blanco, agua y limón, que incesantemente les venían pidiendo los del juego de bolos y los de la prueba de bueyes, empezaban a tratarse entonces las apuestas en favor de unas y otras parejas, no atreviéndose a levantar nadie la que, francamente, sin distingos ni escrupuloso detalle de condiciones, decidido a apostar de verdad, ofrecía *Jose-Mari*, el dueño

de una yunta recién comprada, procedente de Castilla, por la cual todos tenían respetuosa admiración.

—*¡Dies duros pongol!*—gritaba el amo aquél, después de cada vaso. —*¡Dies duros!*...

Por fin, otro de los aldeanos, *Pedrochu*, dueño de una pareja envidiada también, levantó la apuesta, confiado en que los tales bueyes, aunque fuesen mejores que los suyos, no podrían vencerles por la razón sencillísima de que, no siendo del país, no tendrían *gramática* para aquello de la piedra; y dos billetes de veinticinco que dió *Jose-Mari*, y otros dos que entregó el adversario de los bueyes *maquetos*, sacándolos ambos de las mugrientas carteras guardadas en sus pechos, quedaron en poder de *Visente*, el marido de Ángela María, juez municipal, cartero, estanquero, barbero, memorialista también, y persona de todo crédito y respetabilidad a la que solían confiarse estos depósitos.

Poco después, cuando salieron todos a la plaza para echar a suertes, y resolver así cual de las parejas inscriptas habría de tirar primero, encontráronse los de la taberna, y los del juego de bolos, suspendido un rato para presenciar la

prueba, con una novedad que nadie aguardaba y que dió, desde luego, un interés enorme a la lucha.

De las cinco parejas, tan sólo iban a luchar dos. La procedente de Castilla, y la de *Pedrochu*, allí en la aldea nacida y criada, que había vencido ya en más de diez pruebas. *Campeonato tenía.*

Los dueños de las tres parejas restantes, pretextando que aún no estaba el suelo bastante blando para ellos, porque sus bueyes eran más jóvenes y de menos raldes que los otros, y porque, además, habían trabajado mucho la pasada semana y acaso estarían un poco débiles, acababan de meter sus animales en la cuadra adyacente a la taberna.

Tornaba de la parroquia la comitiva de autoridades y viejas, terminado ya el Rosario larguísimo, cuando el secretario, también el jefe en esto de las apuestas y pruebas, sacaba un duro del bolsillo de su chaleco, aquel chaleco que sólo se ponía en las fiestas de esta fecha, y lanzáballo a lo alto entre la expectación de todos.

—¡Caral!—gritó el de la pareja castellana, con derecho a pedir por ser el de más edad.

—*¡Crus!*—gritó después con acento resignado el de la pareja vasca.

Correspondió la suerte a *Pedrochu*, y radiante de orgullo, satisfecho por lo bien que aquello comenzaba, seguro el hombre de su triunfo, fué-se a sus bueyes, quitóles la manta, les acarició fraternalmente, diciéndoles a la oreja algunas alentadoras palabras en vascuence, y encami-nóse luego hasta la piedra.

—  
Antes de enganchar a su argolla la larga cadena que colgaba del yugo de los bueyes, reunióse el jurado, quitándose cortésmente las boinas, y se discutieron las últimas condiciones, las más serias, conviniéndose, después de un rato, en que fueran las que siguen.

Los *acularis*, es decir, el dueño y los amigos suyos con derecho para pinchar con la *quiña* a las parejas, excitándolas así para la lucha, habrían de ser tres únicamente por cada parte. El dueño, delante, con prohibición de agarrar a los bueyes de los cuernos, y permiso nada más que para *quiñarles* en el morrillo, y detrás de la yunta, dos amigos, uno por cada buey, con amplia autorización para pinchar donde gustasen. Si algún otro *aculari*, de los que en muchas

ocasiones solían brotar espontáneamente, se entrometía en la apuesta, dando aunque sólo fuese un *quiñaso*, la pareja que lo recibiera considerárase como derrotada.

Con unos picachones marcáronse en uno y otro extremo de la plaza las dos rayas limitadoras del campo, quedando la piedra en la que se abrió paralelamente a la cuneta de la carretera, y fijóse en diez minutos el tiempo para la duración de cada una de las pruebas.

—  
Por separado, metiéndose disimuladamente por entre el público, después de haberse despojado, allá en el Ayuntamiento, de sus capas y sus chisteras, fueron llegando entonces el alcalde y los concejales, quienes, por estar gubernativamente prohibidas, desde hacía años, las tales pruebas de bueyes, no podían en modo alguno presenciarse ni asistir a ellas con carácter oficial.

—Como particulares *venemos*—decía el alcalde, bajándose la boina sobre los ojos y adoptando un gesto de aldeano insignificante—. Como particulares *afisionaos*:

Luego, llamando aparte al viejo alguacil, que también había cambiado su bastón de auto-

ridad por una nudosa cachava, encargóle en voz baja que, *como si tampoco sería nadie*, se metiera por el centro de la plaza y empezase a repartir *cachavasos* entre el público para que dejara bien libre el lugar de la lucha.

—Y al que te *desobedezca*—ordenóle como final del encargo—le agarras *disimulao* y le metes al *calaboso*.

No hacía falta la recomendación. Los *acularis* que habían quedado excedentes, seis u ocho por cada una de las parejas, recorrían ya el campo de una a otra punta, rogando que se apartasen todos tras las dos largas filas de árboles, y repartiendo suavemente, entre los que parecían no entenderles, algunos *quiñasos* de cortés advertencia.

Enganchada la cadena a la argolla, sacó su reloj el secretario, a quien todos llamaban entonces *Selestino*, sin don ninguno y tuteándole, para fijar bien que se trataba de un particular, de un *sensillo afisionao*, y no de un personaje oficial, y poco después, rompiendo el silencio que en la plaza se había hecho, resonó firmemente su voz dando la orden de marcha:

—¡*Eup!*...

Pálido y emocionado, medio mascullando una maldición, hincó *Pedrochu* rabiosamente la ijada en los morrillos de sus bueyes vascos, pincháronles también por detrás los otros dos *acularis*, acompañando la acción con furiosos gritos de aliento, y los nobles y hermosos animales, bajando sus cabezas como para embestir, y clavando en el piso sus pezuñas trepidantes, que parecieron hendir la tierra, contrajeron sus músculos, sus nervios todos, como sabedores del honor y la gloria que se les pedía, y en un formidable arranque, cual ningún otro se recordaba en la aldea, movieron la piedra de su sitio, y arrastráronla plaza arriba, sin un solo descanso, hasta la raya del otro extremo.

—*¡Aidá!... ¡Aidá!...*—gritaba locamente el público todo, corriendo tras de la pareja y empujándola con sus ademanes, con sus gestos y sus deseos—. *¡Aidá!... ¡Aidá!...*

Desde los árboles sin hojas, cuajados de *muticos* que, cual si fuesen pájaros, andaban por las ramas, subiendo, bajando, moviéndose y dando brincos, para ver y seguir mejor los incidentes del espectáculo, las mismas voces, voces que parecían de ataque, alegraban la lucha:

—*¡Aidá!... ¡Aidá!...*



Pasado un minuto de descanso, que *Pedrochu* empleó en acariciar, allá por el yugo, a sus amados campeones, mientras sus dos compañeros de *quiña* hacían lo mismo, pasándoles sus manos por los cuartos y las patas zagueras, emprendió la pareja el regreso al punto de partida, alentada por los mismos *quiñasos* y las mismas voces que antes.

—¡Aidá!... ¡Aidá!...—chillaba toda la aldea con entusiasmo cada vez más demente—. ¡Aidá!... ¡Aidá!...

Llegados al otro extremo, y tras un nuevo reposo, algo más largo que el anterior, porque ya los nobles animales no contaban con iguales bríos que al principio y habíanse tenido que parar dos o tres veces en este segundo viaje, el buen *Pedrochu*, que no cabía en sí de gozo y de orgullo, seguro, poseído como estaba de que no haría otro tanto la pareja de *Jose-Mari*, alzóse la cintura de los pantalones, se escupió ruidosamente en las manos, y con gesto casi de asesino, pareciendo querer matarles, tornó a hincar la ijada en lo alto de los morrillos:

—¡Eup!...

Jadeantes, resoplando fuertemente, cubiertos de espuma, manchadas ya sus pieles por los

numerosos hilillos de sangre de que eran culpables los infinitos *quiñasos* recibidos, pero dispuestos siempre a obedecer al amo, a morir antes que no arrancar con su pesadísima carga, los dos bueyes hicieron un nuevo esfuerzo, el supremo, y avanzaron otra vez.

—*¡Dios minutos!*—gritó el secretario, cuando, después de un par de paradas, acercábanse a la otra parte—. *¡Paréis!*

Y *Pedrochu*, los bueyes y los *acularis*, detuviéronse en seco.

—*¡Casi tres veces!*—proclamó el secretario, ordenando que midieran los pasos que faltaban para la meta—. *¡Tres casi!...*

Absolutamente convencido de que la pareja contraria, la castellana de *Jose-Mari*, no haría, ni con mucho, lo que su hermosa pareja vasca había hecho, abrazóse *Pedrochu* a sus bueyes, mientras una larga salva de aplausos y de *gorras* estallaba en la plaza, y luego de prodigarles verbalmente todas sus más cordiales felicitaciones y gratitudes, les besó repetidas veces por el testuz y por los morros, al paso que con voz emocionada ordenaba a sus íntimos:

—¡El vino, *mutillac!*... ¡Traigáis pronto el vino!...

Cuando las jarras llegaron, acompañadas por un par de jofainas, de las que se hicieron cargo los otros dos *acularis*, vertió *Pedrochu* el vino en ellas, y principiaron entre los tres, empapando sus manos en el líquido, a friccionar, cuidadosamente, primero las cabezas, después los morrillos, y luego el cuerpo todo de los bueyes, operación que completaron cubriéndoles con las recias mantas, y encaminándoles hasta la cuadra para que, una vez soltado allí el yugo, se *echarian* a descansar un poco.

Unos minutos después, enganchada a la piedra la cadena de la pareja de *Jose-Mari*, el secretario dió nuevamente la orden de marcha, mientras *Pedrochu* y sus partidarios, radiantes por el triunfo, sonreíanse socarrones. El ridículo iban a *hacerse* aquellos bueyes.

Pero, entre el asombro de todos, ocurrió lo que nadie aguardaba.

Que la pareja castellana, sin que el pueblo la animara con sus gritos y sus deseos, aguijonada tan sólo por sus tres *acularis*, movió la piedra con mayor facilidad aún que la pareja

vasca, haciendo el recorrido, en los diez minutos fijados, más de tres veces y media.

—*¡Jose-Mari, vensedor!*—gritó el secretario—. *¡Por más de media ves!*...

Y en tanto que *Pedrochu* contemplaba tristán cómo el marido de Ángela María entregaba a *Jose-Mari* los veinte duros del depósito, repitió *Selestino*:

—*¡Jose-Mari, vensedor!*... ¿Hay alguno que quiera competirle?...

Heridos en su amor propio, en el orgullo santo de su aldea, en el cariño profundísimo que tenían por aquellos derrotados bueyes, sus campeones, que tan *vergonsosamente* habían quedado con la proeza inesperada de la pareja *maqueta*, los seis *guizonac* más fornidos del pueblo, todos ellos de amplias espaldas, de formidables pectorales y de estaturas gigantes, adelantáronse entonces hacia el secretario:

—Nosotros vamos a *haserle*—dijo uno de los *morroscos*—. Que se traigan cuerdas.

Corrieron algunos hasta la taberna, y también hasta sus casas, en busca de cuerdas y correajes, quitáronse las blusas los seis atléticos

*jebos*, se abrieron por el pecho las camisas, sujetáronse los pantalones con sus fajas, y, emparejándose fraternalmente, nombraron *aculari* por unanimidad a un amigo de todos ellos, delgaducho y tuerto del derecho, y bajo su dirección se dejaron atar y enjaezar de dos en fondo.

—Ocho también, aunque se pondrían, no harán igual—adelantóse a decir *Jose-Mari* con tono retador—. Ni tampoco *dose*.

—¿Qué quieres apostarte?—preguntó secamente el *aculari*—. ¿Mil reales, quieres?...

—Mil reales, aquí no tengo—repuso *Jose-Mari* un poco atemorizado—. Pero cuarenta duros, si queréis, hechos están.

Y quedaron apostados los cuarenta duros.

—¡Veinte más por los bueyes!—gritó un amigo de *Jose-Mari*.

—¡Y *veintisinco* también!

—¡Van!—contestó el *aculari*, que seguía haciendo nudos—. ¡Y más, si quieres!

—¡Hasta cuarenta también, ponte!—replicó el amigo—. ¡Porque tampoco tengo más!

Considerando que ya podía hacer acto oficial

de presencia, pues en la orden gubernativa no se prohibían más que las pruebas de bueyes, no las de hombres, el alcalde salióse entonces de los grupos, por entre los cuales siguiera escondido, y comenzó a dar algunos consejos que el *aculari* atendió obedientemente.

—*Esperiensia* tenía el alcalde, mucha *esperiensia*, porque muchas *veses*, de joven, también él había *tirao*.

Terminados los preparativos, tornó el alguacil a despejar la plaza con su cachava, y colocados tras los seis *morroscos* un par de *acularis* más, no para pincharles precisamente, sino por atenerse a las condiciones en que habían luchado las parejas, dióles el secretario la voz de preparados.

Fué un momento de emoción solemne, de indescriptible ansiedad.

—*¡Eup!...*—gritó *Selestino*.

Y los seis *jebos*, inclinando sus cabezas lo mismo que los bueyes, arrancaron.

No tiraban, sin embargo, igual que las parejas. Hacíanlo con más *gramática*, con muchísima más; en línea absolutamente recta, sin tor-

ceduras ni bordadas; adelantando en pequeños avances que el *aculari* acompasaba metiendo por entre ellos su *quiña* directora y cariñosa; apretándose mucho unos contra otros para que nada del esfuerzo se perdiera, y cuidando de asegurar bien sus alpargatas en terreno firme, antes de lanzar el impulso, para evitar los resbalones que tanto podrían perjudicarles.

—*¡Aurrerá, mutillac!*— animábales por lo bajo uno de los *acularis* de la zaga—. *¡Aurrerá!...*

—*¡Alante, chicos, alante!*— estimulábales también el otro—. *¡Que ya vamos!...*

El público, que durante los primeros momentos había permanecido silencioso y a la expectativa, considerando, apenado, que aquella era una empresa temeraria, una apuesta desde luego perdida, presintió de pronto que la victoria era posible, casi cierta, si los seis atletas no reventaban, y con mayor entusiasmo todavía que cuando tiró la pareja primera, lanzóse en tropel tras ellos, y, agachándose, gesticulando, haciendo ademán de empujarles, volvió a gritar con delirio:

—*¡Aidá!... ¡Aidá!...*

Poco después, recorrido ya tres veces el cami-

no, desgarradas sus camisas, congestionados los rostros, incrustadas en sus carnes sudorosas las cuerdas y correaes, pareciendo estallarles los bisceps, tosiendo algunos estrepitosamente, escupiendo otros repetidos salivazos de espuma, cundió entre el público el temor de que pudieran perder, a pesar de la *gramática*, y cesó el griterío como por ensalmo.

—¿Cuánto tiempo falta?...—preguntó nervioso el *aculari* tuerto.

—Dos minutos—contestó *Selestino* mostrando su reloj.

—Bien, bastante es *pa* ganar.

Pasándose la lengua por la diestra, que se miró antes decididamente con el ojo sano, oprimió la ijada, adelantóla con rápido gesto, hizo un guiño a los dos *acularis* de la zaga, y él primero, y los otros dos después, empezaron a pinchar en las espaldas de los gigantes, los cuales, volviendo a apretarse unos contra otros, inclinaron otra vez sus cabezas hacia el suelo disponiéndose al esfuerzo supremo.

—¡*Arin, arin*, que falta poco!—gritábanles los *acularis*—. ¡Listos, listos, que ya *vensemos!*...

Electrizado el público, aplaudiendo frenético,



vociferando con atronador entusiasmo, chillando, insultándoles, hasta tirando algunos, en su locura, puntiagudos guijarros contra las piernas de los seis *jebos*, pues ello también les animaría, el grupo avanzó de nuevo hacia el otro extremo de la plaza, llegando a la línea en donde se completaban las cuatro veces, antes de que *Selestino* cantara los diez minutos. Los seis *morroscos* habían vencido a la pareja *maqueta* por media vez.

—*¡Gora Euscadi!* — clamaron cien voces triunfantes—. *¡Gora Euscadi!*...

Y sobre los vencedores en tan formidable prueba, que ni con fuerzas contaban ya para desembarazarse de las cuerdas y correaes, cayó toda la aldea, afanosa por honrarse dándoles la mano, por abrazarles y besarles luego, y por levantarles después en hombros para conducirles como plumas, a pesar de sus muchos raldes, hasta la taberna de Ángela María, adonde ya algunos habían corrido a preparar las jarras de vino y jofainas, con las cuales habrían de lavar sus carnes y fricciónarles por los cogotes y las espaldas lo mismo que a los bueyes.

—¡Gora Euscadi!...—seguían chillando en la plaza—. ¡Gora!...

---

Unas gruesas gotas de agua, las primeras del chaparrón que las nubes negras venían anunciando, cayeron entonces, y, aprovechando el pretexto, las *nescas* y los *mutillac* se metieron en las obscuridades de la cuadra cercana, allá entre los bueyes, amontonándose unos contra otros en regocijante algarabía, para esperar hasta que la lluvia cesase y diera el alcalde la orden de comenzar el baile. Una pena grande si continuaba aquello, porque apenas dos horitas faltaban para la noche, y no era cosa de desperdiciarlas. Tenían más suerte, muchísima más, en las aldeas donde la fiesta del Patrón caía en primavera o en verano, en vez de en noviembre, porque en ellas tocaban más tarde el *Angelus* y había tiempo, por tanto, para hartarse de bailar hasta caer rendidos por el cansancio.

---

Fuera de la cuadra, malamente cobijadas bajo el saliente de un balcón de la taberna, dos personas quedaron, en las cuales, escrutadoramente, fijáronse todos los ojos. Eran *Ma-*

*chalén* y Bernabé, sorprendidos por la lluvia en el momento que a la plaza habían llegado.

Silenciosos y ruborizados los dos, comprendiendo que constituían el blanco de todas las curiosidades, el castellano y la *echandría* miraban hacia las nubes, fingiendo hallarse distraídos.

—Mejor que mejor—dijo de pronto *Machalén*, reaccionando enérgica—. Que sepan todos de una *ves*. Y también la madre.

—Pero...

—No te se importe—insistió la heredera—. Ningún mal le *hasemos* a ninguno. Al contrario.

Y para que a nadie pudiera caber la duda de por qué estaban allí ambos, separados de todos, la bella *nesca* tomó una de las manos de Bernabé, y, hablándole amorosa, le comprometió solemnemente a que ya no se apartase de ella durante la fiesta, y también a que, cuando terminara, la acompañase hasta *Aise-Onac* para dejar así firmemente asentado que eran ya novios, novios formales a los que nada podría separar en el mundo. En otra forma hubiera deseado hacer ella las cosas, pero, puesto que

la desafiaban, frente a frente quería dar desde ahora la batalla.

—A las amigas ya les he dicho antes. Aunque no me dejaría la madre en el testamento más que un árbol y una teja, aunque me tiraría mañana mismo de casa, mi palabra te he *dao* y te sostengo. Por *ensima* de todo, de todo, tu mujer seré yo. Y si también sería *presiso* marchar de aquí, marcharemos. *Pa* trabajar los dos, *pa* ser por ahí muy pobres, pero *pa* siempre ya juntos, porque te quiero. Más, mucho más de lo que tú piensas.

En el mismo rincón de la taberna, donde por la mañana les encontrara el médico, abstraídos ahora en su conversación y sin darse por enterados del bullicio, las discusiones y las alegrías que les rodeaban, el mendigo y sus íntimos deshacíanse en comentarios sobre todas las extrañas cosas ocurridas en la aldea durante el día.

La comunión del médico y del *maqueto*, de aquellos dos herejotes que seguramente lo habían hecho con sacrilegio, por no haberse confesado antes; los compases de la Marcha Real,

que habían tocado el *chistu* y el tamboril al entrar la procesión en la iglesia, y que era música prohibida ya en casi todas las aldeas, a pesar de que algunos curas defendieronla como lo único que podía tocarse durante la ceremonia del alzar; aquel sermón en español, tan en contra de las tradicionales costumbres, y que, aunque a las mujeres había gustado tanto, entendíanlo ellos como una profanación del templo; los amores entre la *echandría* de *Aise-Onac*, la más rica de todas las *nescas* de por allí, y el castellano aquel de quien ya el meditante venía sospechando desde que se hospedaba en el alto...

Males grandes, muy grandes, amenazaban la aldea. Si el *maqueto* llegaba a casarse con *Machalén*, protegido en ello, como sin duda lo estaba, por el párroco y por el médico, podían despedirse todos de la tranquilidad y las felicidades de que disfrutaban ahora. No sólo de las conciencias, sino hasta de la mina famosa, haríanse pronto los amos todos aquellos bandidos de Castilla.

—Juníos están los dos ahora—vino diciendo con misterio uno de los tertulianos que había

salido un momento. —Como si no harían nada malo.

—Mientras hablen delante de todos, no hay cuidado—murmuró suavemente el mendigo—. Lo peligroso es que tengan otras ocasiones, ocasiones a solas.

—¿Por?...

—Porque eso, sin duda, es lo que ese persigue. Que no haya más solución que la de casarlos luego.

—Pues, hay que evitar.

—Es lo que vengo yo haciendo desde que estoy en *Aise-Onac*—suspiró el caminante—. Como que si no fuera por lo que yo vigilo... no habría ya remedio.

Les interrumpió el *aculari* de los *morroscos*, comprometiéndoles a beber una *sangría* con los vencedores, y cuando todos brindaban por su salud y triunfos futuros, complaciéndose en palpar los brazos, los pectorales y los muslos de aquellos aldeanazos que tan alto habían sabido colocar el honor inmaculado de la aldea, llegó el abanderado de los *espatadanzaris* avisando a los suyos que había cesado el chaparrón, y fuéronse corriendo todos ellos hacia el Ayunta-

miento, donde ya las autoridades les aguardaban para dar principio a la *espatadanza*.

Las viejas de la aldea y de los caseríos, congregáronse entonces en derredor de las mesitas enanas que a las puertas sacaron, y pusiéronse a jugar al tute con las mugrientas barajas que en sus arcones guardaban, provistas de montoncitos iguales de alubias para pagarse los tantos, y también de las jarritas de *chacolí* blanco que bajo las mesas escondieron. Hasta que llegase el anochecer y sonaran las campanadas del *Angelus*, dándose con ellas por concluida la fiesta, durarían aquellas partidas de tute, amenizadas de cuando en cuando por alguna que otra riña y quizás también por sofocados intentos de venirse a las manos.

Rondando por las cercanías de la mesa a que se había sentado Mari-Cruz, e impaciente por informarla de todo, el mendigo estuvo mirándola un largo rato. Después, convencido de que no lograría distraer su atención del juego, y resignado a que la viuda no se enterase, hasta la noche, de lo que ocurriendo estaba con su hija, y de los comentarios que sobre tan descabellados amores hacía la aldea entera, fuése a la plaza. Entre la gente joven, por si habían

aceptado aquello con indiferencia, o acaso con simpatía, convenía también ir advirtiendo algo.

—

Hacia el banco de madera en que se había sentado el alcalde, nuevamente emperejilado con la capa y la chistera, clavado otra vez el chuzo delante de él, rodeado también de las demás autoridades como en el *aurreescu* de la mañana, avanzaban entonces los *espatadan-zaris*.

Iban precedidos del *chistu* y del tamboril, llevando en la diestra sus sables relucientes y en la izquierda las *maquillas*, acompasando con la música las *cascabelue* atadas a sus piernas, y pareciendo ufanarse de las moradas condecoraciones que, sobre los pantalones blancos y las camisas, daban la clave de su contento. En la bandera de *chorierrico*, por no ser menos, destacaban igualmente algunos manchones de vino.

Tras ellos, saltando también contentos y bulliciosos, les daban escolta los *mutillac* y las *nescas*, cogidos algunos por las manos, estrechamente abrazados otros en apretadas filas, y animando todos el avanzar de los *espatadan-*



*zaris*, con sus palmadas ruidosas, sus risas y sus *sansos*.

---

Llegados ante la primera autoridad, enmudecieron el tamboril y el *chistu*, quedó también el público en silencio, y, quitándose las boinas, arrodilláronse los *espatadanzaris* e inclinaron luego sumisamente sus cabezas y sus sables, en tanto que el abanderado, descubierto asimismo y con una rodilla en tierra, desplegaba la bandera y hacía la girar horizontalmente sobre todos ellos, con habilidoso y firme manejo, dibujando en el aire seis tan perfectas y velocísimas circunferencias, que, hasta de aquellos espectadores a quienes la seda azotó en los rostros, haciéndoles retroceder quejosos, arrancaron una ovación entusiasta.

Después, clavada la bandera junto al chuzo, inició el *chistu* la primera de las figuras de la danza, y con paso de procesión, en rueda solemne, fueron los bailarines desfilando ante el alcalde y adelantando hacia él sus sables en señal de salutación.

Bebió el *chistulari* un trago de *chacolí*, de la jarra que para que no se le secase la boca habíanle dejado a su vera, y mientras hacia el lí-

quido miraba, calculando *in mente* si tendría o no bastante para distraer los descansos que las figuras le permitirían, emprendióla con la segunda de ellas.

Fuéronse unos contra otros los *espatadan-zaris*, chocando al compás sus sables en complicados ataques y paradas, huyendo de pronto con prodigiosos saltos, recuperando luego el terreno para encontrarse, después de rápidas medias vueltas, ante distinto adversario de aquel con quien simularan luchar antes, y, sin abandonar nunca su brincar unísono, terminaron la figura con un indescriptible cruzar de las armas por delante y detrás de sus cabezas, por entre sus brazos y también por entre sus piernas, sin perder el compás ni tampoco fallar los golpes una vez sola.

En desarrollar las ocho o diez figuras, que unas veces con los sables, otras con las *maquillas*, también sin nada en las manos para poder alzar mejor y más arriba las piernas, componían el programa de la *espatadanza* aquella, emplearon los bailarines media hora larga, concluyendo por levantarse en alto unos a otros, lanzando todos a coro un formidable *ujujú* de

victoria, y agitando luego sus *maquillas*, sus sables y sus boinas, en rededor de la bandera que del suelo arrancaron.

---

Aplaudió el público larga y calurosamente, fuéronse los danzarines, siempre formados y precedidos del tamboril y el *chistu*, a dejar en el balcón del Ayuntamiento la bandera, y en cuanto regresaron, como particulares ya y con opción a bailar lo que les diera la gana, buscaron entre las *nescas* sus parejas respectivas, y mezcláronse con los demás *mutillac* que, ante la pandereta y el acordeón, se disponían a dar gusto a las piernas... y las manos.

---

Abandonando la juventud aquella a sus expansiones, el alcalde, los concejales y la gente formal del monte y de la aldea, entráronse a la taberna.

—*¡Saquéis una cántara de tinto!*—ordenó el alcalde—. *¡El Ayuntamiento paga!*

Era lo menos, lo menos que podían hacer oficialmente las autoridades, para festejar de un modo digno el triunfo de aquellos seis gigantes a quienes se acordaría, desde luego, consignar

un voto de gracias en el acta de la primera sesión que el Municipio celebrase.

—

Y mientras las viejas seguían discutiendo al tute, y los jóvenes bailando, y los demás bebiendo, fué llegándose la noche.

—

Cerrada ya, el alcalde dispuso que *sacarian* media cántara más. Con el viento Sur de aquel día, tan constante y tan caliente, y, sobre todo, por lo mucho que habían gritado con ocasión de la victoria sobre los bueyes, una sed terrible se les había abierto a todos.

—Que si tocamos el *Angelus*, me manda que pregunte Don *Venansio*—vino diciendo un *mutico*—. *Anochesido* está ya desde más de una hora.

—No, *entodavía* no—respondió el alcalde—. Ya avisaremos cuando nos *paresca*.

Una lástima, realmente, era el reconocer de un modo oficial que hubiera anochecido tan temprano. Y además que había precedente. En otra ocasión, para suspender una pelea de carneros en la cual llevaba las de perder el que era entonces campeón de la aldea, se ordenó

tocar el *Angelus* a las cuatro de la tarde. Conque...

---

Sobre las mesas en que las viejas jugaban al tute, habíanse colocado, para alumbrarlas, unos cuantos vasos de a cuartillo con tierra en su fondo, y empotrados en ella unos cabos de vela; y de dos o tres árboles de la plaza, con igual fin iluminatorio, colgados estaban también unos farolillos que ya no daban luz, porque los *muticos*, o acaso los grandes, habíanlos apagado a palos y pedradas.

La pandereta y el acordeón continuaban, sin embargo, en su alegre tocar, un tocar cada vez más alborozante y más loco, mientras las *nes-cas* y los *mutillac*, bailando desenfrenadamente, cambiaban de pareja a cada momento, por culpa de la grata obscuridad, abrazándose con equivocaciones que entre ellos y ellas levantaban rientes gritos de sorpresa y carcajadas jubilosas.

---

Muy tarde ya, dadas las nueve, y concluida otra segunda media cántara, sonaron por fin las campanadas del *Angelus*; eleváronse en el aire unos cohetes, para anunciarlo con su fulgor y

sus disparos a todos aquellos que, por hallarse distraídos, no hubieran escuchado el toque de la oración; y en tanto que los *mutillac*, silenciosos ya el acordeón y la pandereta, aparejábanse con sus *nescas* predilectas, asesorándose bien con las manos, y también los rostros, de que eran ellas, ellas mismas y no otras, suspendieron las viejas el juego, atrayendo hacia su pecho las cartas y los montoncitos de alubias, por evitar posibles confusiones para la liquidación, y, arrodillándose en torno de las enanas mesas, pusiéronse a rezar devotamente.

—Muy pronto se han *tocao* hoy esos—comentaron luego todas las que estaban ganando—. Equivocada o así deben tenerse la hora.

Luego, canceladas trabajosamente las cuentas, calcularon las vecinas del monte que, cansadas sus hijas de aguardarlas, habrían enderezado hacia casa acompañadas por el novio de alguna de ellas, y cargando nuevamente con los cirios, con las banquetas, con las rodilleras y pañizuelos, con los rollos de cera amarilla, que también sobre las cabezas se pusieron, comenzaron a despedirse de las de la aldea que tanto las habían obsequiado, prometiendo regalarlas pronto, el primer día que por allí vol-

viesen, una partidita de las alubias nuevas, que como nunca de buenas estaban el año aquel, y algún par de pollos para que los comiesen... o los vendieran ahora que tan caros estaban.

—*¡Gabón!*—se decían afectuosamente las viejas, dándose en vascuence las buenas noches—. *¡Gabón!*...

El tamboril y el *chistu* principiaron a tocar entonces en la taberna, para acompañar desde allí hasta su casa al alcalde, quien, disponiéndose a ello, pedía su apoyo al secretario, agarrándose a él fuertemente; y por la plaza, la carretera y los senderos que conducían a los altos, empezaron a lucir los farolillos con que los *muticos* iban alumbrando a los que se retiraban, para que no tropezasen y cayeran.

—*¡Gabón!*—continuaban diciéndose unos a otros por las afueras de la aldea—. *¡Gabón!*...

Poco después, cuando Mari-Cruz, acompañada por las mismas vecinas con quienes descendiera de *Aise-Onac*, subía hacia allá presurosa, creyendo que su hija iría muy por delante de ellas, los cantores y su maestro, adentrados por el monte desde hacía un rato, detuviéronlas con

la solicitud de que fallasen, constituyendo allí mismo un jurado inapelable, quién era el que había desafinado más en la misa de la mañana. Desde que terminaron de comer venían los cuatro discutiendo aquéllo sin poder llegar a un acuerdo.

—*¡Gabón!*—dijéronles secamente Mari-Cruz y sus vecinas, dejando en la obscuridad a los borrachos.

Cien metros más arriba, al doblar de un recodo, entre los bordes tupidísimos del atajo, el farol del *mutico* descubrió un instante la blanca figura de un *espatadanzari*, a cuyo lado, descansando también entre las hierbas, una *nesca* procuraba ocultarse, temerosa, sin duda, de que la conocieran y pudiesen pensar mal de ella.

—*¡Gabón!*—dijo una de las viejas, segura de que aquella no era su hija.

—*¡Gabón!*—respondió el danzarín bajándose la boina roja hasta la barbilla.

Dos o tres minutos después, el grupo tuvo que pararse un momento. Cruzado a todo lo largo sobre el camino, tan feliz como si en su cama estuviese, un viejo *erri* roncaba ruidosamente.



Era *Tibur*, el buen *Tibur*, al que *Manu* y *Santi* habían abandonado allí, pues por muy contentos se darían con guardar fuerzas y serenidad bastantes para subir por sí solos hasta sus caseríos.

---

Los chasquidos de algunos cristales, seguidos de regocijantes *ujujús* y también de protestas airadas, turbaban de cuando en cuando el silencio armonioso de la noche montés. Eran los farolillos que, afanosos por vengar sus indiscreciones, apredreaban furiosamente algunos novios.

---

Los últimos de todos, porque allá en un rincón de la plaza se habían quedado charlando, como durante toda la tarde, de sus amores, de los obstáculos con que tropezarían por ellos, y de los medios más eficaces para vencerlos, *Machalén* y *Bernabé* subían también hasta *Aise-Onac* lentamente, muy lentamente, cogidos de la mano, y deteniéndose a cada paso, acobardados por las sombras, para cerciorarse de que iban solos, de que ninguna sorpresa como la de *Uregorri* les amagaba. *Machalén* estremeciase con tan penoso recuerdo.

---

---

—*¡Gabón!*—seguía escuchándose en las obscuridades.—*¡Gabón!*...

—  
Siguiendo a la bella *echandria* y su *maite*, muy cerca de ellos, agazapándose tras de las zarzas, cuando por el sendero se detenían, echándose a veces en el suelo para mejor esconderse, también subía el meditante hacia el viejo caserío.

—  
—*¡Gabón!*—parecía repetir el eco por entre los arbolados y las huertas—. *¡Gabón!*...

—  
—*¡Gabón!*...



JORNADA CUARTA

SANGRE...



ALBERT EINSTEIN

1905

### Avanzaba Diciembre...

---

Tanta *inmensidad*, tanta, había ido tomando la política entre los *erris* del valle y de los altos, que, por no verse mezclados a toda hora, abajo en la taberna, con los *maquetos* de la mina, hizose preciso el fundar un círculo aparte, un *bachoqui*, como los que ya venían funcionando en otras aldeas, de cuya instalación en el piso primero, y con amplias facultades para montarlo a su gusto y sabor, habíase encargado a *Visente*, el marido de Ángela María. Nadie con más aptitud y con más disposiciones que él para dar cima al proyecto. Nombrado, por aclamación, arquitecto del *bachoqui*, secretario y bibliotecario del tal, tesorero, administrador, cafetero, licorero y ordenanza, aún aseguraba el hombre que los ocho carguitos, y *dies más si le pondrían*, desempeñarlos a toda conciencia y sobrándole todavía tiempo para

atender con holgura a sus demás ocupaciones.

Y no se equivocaron en la elección los correccionarios de *Visente*.

En dos semanas habíase comprometido a dejar *terminao* todo, *asolutamente* todo, y a pesar de que por lo muy velozmente que se aproximaban las Navidades, arreciábale como nunca el trabajo en su profesión de memoria-lista, en la de cartería, y también en la de juez municipal, por causa de tres o cuatro *pleitesitos* con ocasión del próximo pago de las rentas, eran ya muy pocos los detalles que faltaban a *Visente* para hacer entrega oficial del *bachoqui* en aquella misma tarde. Uno había, sin embargo, que le preocupaba hondamente y no *asertaba* a resolver. Debajo del balcón donde había de ondear la bandera roja, verde y blanca, un letrero figuraba, el del estanco, cuyos colores oro y sangre, tan denigrados por todos, *aparentábanle* a él, si los toleraba al *lao* de los otros, una *espesie* de *debilitación*, una *transigencia*, un acatamiento servil hacia su profesión de estancuero, cargo español al que hace tiempo hubiese renunciado si no *sería* por el temor de que se lo dieran a otro.

—Pues algo tengo que *haserme pa solusionar*, algo...—murmuraba el hombre paseando a todo lo largo del salón y rascándose la cabeza por entre la boina—. Algo que no sea quitarle de la puerta *pa* que no crean que *renunsio*...

La solución, la ansiada solución, presentóse por fin con brillantez no esperada.

Bajó *Visente* a la taberna, salióse a la plaza, descolgó el viejo cartel de madera, temeroso, mirando a todos lados como si fuese a hacer algo malo; volvió a subir en dos saltos, llevándolo bajo la blusa, y allá en una esquina, aprovechando los restos de pintura con que había ornamentado las puertas y ventanas del *bachoqui*, cambió a brochazos los colores de España por los *nasionalistas*, buscando luego un pincel más fino para escribir con letras negras:

*Compañía Arrendataria de Tabacos*

*Expendeduría número...*

Cuando terminó, satisfecho de su obra y de lo simpático y reluciente que con aquella refrescadora mudanza había quedado el antiguo cartel *maqueto*, una sospecha asaltó de pronto a *Visente*, una gravísima duda que a punto es-



tuvo de obligarle a trabajar de nuevo para volver las cosas a su primitivo estado: la de que a las gentes, al ver el letrero con tales colores, les diera por *desirse* que el tabaco aquél no era tabaco de Cuba, sino de *Viscaya*, que tan malo había resultado en todas las pruebas, y ni por *casualidá* vendiese un solo paquete más.

*Reventao*, si le pescaba con muchas *esistencias* de picadura.

—Estas cosas de política—púsose a pensar, encendiendo su pipa y sentándose en un banco—de *cabesa* le traen a uno siempre. Ni vivir dejan en *pas*.

No le faltaba razón al enciclopédico marido de Ángela María. Pocas personas habría en el mundo, muy pocas, a quienes las circunstancias hubieran puesto en mayores aprietos y obligado a más bruscos cambios para sostener con decoro la familia siempre creciente. Y todo, por culpa de no ser propiedad suya la casa aquella.

No hacía aún diez años, cuando pertenecía a un tal Echevarrioste, carlista exaltado, figuraba *Visente* en la aldea como uno de los más acérrimos defensores de los derechos de Don Jai-

me, y hasta tenía, en sitio preferente de la taberna, colgado sobre los pellejos del vino, un cromo de Carlos VII, con las barbas muy negras, la boina muy roja, azul el uniforme, donde destacaban unos gruesos botones amarillos, y cubierto el pecho de condecoraciones, respecto a las cuales, en algunos ratos de meditación, solía preguntarse *Visente* en qué conquistas las habría *ganao*. Poco después, cuando la casa cambió de dueño, pasando a manos de aquel *Ortúzar*, liberal tan avanzado que nunca iba a misa y no habló con el cura hasta una tarde que se sintió algo mal y le llamó *pa que le confesaría*, fuéle impuesta a *Visente* la condición de retirar el cromo carlista, y hubo de poner en su lugar, para *tenerle* contento al nuevo dueño, una estampa del general Espartero, pisoteando con su caballo los cadáveres de unos *carcas*, y un grabado de *El Motín* que representaba un fraile muy gordo sonriendo picaresco a la criada que le servía el chocolate. Menos mal que ahora las cosas iban por otro camino y en perfecta consonancia con sus ideales verdad. Desde que compró la casa el *biscaitarra* Larreategui, y le dieron por su voto, en las últimas elecciones para diputados a Cortes, la

renta de un año gratis y *quinse* duros con los cuales compró dos *serditos pa* engordar, considerábase otro hombre, un hombre seguro, un hombre digno y de *consiensia*. Arrancados los cuadros del liberalote *Ortúzar* y reemplazados por una vista de *El Árbol de Guernica* y otra de *La Casa de Loyola*, sólo una preocupación le amargaba y robábale el sueño más de una noche.

Aquella del estanco, que de seguro le quitaría el Gobierno de España en cuanto se hicieran independientes, aunque, en consultas que hizo en secreto a correligionarios suyos, habíale medio tranquilizado con las seguridades de que se firmaría un tratado especial respecto al tabaco y otro sobre las cerillas. Todo estaba previsto para el día magno, todo.

—Y si no, vender haremos de contrabando con alguna *combinacionsita*—se decía el marido de Ángela María como razón suprema—. *Pa* algo ha de servir el estarse uno metido en esto de política...

Un creciente rumor, que llegaba desde fuera, le hizo acercarse hasta la ventana. Era que comenzaba a llover. A llover con fu-

ria, copiosamente, a *cacharrasos* enormes.

—¡*Visente!*—gritó desde abajo la voz ronca de un aldeano—. ¿Ya me *quedrás* escribir *agora* una carta?...

—¿Carta de qué?...

—¡De *negosio* es!...

—¡Súbete, pues!—concedió displicente y mirando de soslayo hacia el cartel de la Arrendataria—. ¡En dos *boleos* te pondré si es cortal!...

Y apartándose de los cristales, disgustado por aquella inoportuna lluvia que tanto desluciría la inauguración del *bachoqui*, abrió la boca y desperizó en cruz sus brazos para mejor disponerse a la nueva tarea.

Sobre la principal de las mesas del salón, la cual ya había decidido que fuera para siempre la de todos sus múltiples trabajos, excepción hecha de los momentos en que se necesitase para cosas de mayor transcendencia, acomodó el memorialista los papeles, tintero y pluma que guardados tenía en un estante, y arremangóse para cumplir su cometido. El *jebo*, metidas las manos en los bolsillos del pantalón, cariacontecido el semblante, entornados los socarrones

ojillos grises, observaba en silencio aquellas maniobras preparatorias.

—Bueno, vamos a *empesarnos* por el sobre. ¿Adónde vas a escribirte?...

—A Bilbao, al propietario mío.

—¿Don Ruperto se llama, *verdá?*...

—Sí. Don Ruperto.

—¿Qué más?...

—Abarateguigoitia *eta* Sabalinchaurreta.

Antes de escribir los apellidos, preguntó *Vidente*:

—¿Ya recuerdas la *direción?*...

—Sí, pues. Barrencallebarrena, *ensima* de la botica de Pagasartundúa.

—Aguárdate un poco. Un sobre más grande vamos a *nesesitarnos*.

—¿No vale ése, o qué?...—preguntó el *erri*, temeroso de que le cobrara dos porque ya aquél estaba *empesao*.

—Sí, como valer ya vale, pero muy *apretao* va a quedarse con todo tan largo.

—Quítate, *entonses*, la botica.

—Poco va a ser.

—Pues quítate, también, un apellido. O los dos, aunque sea. Por Don Ruperto le *conosen* todos.

—¿Y si se perdería?...

—No importa tampoco. Siéndote tú el testigo de que ya me he escrito, igual *pa* el *resultao*.

Despachado el sobre, en el que procuró *Vidente* poner muchos rabinos en las mayúsculas, el aldeano comenzó a dictar:

—Mucho me siento, Don Ruperto, no poderme ir a verle el Santo Tomás de este año con los capones y así, y también la renta del año, porque, por el cariño que le tengo, miedo me da de visitarle este año por si le llevaría algún mal.

—Sigue...—ordenó el memorialista, viendo que su cliente se quedaba pensativo.

—Espérate, espérate un poco...

—¿Pues?...

—No sé bien cómo *desirle pa* que no le *pa-resca esagerao*.

—¿Qué es?...

—Enfermedades de contagio que nos tenemos en casa.

—No sabía. ¿Quiénes están?...

—Ya te diré luego.

Y habiendo dado con la forma de explicar la cosa, el *jebo* continuó dictando:

—Con esto del gripe que anda tanto, enferma le tengo a la mujer, enfermos les tengo a los tres

hijos, enfermos les tengo a las vacas, y hasta yo mismo, también, algo enfermo del gripe estoy.

—¿Y por qué no te has *llamao* a Don Martín?...

—Porque no se *hase* falta ninguna—dijo el inquilino de Don Ruperto, sonriendo malicioso.

—¿Eh?...

—*Pretesto na* más es *pa* no pagarle la renta *agora*—concluyó el *erri*, bajando la voz misteriosamente.

—Pues, *pa* eso, demasiada gente me *parese* que te has *enfermao*.

—¿Demasiada crees?... Quitate, *entonses*, las vacas.

—Mejor los hijos, que están más *fásiles pa* borrar.

—Bórrales, pues.

Tachó *Visente* los hijos, refregando la pluma sobre ellos repetidas veces, y, cuando hubo terminado, interrogó servicial:

—¿Algo más te se ocurre?...

—Sí. Eso del *posdata*, que una *ves* me *esplícaste*, *quedría* ponerme.

—Pues, *dite*.

—No, *agora* no. Después de la firma dijiste que iba,

Y luego de garrapatear su nombre en el lugar que le señalara *Visente*, dictó lo que sigue:

—Los bacalaos, Don Ruperto, y las libras de chocolate que *usté* suele darme *pa* Noche Buena, *faturaos* puede mandarme, si le *parese*, por el ferrocarril de Durango.

—Muy *desvergonsao* te va a encontrar esto —observó *Visente*, alzando la pluma—. Que le *fatures* también la renta va a pensarse.

—No pongas, pues, los bacalaos.

—¿Y el chocolate?...

—Tampoco. Quítate todo.

Borró *Visente* las líneas escritas, sonriendo de satisfacción por haber dado un buen consejo a su cliente, y preguntó después:

—¿Seguro estás de que bastará en el sobre con esto de Don Ruperto y Barrencallebarrena?...

—Seguro, sí. Además, que ya te he dicho. Con tal de tenerte a ti de testigo, por un si es caso, igual aunque no le llegue. La cuestión es cumplir.

—*Verdá dises*. Lo *prinsipal* en el mundo, el cumplido es.

Metida la carta en el sobre, que pegó *Visente* mojándolo abundantemente con saliva, dijo el memorialista:



—Entre el papel, el trabajo mío y los *quinse pa* el sello, *sinco* gordas y media debes.

—¿Cuánto?...

—*Sinco* gordas y *chiquita*.

Perra sobre perra, sacándolas una tras otra de un bolsillo del pantalón, abonó el *jebo* los cincuenta y cinco céntimos; dejó a *Visente* la carta con el encargo de que él mismo la *echaría*, creyendo salirle así más barata la cosa, pues se economizaba un trabajo, y, lamentando *in mente* lo de los bacalaos y el chocolate, se despidió hasta la tarde.

El memorialista, sin levantarse de la mesa, quedóse caviloso y acariciando las monedas. Habíasele metido en la cabeza que aquella carta se tenía que perder.

—Que igual es, aunque no llegue, se ha dicho, y *rasón* tiene — decidió al cabo de un rato—. Lo *prinsipal* es tenerme a mí de testigo, por un si es caso.

Y guardándose las perras, rompió la carta en cien pedazos y los tiró en un rincón. *Quinse séntimos* más que se había *ganao*.

Acto seguido, con un tarro de engrudo, y lle-

vando en la otra mano los rótulos que la noche anterior preparara meticoloso, dirigióse a un extremo del *bachoqui*, el destinado a biblioteca, donde, por no tener todavía ningún libro el nasiente círculo, había instalado *Visente* el ambigú con carácter provisional. Constituían hasta ahora sus enseres, un pellejo de vino tinto, sin estrenar aún; una barrica de *chacolí*; un barrilillo de anisete; otro de coñac; una docena de jarras, y veinte o treinta vasos de medio cuartillo, más otras tantas copas para licor. Lo *sufisiente*, decía el bibliotecario, *pa* estarse leyendo en el *bachoqui*, sin pisar la taberna *pa* nada, una semana entera, y quedarse dormido luego lo menos un mes.

Los rótulos que fué pegando, repasándolos orgulloso antes de darles el engrudo, decían a la letra:

*Bino* de Rioja.

*Txakolin*.

*Anizete* a *pezeta* *kuartillo*.

*Koñak*.

A otra cosa podrían tal vez ganarle, pero a escribir conforme a la moderna ortografía vasca, no admitía él lecciones de nadie.

Una pena, sin embargo, una muy grande

pena, sentía *Visente*. Que no pudieran entrar allí en el *bachoqui* los *maquetos* de abajo, para que se convenciesen de una vez, terminando con ello sus burlas, de que, aunque todo lo pronunciara él con la *s*, sabía sobradamente cómo se escribía aquello de *anizete* y *pezeta*. También de castellano, también, conocía él lo bastante para no *hasearse* el ridículo en ninguna parte. Ni en el mismo *Madri*, aunque le *llamarían pa* escribir en un periódico.

—  
A punto ya de concluir su labor, unos recios pasos oyéronse por la escalera. Unos pasos lentos, pesados, monótonos, con los que acompañaba el apoyar de un bastón contra cada uno de los escalones. Se limpió *Visente* los dedos en la blusa y adelantóse a recibir la visita.

—  
—Ave María Purísima...—dijo, entrando, el meditante.

—Sin *pecao* *consebida*...—replicó el bibliotecario.

Adelantó el mendigo, y luego de recorrer con la vista todo el salón, detúvola, allá en el frontis, tras la mesa principal, y preguntó en tono de reproche:

—¿Por qué no está ahí la imagen que dije?...  
¿Es que no has tenido tiempo?...

—No, señor. Es que no se han traído.

—Pues es preciso que la pongas hoy mismo.  
Sin disculpa ninguna.

—Ya sé, pero, como está tan de moda eso,  
que se habían concluído los *corasones* le dije-  
ron ayer en Bilbao a *Selestino*.

—¿Que se habían concluído?...

—Sí; pero ya está *arreglao*.

—¿Cómo?...

—Con el que se tiene en casa *entronisao* el  
alcalde. Hasta que tengamos el nuestro ha di-  
cho que nos alquilará sin cobrarse nada.

—¿Vas a ser tú mismo quien lo ponga?...

—Sí, pues. En el sitio que *usté* dijo. Sobre un  
*piesesito* de madera.

—Bueno, en ti confío. Y que no tengamos  
que suspender la fiesta por ese motivo.

Sentado después a una de las mesas, las lar-  
gas de pino que habían trasladado de la taber-  
na, el caminante estuvo durante un largo rato  
inspeccionándolo todo, y, al tropezar sus ojos  
con el cartel de la Arrendataria, interrogó ex-  
trañado:

—¿Qué es eso?...

—Una pequeña *modificación* que me he hecho. No sé si le encontrará *usté* bien.

—Sí, muy bien está...

Luego, en tanto que sonreía turbiamente, abrió su libro al azar, aseguróse los quevedos, y, suspirando condolido, comenzó a simular que leía. Pasados unos minutos, cuando pudo cerciorarse, por el silencio que reinaba, de que nadie subía entonces hacia el *bachoqui*, preguntó en voz baja:

—Oye. ¿Encontraste aquello que me prometiste hace unos días?...

—Sí, señor. Aquí escondida tengo.

—¿Y funciona?...

—Sí, pues, ya *funciona*. Pero un cartucho *na* más me he *encontrao*. El que tiene puesto.

—A ver...

Desenvolviéndola del papel de un periódico, *Visente* entregó al mendigo una tosca pistola de dos cañones. Hablando de armas una tarde, habíasela brindado por si algún día los *maquetos* intentasen hacerle algún mal. A unos carreteros se la quitó hacia años, al intervenir como juez en una disputa que tuvieron abajo.

—Lo bastante *pa* asustar, aunque no les dispere *usté*.

—No, no creo que llegue ese trance. Dios me libre.

—Tampoco yo creo. Pero mucho *cuidao* hay que tenerse con esos.

Y mientras el caminante escondía la pistola bajo el gabán, sujetándola en su cintura, añadió, previniéndole:

—Navajas *disen* que usan.

—Por eso acepté tu ofrecimiento.

—Y también ondas *pa* tirarse piedras. Pero cobardes son, muy cobardes.

—¿Cómo lo sabes?...

—Porque anoche les *hisieron* escapar a cuatro.

—¿Dónde?...

—Al salir de la mina, junto a la carretera. Más que liebres corrían. Como que se *desaparesieron* en un minuto.

—¿Y eran muchos los nuestros?...

—No, muchos no. *Dies o dose na* más.

No dió el mendigo importancia al suceso, y volviendo a meter la mano por los interiores de su gabán, sacó un grueso papel, cuidadosamente plegado, lo desdobló con estudiada lentitud y dijo en tono autoritario:

—Además de la imagen que tanto te he re-

comendado no olvides, y que te vuelvo a recordar, por si acaso, pues comprendo tus muchos quehaceres en un día como el de hoy, es necesario que cuelgues también esto en lugar donde todos lo vean.

—Bueno. Ahora mismo pegaremos.

En sitio preferentísimo, allá sobre la biblioteca, que era hacia donde, seguramente, no dejarían de dirigirse las miradas de todos, *Visente* colocó el encargo, embadurnándolo antes con engrudo. Era un cartel, impreso con grandes letras, que, bajo un corazón en llamas, rodeado por la súplica *Advenat Regnum Tuum*, decía en bilingüe:

*«Eche au kristiñau-echea da  
ta birau ta zantar-keriak  
es atea galerazota dago.»*

\* \* \*

*«Esta casa es católica  
y en ella no se permite  
blasfemar ni escandalizar.»*

Pidió luego el santurrón algo fuerte para beber, porque con el agua que le había sorpren-

dido al bajar desde *Aise-Onac*, encontrábase escalofriado, y habiéndole dado a elegir *Visente* entre lo que en la biblioteca había, rogó que le sirviese un vaso de *koñak*, y se lo apuró de un trago.

Fuera del *bachoqui* arreciaba entonces la lluvia.

—No podrán esos trabajar en la mina todo el día—dijo el meditante—. No tiene trazas de parar.

—No. No *parese*...

—Una lástima. Porque van a molestarnos.

—¡Quiá! No importa aunque se estén luego abajo. Ya les haré yo alguna *alvertensia*.

—Sí, será conveniente que les digas algo. Algo que les asuste.

Y, separándose de la ventana, volvió a sentarse y abrir su libro.

—¿Pueden entrar los catecúmenos en el templo?—preguntó poco después desde la puerta la voz de Don Martín—. ¿O les está prohibido bajo pena de muerte?...

—No, señor, de ninguna manera—apresuróse a contestar el meditante, fingiendo una afec-



tuosa cortesía—. Además, que usted no es catecúmeno.

Y en tanto que *Visente*, haciéndose el desentendido, tornaba a enfrascarse en las operaciones del engrudo, el mendigo agregó:

—Al contrario. Usted es de los nuestros, Don Martín. De los nuestros, aunque otra cosa parezca.

—No, de los de ustedes, no—corrigió con rapidez y energía el médico—. Yo soy de los míos.

—¿De quiénes?...

—De los vascongados de veras, de los que amamos a Vizcaya como ustedes no la aman... En fin, ya charlaremos esta tarde un poco de todo esto. Sé que tienen ustedes gran fiesta para inauguración del *bachoqui*; que hasta vienen oradores de Bilbao para calentar aún más las mulleras de nuestros pobres *jebos*, y quiero que también a mí me oigan ustedes unas cuantas cosas. Porque tengo muchas guardadas, señor mío, muchísimas. Y creo que va siendo hora de que se las suelte a ustedes todas...

—¿Viene usted ya a eso?...

—No, señor; ahora vengo a otra cosa. A un asunto que tengo que arreglar con éste.

—¿Conmigo?...—preguntó *Visente*, intranquilo—. ¿Conmigo *dise usté*?...

—Sí, hijo, contigo. Tu mujer me ha dicho que desde hoy afeitas a los vascos arriba y a los *maquetos* abajo, y, como yo soy vasco, aquí me tienes. Conque, anda. Hazme el favor de calentar pronto el agua, que tengo a la puerta el caballo para despachar todavía unas visitas. Date prisa.

—Va—dijo con sencillez *Visente*, abandonando sus labores de bibliotecario.

Y encaminándose al estante de donde antes sacara los trebejos de memorialista, sacó ahora los de barbero, que colocó también sobre la mesa principal, y los dispuso para afeitar al médico.

—El primero es *usté* a quien voy a servirme en el *bachoqui*—dijo, anudando la toalla en redor del cuello de Don Martín.

—Pues, a lucirte y no cortarme, que hace tres días salí desollado. Todavía me escuecen las cicatrices.

—*Equivocación* que tuve sería. Como con esto de la *mudansa* todo revuelto andaba...

—¿Eh?...

—Con la navaja *pa los maquetos* le afeitaría tal *ves*, y...

—Pero, ¿tienes navaja especial para ellos?...

—*Espesial, presisamente*, no. Una vieja, vieja, que está sin afilar desde la mar de tiempo.

—¿Y se ríe usted?...—preguntó Don Martín, encarándose con el mendigo.

—Sí, señor, me río—confesó el meditante—; pero no del daño que con la tal navaja haya podido hacer éste a esos señores.

—¿De qué, entonces?...

—De la ingenuidad con que lo ha dicho. De esa hermosa ingenuidad que tan característica es en nuestra raza.

—Y de la *sensillés* con que le estropean a uno la cara, ¿verdad?...

—No, señor, de la ingenuidad solamente—dijo el mendigo con tono bilioso—. Y no se burle usted, que estoy hablando en serio.

—Perdone usted, caballero—repuso Don Martín—. También yo estoy hablando formalmente.

—  
—Dió unas voces el barbero, subió Ángela María desde la taberna, trayendo un cacharro con agua caliente, y, enjabonada la cara del médico, comenzó *Visente* su tarea.

—  
—Hace días que no sube usted por *Aise-*

*Onac*—indicó con suavidad el santurrón, después de un rato—. ¿Es que va mejor *Machalén*?...

—No, señor. Es que voy peor yo.

—¿Usted?...

—Sí, señor. Una fiebre que cada día me aumenta más.

—¿Algo del estómago?...

—De eso, justamente. Náuseas que me dan allí arriba las cosas que veo.

—Pues quedó todo muy limpio con el blanqueo que usted ordenó.

—Las paredes y los techos, sí. Pero no otra cosa.

—¿A qué se refiere usted?...

—A usted mismo, señor mio. Y si quiere seguir oyendo contestaciones claras, continúe usted preguntando. Ya sabe usted que no tengo pelos en la lengua.

Enmudeció unos momentos el caminante, y, bajando la voz, dijo luego:

—¿Es que soy yo un obstáculo para esos amores a que tanto se opone *Mari-Cruz*?...

—Un obstáculo, no. Una prohibición. Como que si usted no influyera sobre esa pobre ignorante, por otro camino irían las cosas. Por el camino recto.

—¿Han comenzado a ir ya por el camino torcido?...

—Por el que conduzca al fin, sea cual sea. No dirá usted que no coincidimos en los procedimientos.

—¿Y cree usted que *Machalén* pasará por encima de todo?...

—Sí, señor, de todo. La conozco muy bien. Esa sí que tiene las características de nuestra raza. Dentro de su dulzura, de su bondad, de sus encantos de mujer, es tenaz, es de alma fuerte, es valiente como lo fueron nuestros hombres de antaño. Ni por usted, ni por nadie dará su brazo a torcer. Respondo con mi cabeza. Y con la de Don Venancio.

—Sus dos abogados... —murmuró el mendigo.

—Los dos que necesitaba en contra de tal fiscal—replicó secamente Don Martín.

Y en vista de que el meditante no parecía querer hacerle más preguntas, el médico cerró los ojos, resignado a sufrir la segunda *pasada* que se disponía a darle *Visente*.

—En ésta es en la que suelo *haserles* más sangre—dijo el marido de Ángela María—.

Como que algunos, la primera *na* más quieren.

Después de fricciónada con una especie de agua de quina la canosa cabeza de Don Martín, y mientras *Visente* le peinaba, el médico, que había estado observando en silencio al santurrón, díjole en tono de súplica:

—Va usted a prestarme un momento su libro... y perdone usted el abuso que hago de su bondad.

Sin replicar, el mendigo entregó el tomo a Don Martín.

—Muchas gracias. Es para leer a éste unos párrafos que recuerdo del hojear de aquella mañana, y que parecen escritos en su alabanza.

Repasando el ejemplar, buscó las hojas que menos sucias y sobadas estaban, halló en ellas el capítulo deseado, y comenzó a leer en voz alta, procurando imitar el tono enfático del meditante:

«—*Noveno día. De la ociosidad.* Debemos evitar el ocio para evitar los males en que nos facilita caer. La ociosidad es la madre de todos los vicios, y su maestra. Pocos vicios hay que la ociosidad no haya enseñado a los hombres. Quien no tiene nada que hacer es capaz de in-

currir en todo. El demonio tiene mil cosas por donde tentarle y él no tiene ninguna para defenderse. Por eso, el mejor remedio que se puede dar a un hombre que esté bajo el acecho del demonio, es que trabaje, que trabaje mucho. Porque un hombre inútil, dice Job, es ordinariamente abominable.»

El mendigo se levantó, para fijar bien ante el marido de Ángela María que aquello no le interesaba, y púsose a curiosear por el salón. Todavía no había revisado todo a su completo placer.

—*¿Y pa alabansas de mí, dise usté que se han escrito eso?...*—preguntó *Visente*, cuando Don Martín terminó de leer el párrafo—. *¿Poco me trabajo yo o qué?...*

—Por eso, justamente, parece escrito en elogio tuyo. Porque la consecuencia, si yo no soy tonto de remate, es que a un hombre que trabaja tanto como tú no tiene el demonio por donde agarrarle. En cambio, a otros, por todas partes.

Dió las gracias el barbero, no muy convencido de que aquello estuviese escrito para él, ni tampoco de que el médico lo hubiese leído con la sola intención de alabarle, sino tal vez con

otra muy distinta que había escapado a sus alcances, y, pidiendo al mendigo permiso para ello, cogió el libro, afanoso por enterarse mejor del párrafo aquél.

—Lee, lee el fruto de la meditación que has escuchado—díjole el santurrón acercándose—. Aquí lo tienes, en esta letra bastardilla del final de la página.

Obedeciendo la indicación, el bibliotecario leyó lentamente:

—«*Fruto*. Resuelve no estar jamás ocioso. Cuando te canses de orar, lee, y cuando te canses de leer, ora. Con esto evitarás la ociosidad.»

Acariciándose la cabeza, releyendo en voz baja el párrafo, que parecía no comprender muy bien, mordiéndose repetidamente su labio inferior, *Visente* estuvo dudando unos minutos. Nunca se había visto en mayor compromiso.

—¿Y trabajar, cuándo?—preguntó por fin—. Porque de trabajo, nada *dise* esto.

Se apartó entonces el mendigo, molesto por un inoportuno acceso de tos, y volvióse de espaldas para escupir.

—La ingenuidad, señor mío—dijo socarrona-



mente Don Martín, mientras se ponía el sombrero—. La hermosa ingenuidad que tanto alababa usted antes.

Y despidiéndose con un «hasta la tarde», que el santurrón aceptó en silencio, salióse del *bachoqui*.

Poco después de marcharse Don Martín, llamó en la puerta de abajo, dando contra ella dos fuertes aldabonazos, el *jebo* encargado de repartir el correo por las aldeas del valle. Cerca de veinte cartas, porque se le habían amontonado las de varios días, ya que por dos o tres de ellas solamente no merecía la pena de llegarse hasta allí, sumaban las que entregó a *Visente*. Revisólas éste, cuidadoso y pacienzudo, al hacerse cargo de ellas, subió otra vez hasta el *bachoqui*, luego de guardarse dos que venían dirigidas a él, y, en cuanto entró en el salón, cerró la puerta, corriendo después el pestillo.

—¿Vas a verlas, ahora?—preguntó el caminante, aproximándose a la mesa en que *Visente* había dejado las cartas.

—Sí, pues. Por eso he *serrao*.

Acto seguido, dividiéndose el trabajo entre ambos, comenzaron el cartero y el mendigo a

reparar las cartas una por una, meticulosamente, fijándose mucho en los sobres, estudiándolos, meditando sobre su contenido probable, y apartando, por fin, a un lado las que consideraron sospechosas.

—

—Esta para Bernabé—dijo el santurrón—, rómpela desde luego.

—No, romper no. Más vale que nos miremos. En la de *hase quinse* días, que andaba algo mal la madre le contaban.

—¿Y se la entregaste?...

—Si habrían dicho que muy mal estaba, sí, ya le habría *entregao* por si le animaría *pa* marchar. Pero, como no se era cosa de *importansia*, romper *hise*.

—Abrela, entonces. Conviene saber cómo sigue esa buena señora.

Humedeciendo los bordes del sobre con el agua, aún caliente, que había sobrado del afeitado de Don Martín, el marido de Ángela María abrió la carta dirigida a Bernabé y la leyó de cabo a rabo.

—¿De ella, verdad?...

—Sí, de ella misma es.

—¿Y dice?...

—Que ya va mejor, que unas ganas grandes tiene de verle, y que si se juega algo a la lotería de *Navidá* y le tocarían veinte duros o así, una escapada que haga *pa* pasarse con ella la Noche Vieja.

—¿Qué más dice?...

—Mucho frío que *hase*, que los olivos se han *helao*, y que mal *parese* que andan los trigos porque no ha llovido en meses.

—¿Y de *Machalén*?...

—Nada. Ni en las otras cartas de antes tampoco.

—Es extraño.

—También a mí me se aparenta raro.

—¿Sigues creyendo que es porque él no le ha dicho nada?...

—Seguro, seguro. Al menos, en las cartas que se ha *tirao* en el *busón* de abajo, ni mentar se ha hecho nunca.

—Bueno. Vuelve a pegarla.

—¿*Pa* entregarle a él?...

—Sí, esa ya puede dársele. No conviene que se pierdan todas.

—Mañana, *entonses*, le daré. *Pa* que se quede bien seca y no *conosca*.

Revisadas las sospechosas cartas restantes, en una de las cuales encontraron una postal pornográfica para *Selestino*, el meditante se dispuso a dar a *Visente* sus últimas instrucciones respecto a otro asunto, muy transcendental también, del que ya en muchas ocasiones habían tratado.

Era necesario, urgentemente necesario, que cuanto antes se implantara en la aldea, con toda seriedad, la enseñanza obligatoria del vascuence. Dos o tres meses hacía que, allá en Oñate, en el famoso Congreso de Estudios Vascos, había propuesto solemnemente un congresista que se pusieran mil duros de multa a todos los habitantes de *Euzcadi* que no aprendiesen el *euzquera* en el plazo de un año, y aunque eso de la multa en tal cuantía considerábalo el mendigo un poco exagerado y, sobre todo, difícil de cobrar, había que llevar adelante el sesudo y laudable proyecto, imponiendo como castigo, al que por ello no pasara, cuando menos la expulsión inmediata de la aldea.

Para tal fin, y como comienzo suave de la cosa, el meditante había encargado a *Visente*, al que seguramente sobraría media hora todos

los días sin saber qué hacer, el que se constituyera en maestro de los *maquetos* que a la taberna concurrían.

—Ya les he dicho, pues—dijo el marido de Ángela María—. Hoy mismo vamos a *empe-sarnos*.

—¿Y no se han resistido?...

—Como resistirse algo, sí, ya se han resistido un poco—confesó el hombre—; pero que ni un *chiquito* de vino les serviría, y conformes se han *quedao*.

—¿A qué hora va a ser eso?...

—Hoy, como lloviendo está y no trabajarán, *deseguida* de comer.

—¿Abajo?...

—Sí, pues, abajo les he dicho. Donde suelen sentarse siempre.

—¿También Bernabé ha aceptado?...

—El primero de todos. Y ayudándome *ensima pa convenserles* a los otros. Muchas palabras ya sabe que ella le ha *enseñao*.

—Ese es capaz de aprenderlo—murmuró el mendigo con disgusto—. No tiene nada de tonto.

—También los otros aprenderán—afirmó Vi-

*sente*—. Como las habichuelas pierden si no se estudiarían...

—

Don Martín, entretanto, habíase encontrado en la carretera con Bernabé, el cual, enlodados los zapatones, tristón el aspecto, regresaba de la mina en unión de sus compañeros.

Otra jornada a medio trabajo, otro día más cobrando tan sólo la mitad del jornal, por culpa de la maldecida lluvia que todo lo encharcaba y que tan peligroso hacía el laborar.

Allá en la taberna, su único refugio, también otra tarde más que pasarían silenciosos, sentados ante el vaso de vino, recordando su tierra y sus afectos.

—

—Oye, Bernabé—le dijo el médico bajando del caballo y atrayéndole hacia el portalón de un caserío donde iba a entrar entonces—. ¿Qué ha pasado anoche?...

—Lo que, desgraciadamente, tenía que suceder algún día, señor —respondió el castellano—. Que llevan mucho tiempo buscándonos, desafiándonos, y hubo alguno anoche que no se pudo contener.

—Pero, ¿fué que os insultaron?...

—Según cuentan los nuestros, sí, señor; que les insultaron fué. Y algo más también.

—Cuéntame, cuéntame cómo ocurrió la cosa. Necesito saberlo para fijar bien que no habéis sido vosotros los culpables, para reclamar ante el alcalde y el juez...

—No, Don Martín, muchas gracias. No se canse usted. ¿Para qué?... Se han empeñado en amargarnos el pan que comemos y lo están consiguiendo. Allá ellos con su conciencia.

—Pero, ¿es que les disteis cara?...—insistió Don Martín en su deseo de enterarse—. ¿Es que vosotros les insultasteis también?...

—No, señor, nosotros no. Al contrario...

Y Bernabé contó lo sucedido.

Todas las tardes, todas, desde hacía unas dos semanas, los aldeanos ante cuyas heredades pasaban al salir de la mina, anocheciendo ya, mirábanles provocadores, y con voces, quedas al principio, elevándolas más cada día, les gritaban en tono de reto:

—*¡Gora Euscadi!*...

Prudentes ellos, respetuosos para con las ideas de todos, habíanse callado siempre, siempre, continuando silenciosos su camino y no

haciendo tampoco aprecio de las risas, las bur-las y los gestos con que los aldeanos acompa-ñaban aquellos vivas.

Pero la noche anterior, resignados, como en todas, a soportar cuanto les dijese e hicieran, ocurrió algo que rebasó su paciencia. Un *jebo* gigante, uno de aquellos que habían vencido en la prueba de bueyes a la pareja *maqueta*, alzó su mano sobre el trabajador más débil de todos. Y el pobre muchacho, que también era hombre, que también tenía su alma en su alma-rio, no pudo aguantarlo.

—¡Viva España!—gritó indignado.

Nunca lo hubiera dicho. Con piedras y con palos, con cuanto encontraron a mano, una do-cena de aldeanos avanzaron furiosos sobre aquellos cuatro infelices mineros que venían los últimos, haciéndoles correr a campo tra-viesa para ponerse en salvo, y acompañando la persecución con los gritos de siempre:

—¡Gora Euscadi!...

Si los cuatro muchachos no hubiesen queda-do tan a la zaga de sus compañeros, tanto, que de lo sucedido no se enteraron los demás hasta muy entrada la noche, cuando volvieron a su posada los fugitivos, rendidos y llenos de barro



hasta los ojos, algo muy grave hubiese sucedido tal vez.

—

—¿Puedo hablar hoy mismo con esos cuatro?...—preguntó Don Martín.

—No, señor. Ya no.

—¿Pues?...

—Porque se han marchado esta mañana antes de amanecer. Con su hatillo y sus zapatos al hombro. A ganarse el pan en otra parte, si es que lo encuentran.

—Pero...

—No se extrañe usted, Don Martín. Son gente buena, gente que quiere vivir sin lucha, sin exponerse a disgustos. Como corrieron, acaso les hayan tomado por cobardes y pretendan repetir la agresión. Compromisos de que deben huir los hombres para no perderse. No sé qué mal hemos hecho para que nos odien así.

—Yo tomaré mis medidas...

—No, Don Martín, es inútil, déjelos usted... ¿Para qué discutir, para qué intentar convencerles si no atienden a razones?... Tal vez con el tiempo, cuando se convenzan de que no queremos más que su bien, de que no hemos venido aquí para robarles, sino para trabajar a su

lado como amigos, como hermanos, se ablanden lo bastante para poder soportarlos. Además, Don Martín, que no puede usted perjudicarse más por nosotros.

—¿Yo?... Si no hago más que lo que debo...

—Porque es usted bueno, Don Martín, muy bueno... Como también lo serían ellos si no les predicasen ciertas cosas... Por eso, Don Martín, créame usted y no se moleste... No nos defienda usted más, déjenos a nuestra suerte... Resistiremos cuanto podamos, y, en cuanto no pueda ser, haremos lo de los otros...

—¿Lo de quiénes?...

—Lo de esos cuatro que se han ido hoy.

—Pero...

—No, Don Martín, ya lo sé. Le he dado a usted mi palabra y la sostengo... El último en hacer el hatillo seré yo.

—Te lo pedí por ella.

—Y por ella no me he marchado ya.

—¿Te pesa?...

—Es que no sé, Don Martín, si voy a tener fuerzas para cumplir mi palabra. Me tengo miedo.

—  
Luego, tembloroso el acento, acongojado,

húmedos sus ojos, Bernabé se arrinconó en el portalón con el médico.

Y allí, cogiendo una de las manos de Don Martín, desahogó su alma toda.

Muchos días hacía que estaba deseando verse a solas con él, confiarle sus pensamientos, sus temores, lo mucho que venía sufriendo.

—

La quería más, más a cada minuto, con verdadera pasión de enamorado loco, con delirio que le sugería ideas descabelladas. La de robarla de *Aise-Onac*, llevándosela lejos, muy lejos, a cien leguas de aquel ambiente tan hostil para él, era tal vez la más sensata de cuantas a diario se le ocurrían. Iba haciéndosele ya insostenible el vivir entre aquellas gentes, todas en su contra y menospreciándole en todo, que un lunes y otro lunes, un martes y otro martes, abrumábanle con injurias, calumnias e infamias, que, gracias a la bondad angelical de *Machalén*, a su fe ciega en él, al amor, tan grande como el suyo, con que la heredera le correspondía, no habían sido ya causa de que para toda la vida se alejasen uno del otro, arrojando por tierra, de un golpe, cuantas ilusiones de felicidad se forjaron en sus muy contadas

ocasiones de idilio. Cuando aquella noche, la víspera de la fiesta en la aldea, dió a Don Martín su palabra de honor de que, cuanto más amenazada estuviera *Machalén*, más la querría, más aparentaría adorarla, más fingiría un amor grande que la valiese de consuelo y de equilibrio, no podía pensar él, hablando ahora con toda hidalguía, con mayor sinceridad que nunca, que su pasión alcanzase tal magnitud, tal tensión para su espíritu, tal tortura para su alma.

Ya no eran lágrimas las que echaba el leño puesto al fuego, sino algo más serio, algo que le hacía temblar al nombrarlo. Era sangre...

La vida de *Machalén*, y también la vida suya, veíalas a veces a dos dedos del peligro, de la resolución, tonta tal vez, pero resolución al fin, de los desesperados que por amor se matan, que se suicidan para descansar tranquilos en otra vida mejor. Y tan seguro estaba de que el mismo pensamiento tenía ella, en sus ratos de amargura y desilusión, que habíale entrado temor de verla y hacía ya dos noches que no subía hasta *Aise-Onac*. Si en los ojos, si en la voz, si en su silencio le adivinara ella tal idea, serían muy pocos los minutos que, dadas las

energías, la decisión, los arranques de *Machalén*, tardarían en ponerla en práctica. Los precisos tan sólo para escaparse desde el viejo caserío hasta las crestas picudas de la cima, y allá, junto a la ermita de *Begui-Eder*, por los precipicios que se abrían al otro lado del monte, despeñarse desde lo alto unidos para siempre en un abrazo eterno.

Atrayendo paternalmente a Bernabé, Don Martín dejó que durante unos momentos sollozase sobre su pecho.

—Cálmate, hijo mío, cálmate—le dijo luego, reconviniéndole afectuoso—, que pareces un loco de atar.

—Como que lo estoy. Ya se lo he dicho a usted.

—¿Y es de ella la culpa?...—preguntó el médico en tono de reproche.

—No, Don Martín, de ella no. La culpa es mía, únicamente mía, porque fui yo quien dió el primer paso. Si no hubiera subido jamás por *Aise-Onac*, *Machalén* no se habría fijado nunca en mí.

—O te hubiese buscado, que de todo se dan

casos. Cuando Dios dispone las cosas, lo mismo principian por un lado que por otro. Y esta cosa, este asunto vuestro, es dispuesto por Dios, no te quepa duda. Como que el remedio para tu locura voy a dártelo ahora mismo.

—¿Ahora?...

—Y verás cómo sanas del todo, verás cómo no se te ocurren más tonterías, y cómo, serenándote, dejas de pensar en fugas y en suicidios de novela para poner toda tu alma, toda, y también toda tu fortaleza, en llegar al fin por el camino recto.

—No entiendo...

—Como que no te esperas lo que voy a decirte.

—¿Qué es?...

—Una noticia grata, muy grata, pero solamente para ti, porque no me conviene que nadie más la sepa. Si Mari-Cruz y el individuo ese creyeran que *Machalén* puede salvarse, que no corre ya los peligros que yo temía, vuestro amor condenaríase para siempre. Por lo que no aprietan más en contra vuestra, es por eso únicamente. Por hacer la caridad de consentirla esa distracción, ese entretenimiento contigo, suponiéndola desahuciada. Lo que no es verdad,

gracias sean dadas a Dios, porque hoy tengo una esperanza, una firmísima esperanza.

—¿Habla usted en serio, Don Martín?...—preguntó Bernabé conmovido y volviendo a coger la mano del médico. —¿No es un embuste para animarme?...

—No, hijo mio, no es un embuste. Es la verdad lisa y llana. *Machalén* peligra todavía, pero ya no tanto. Creo, creo formalmente, que podrá vivir para ti. Cuidala, animala, que su mejor doctor eres tú, y saldremos adelante.

—Gracias, Don Martín, gracias...—exclamó el castellano, tornando a sollozar sobre el pecho del médico—. Gracias, aunque me engañe usted...

—Te aseguro que no, Bernabé. Te repito que es la verdad lisa y llana.

—¿Y puedo seguir contando con la protección de ustedes?...

—Siempre. Ya sabes lo que te hemos prometido el párroco y yo.

—Pues, una pregunta, Don Martín. ¿Estaría dispuesto Don Venancio...

—¿A qué?...

—A casarnos en secreto una mañana, siendo usted el padrino?...

El médico, que casi había adivinado la proposición antes de que Bernabé la formulara, rompió a reír cariñosamente.

—No, hijo mío, a tanto no... ¡Un casamiento secreto!... Buena la haríamos...

—¿Por qué?...

—Nos echarían de la aldea a los cuatro... Y ya comprenderás que... No por mí, aunque me dolería muchísimo el marcharme... Pero por él, por él que está tan viejo...

—Tiene usted razón, Don Martín... Perdóname usted... Había pensado una locura... Todavía no estoy curado...

—Pero vas camino de ello... Ya ves cómo no es fuga ni suicidio lo que traes ahora en la cabeza... Es tu ideal otra vez...

—Sí, mi ideal ya en firme, muy en firme... Como que ahora es cuando voy a escribirlo a mi madre... Ahora que *Machalén* va a vivir para mí... No quise decírselo nunca para no darla luego el disgusto... La noticia de que mi amor se había muerto...

—

En el piso primero del caserío sonaron entonces unas voces.

—¿Quién se anda ahí bajo?...



—Soy yo, Marichu—respondió Don Martín—. Subo ahora mismo.

En ademán de despedida, el médico tendió su mano a Bernabé.

—Una consulta antes de separarnos, Don Martín.

—Venga.

—¿Cree usted que debemos bajar la cabeza ante esas lecciones de vascuence a que quieren obligarnos?...

—Desde luego. Además, hijo—añadió sonriendo—, que a ti te serán muy útiles. Como vas a tener esposa vasca...

—¿Y cree usted también que debemos quedarnos esta tarde en la taberna, a pesar de la fiesta que van a tener arriba en el *bachoqui*?...

—También lo creo.

Después, no muy convencido de lo que aseguraba, Don Martín recomendó a Bernabé:

—Para que las cosas vayan amistosamente, para que no se agrien más los ánimos, para que no vuelva a ocurrir lo de anoche, nada como que os vean sumisos y resignados.

—¿Es orden de usted?

—Orden mía.

—Pues la acataremos. Por mucho que nos cueste. Yo le respondo a usted de nuestra prudencia, de nuestra discreción, de que nos convertiremos todos en sordos para no enterarnos de nada.

—Que así sea.

—Y gracias, Don Martín, muchas gracias por el remedio que me ha dado usted para curarme... Ya me parece que estoy mejor, bien del todo, con fuerzas sobradas para cumplir mi palabra...

—¿No harás el hatillo?...

—No. No lo haré.

Subió el médico a despachar su visita, y Bernabé, riendo alegremente, hablando en voz alta, sintiéndose otro hombre, se encaminó a la posada.

De un automóvil, que venía guiando un chofer con boina roja, descendieron entonces ante el Ayuntamiento los oradores que desde Bilbao remitían para la inauguración del *bachoqui*. Eran cuatro, únicamente cuatro, y habían escrito que serían ocho.

—Como ya me barruntaba que no se manda-

rían tantos *pa* hablar—díjoles el alcalde al recibirles en el portalón—, y que eso de los ocho por la comida *na* más sería, *pa* cuatro sólo hemos *preparao*. Pero estéis tranquilos. *Dose* también, cuando *pa* cuatro preparamos, ya pueden comer y sobrarse además.

El chofer sacó del *auto* una cesta con doce botellas de *champagne*, que los concejales miraron relamiéndose de antemano, y subieron todos al salón de sesiones. Para unas tres horitas *o así*, por lo mucho que habían de tratar y discutir, tenían tela cortada.

Cerca de las cuatro, cuando todos los *erris* del valle y de los altos hubieron tomado sus cafés y sus copas en el *bachoqui*, servidos por Ángela María y por su marido, que estaban ya derrengados de tanto subir y bajar la escalera, recibióse el tercero o cuarto recado, diciendo desde el Ayuntamiento que tenían casi ultimado el programa y no tardarían en venir; y calculando todavía una media hora de libertad, porque los de arriba habían pedido cartas y principiado a jugar al *mus*, en mejor espera del comienzo del solemne acto, quiso aprovecharla *Visente* para dar la primera de las lecciones de

vascuence a que con el meditante se había comprometido.

—Los nombres de los meses es lo primero que voy a *enseñarvos*—dijo a los *maquetos*, autorizándoles antes para que cada uno pidiese lo que deseara, siempre, por supuesto, que adelantasen el dinero—. Lo más *fácil* creo que *vos* será *pa empesar* el estudio.

Y en un papel de estraza, silabeándolos en voz alta al mismo tiempo que los escribía, el improvisado maestro detalló los doce nombres de los meses, de conformidad, desde luego, con la moderna ortografía que era su orgullo. Decían así:

—*Urtarrilla, Zezeilla, Epaila, Jorrailla, Lorrailla, Bagilla, Garagarrilla, Dagenilla, Irailla, Urría, Zemendia... eta Lotazilla.*

Quedáronse un rato en silencio los castellanos, algo amedrentados ante aquella primera lección que *Visente* les daba, y Bernabé, el cual había exigido de sus compañeros ser él quien llevase la voz cantante en todo, preguntó:

—¿Y para cuándo tenemos que aprendernos eso?...

—Esta primer *lesión*—contestó el marido de Ángela María—, *pa* mañana sin falta.

—¿Para mañana?...

—Muy *fácil* es, hombres, no *asustarvos* por tan poco—apresuróse a responder el maestro. —Como casi todos los nombres se terminan en *illa...* de *carretilla* aprenderéis *deseguida*.

Diéronse por convencidos Bernabé y sus compañeros, seguros de que si a la lección no se prestaban no les servirían más en la taberna, su único abrigo en los días de lluvia y sin trabajo; y decididos a poner buena cara al mal tiempo, pidieron el papel de estraza a *Visente*, lo leyeron uno tras otro en voz baja, y empezaron luego a repetirlo procurando contener la risa que a todos les retozaba.

En la taberna, con suave rumor, resonaban como una letanía los nombres de los meses:

—*Urtarrilla, Zezeilla, Epaila...*

Y *Visente*, orgullosísimo de lo bien que marchaba su primera lección, sonreía con aire triunfal.

Largo rato después, cuando ya alguno de los *maquetos* iba cansándose de la pesada broma, y en vez del *Zezeilla* o *Garagarrilla*, dejaba escapar, al repetir los nombrecitos, algún que otro

*zarzaparrilla*, pronunciándolo con s, cosa que comenzó a molestar al maestro, oyóse a lo lejos la *Marcha de San Ignacio* y llegaron desde el Ayuntamiento, precedidos del *chistu* y el tamboril, el alcalde, los concejales y los cuatro oradores designados por el partido para la mayor esplendidez del acto.

—

Todos ellos, despachada la cesta de *cham-pagne* que desde Bilbao trajeran, y bien discutido y ordenado el programa de aquella especie de *mitin* que iban a celebrar en el *bachoqui*, cruzaron por la taberna, mirando a los castellanos por encima del hombro, tosiendo algunos fuertemente para significar con ello que eran los amos, y echando hacia lo alto, como si fuesen locomotoras, las cerradas nubes de humo que arrancaban de unos habanos grandes como estacas. De a *sinco* pesetas dijeron que eran.

Separóse entonces *Visente* de los *maquetos*, volviendo a repetirles que *pa* mañana sin falta tenían que aprenderse aquella *primer lesión*; y recomendándoles, además, que *tendrían prudensia* con lo que arriba pasaba, si no querían arriesgarse a que bajaran todos de pronto y les repartieran unos cuantos *plastasos*, subióse

al *bachoqui* para cumplir con los deberes que en tan alta ocasión le imponían sus ocho carguitos.

Unos cuantos aplausos, muy pocos, porque la mayoría de los aldeanos estaba ensimismada en los placeres del *mus*, y no les fué grato que les interrumpieran, saludó tibiamente la aparición de los oradores tan anunciados.

Y mientras los *leaders* se acomodaban, allá en la mesa presidencial, la de los ajetreos de *Visente*, entraron otros dos personajes en el salón.

Uno de ellos, el caminante, que se arrinconó, escondiéndose, entre los aldeanos más viejos, y el otro, Don Martín, quien, aceptando la silla que le ofreció un *mutil* amablemente, púsola cerca de los oradores.

Sonó una campanilla, imponiendo silencio, porque con el arreglo de las cuentas todos estaban discutiendo entonces, hasta amenazándose algunos por causa de *amarrecos* y *órdagos* en los que juzgaban se habían hecho trampas, y la voz del alcalde, a quien los tribunos habían ordenado cómo debía de ser su discurso de apertura, dijo solemnemente:

—*Pa* que aguantéis mejor la sesión y *vos* estéis bien fijos en lo que van a *desirvos*, me encargan éstos que *vos* pidáis lo que *vos* dé la gana. Ellos pagan.

Repitiéronse los aplausos, unánimes ahora, mientras Don Martín sonreía burlón, y acto continuo dieron principio los pedidos.

—¡Besugo de escabeche tráetel!... ¡Un *asumbre* de tinto *pa* nosotros!... ¡*Merlusa* con salsa *pa* éstos!... ¡Café!...

Por temer que él solo no se bastase para todo, y por considerar, también, que no casaba mucho con su cargo de secretario aquello de actuar de mozo en tales instantes, hizo subir *Visente* a Ángela María y las dos criadas que habían servido la comida en el Ayuntamiento, y sin más preámbulos comenzó la anunciada sesión.

—

Sobre un *piesesito* de madera, allá en el frontis, tras la mesa directora, una pobre imagen en yeso, churriguerescamente pintada, parecía presidir el acto. Era el Sagrado Corazón de Jesús del que nadie había hecho caso, y ante el cual ni siquiera se habían tocado sus boinas los aldeanos.

—



—Poco voy yo a *hablarvos*—dijo el primero de los oradores—porque algo *delicao* del estómago me ando, y con esto de la *propagación* que nos estamos *hasiendo* por las aldeas, mal me caen las comidas. Sobre todo a las dos horas o así. *Peresosidá* de la digestión, que me hago con retraso, *disen* que es, y *cansansio* también por el mucho estudio que nos traemos con esto de la cultura y las *conferencias*.

Hizo el hombre una pausa, bebió un gran sorbo de agua, en la cual ya había echado, antes de levantarse a hablar, un puñado de bicarbonato, y prosiguió:

—Lo *esensial*, como *simiento pa la independensia* de *Euscadi*, que ya casi tenemos ganada en *Madri* con lo que les hemos *asustao*, ya sabéis lo que es. *Haserle* guerra a muerte al *maqueto*, guerra sin compasión. Porque el *maqueto* es *bisco*, es cojo, es *delgao*, es *torsido* y pálido, y el que no es así por la *apariensia*, mucho peor se es por *drento*.

Luego, sacando un viejo periódico que, cual oro en paño, guardaba como recuerdo de las primeras campañas que en Vizcaya se hicieron en tal sentido, leyó en voz baja uno de los párrafos, porque se le había olvidado en aquel

instante, y, alzando su diestra en el aire con gesto dogmático, lo repitió casi a la letra:

—Si algún día le veis en la ría *hogándose* a uno y pidiéndose socorro en español, *asegurarvos* bien si es *maqueto*, preguntándole en *vascuense*, y si *maqueto* es, deis media vuelta y *marcharvos hasia otro lao pa* que se *hogue* pronto.

—Muy bonito — dijo socarronamente Don Martín—. Muy bonito...

—¡Que calle ése!—gritó una voz.

—¡Que calle!—corearon otras.

—Y muy cristiano—insistió Don Martín, buscando con la vista al mendigo—. ¿Verdad, señor del libro?...

Generalizóse la protesta, tornó a repicar la campanilla, y el orador, que ya con aquello que había dicho daba por terminado su discurso, volvió a beber del agua con bicarbonato y sentóse entre los suyos. Unos aplausos, que inició el santurrón, premiaron su discurso.

Satisfecho de la actitud que el público había ya adoptado hacia Don Martín, el mendigo pei-

nóse las barbas con sus dedos, y se frotó después las manos, ocultándolas bajo la mesa.

—  
Sobre las características de la raza vasca, absolutamente distinta en todo de la raza española, habló después el segundo de los tribunos, el cual, según dijo formalmente, luego de tropezar por dos o tres veces en la pronunciación de la palabreja, había hecho profundos estudios de *antrapometría* y otras cosas de la *cabesa*. En eso estaba la *diferenciación*.

—  
—*Quitéis* las boinas y *tocarvos* un poco por la parte de arriba. *Aplastao* tenemos el *serebro* igual que un plato, de la costumbre que nuestros *antepasaos* tenían de llevarse piedras grandes de un *lao pa* otro, cuando se vivían en las cavernas.

Abandonando con pena los trozos de besugo y las tajadas de merluza, que estaban comiendo sin tenedor, descubriéronse los aldeanos cuidadosamente, y empezaron a repasar sus cabezas en confrontación de aquello de la *antrapometría*, aprovechando algunos el motivo para limpiarse en el pelo los dedos pringosos.

—*Toquéisvos* también el *cocote*—dijo el ora-

dor, después de dar tiempo a que terminasen sus oyentes la prueba primera—. Como salido *pa* fuera tenemos y más *desarrollao* que los españoles.

De muy mala gana, porque ya estaban temiéndose que, si se repetía mucho aquello de los tocamientos, no iban a poder merendar tranquilos, echaron mano los aldeanos a sus cogotes respectivos, se los palparon a la ligera, e hicieron demostración, con unánimes asentimientos de cabeza, de que sí, de que los tenían más *desarrollaos*.

—Las *narises*, también, mucho más largas nos tenemos—afirmó después acariciándose la suya que era de gran respeto—. Pero no vos toquéis ahora, porque estáis comiendo.

Y sin solicitar de sus oyentes que comprobasen ninguna otra característica, pues no le había escapado el disgusto con que obedecieron en la del *cocote*, concluyó su disertación *antra-pométrica* con unas enrevesadas disquisiciones sobre la *diferencia* entre el ángulo *fasial* vasco y el ángulo *fasial maqueto*, cosa de la cual no entendieron los aldeanos ni una palabra.

—Respecto de lo que ha dicho usted, no tengo

observación ninguna que hacer—dijo Don Martín al orador, inclinándose ante él afectuosamente—. Se conoce que ha estudiado usted muy a fondo esta cuestión.

—Regular...—repuso el *leader* adoptando un falso tono de modestia—. Regular...

—¡No, hombre, muy requetebién! Sobre todo en eso de las narices ha estado usted acertadísimo. Ni en España ni en nación ninguna se encontrará otra más larga.

Halagado por aquellos elogios, cuya ironía no acertó a comprender, el orador tendió su diestra hacia el médico.

—*Gracias*, Don Martín.

—No hay de qué.

Y muy orgulloso del éxito que con sus disquisiciones había obtenido, nada menos que ante un doctor, volvió a acariciarse el descomunal apéndice.

No pasó inadvertida la burla para el meditante.

Bilioso, disgustado, indicando a *Tibur*, *Manu* y *Santi*, interrupciones en contra de Don Martín, que los tres viejos *jebos* no se atrevieron a ha-

cer porque no tenían costumbre de hablar en público, y estaban seguros de que se avergonzarían si lo intentaran, el mendigo lamentábase de haber consentido la entrada del médico en el *bachoqui*. Mal iba a terminar aquello, si las cosas se torcían así.

—Echarle puede *haserse*—indicó *Tibur*—. O *desirle* que se *vaiga* con los de abajo.

—Mejor silbarle cuando se diga algo—advirtió *Manu*—. Él solo se marchará *entonces*.

—O tirarle una botella de pronto—indicó *Santi*—. El mejor *convensimiento* sería.

Era, realmente, una contrariedad grande, que en aquel acto tan formal, tan sagrado, de tan honda transcendencia para el porvenir de Vizcaya, estuviese presente, llevándoles la contraria en todo, burlándose de ellos, aquel *maldesido* Don Martín que tan defensor de los castellanos se había hecho.

Implorando la protección de la imagen, el mendigo elevó sus ojos hacia el frontis.

—De la *conveniencia* y *nesesidá* de no tener más lengua que el *vascuense*—dijo el tercer Demóstenes, levantándose—estoy *encargao* de *hablarvos* yo.

Nada como saber únicamente el *eusquera* puro—fué diciendo el hombre—, para no enfriarse en el cariño a *Euscadi*, para no verse tentado por las cosas modernas que llegaban desde España, y para no correr el peligro de contagiarse con vicios y malas costumbres que nunca tuvieron asiento en el país vasco. Sabiendo el vascuence solamente, llegando a consagrarlo como lengua única, oficial y obligatoria, se volvería mucho más firme, mucho más profundo, mucho más santo, el sentimiento de la *independensia*. Y como nadie les entendería en ninguna parte, ningún *maqueto* atreveríase a venir por allí. Por eso era muy de alabar lo que en otras aldeas, muchísimo más civilizadas ya que ésta en eso de la *propagación* del *nasionalismo*, venía observándose desde hacía tiempo. Tanto que había alguna—y el orador la citó por modelo—en la cual ningún chico, desde siete años para abajo, ninguno, entendía una palabra de castellano ni de ningún otro idioma.

—Gusto y envidia da el irse allí—concluyó diciendo—. Aparte los trajes, que son modernos como éstos, igual que en la época *felis* de las cavernas viven.

Unos aplausos espontáneos, sinceramente cordiales, aprobaron aquella defensa y elogio del idioma vasco, sobre cuya antigüedad remotísima había también dicho el tribuno que era tan viejo, tan viejo, que algunos tenían la opinión de que fué el mismo que hablaban Adán y Eva con sus compañeros del Paraíso. Otra razón y otro derecho más para la independencia de *Euscadi*. El día, ya cercano, en que no se oyese por las montañas vascas hablar más lengua que el vascuence, el vascuence puro que varios sabios estaban arreglando a escape *pa la enseñansa*, tan bien o mejor que antes de aquello de la serpiente se viviría en Vizcaya.

Las ovaciones, más alegres y nutridas, porque la merienda y el vino iban haciendo sus efectos, se repitieron entonces, aunque no todos los oyentes eran incondicionales, ni mucho menos, de los *leaders* que tan convencidamente voceaban sus teorías.

—Oyete un poco, tú—decía un *erri* a otro, bajando mucho la voz—. ¿Y por qué no se hablan éstos ahora en *vascuense*?...

—Porque no saben—contestó misteriosamen-



te el consultado—. *Pa propagación na* más recomiendan.

—¡Quiá!...

—Todos estos oradores y *diputaos*—insistió el otro—ni *egunón* tan siquiera saben *desir*.

—Mal van a andarse, pues, si caen al agua.

—Nadar sabrán.

—¿Y cómo, *entonces*, les enseñan *vascuense* a los hijos?...

—A los suyos, no. *Fransés* y inglés sé yo que les *hasen* aprender.

—¿*Pa* qué?...

—*Pa* ver si se salen algo más listos que ellos, creo yo que será.

—¿De modo que el *vascuense*, *pa* los pobres, eh?...

—Así es. *Pa* tenernos siempre bien *amarraos* y que no nos sepamos nunca ni palabra de nada.

Otros dos *jebos*, igualmente recelosos, hacían también sus comentarios.

—Muy bien se está todo esto contra *maquetos*, pero yo, lo que es, un peligro me estoy baruntando.

—¿Qué, pues?...

—Que si la *independensia* nos conseguimos

y no permiten más que *vascuense* y las ideas que ellos manden, sin *chiquita* vamos a andar-nos siempre.

—¿Por?...

—Porque no habiéndose partidos diferentes, como borregos nos traerán, y ni *elesiones* habrá ni nada tampoco se pagarán por los votos.

—*Verdá* es. No me había yo *reparao*.

—Algún partido nuevo habrá que pensarse *pa haserles* contra *entonses*.

—*Rasón* tienes. Un partido fuerte.

—*Errepublicanos* anarquistas o así les haría pagar mucho.

—Ateos, también, muy bueno sería.

—

El meditante, mientras tanto, se agazapaba más en su asiento. Venía ahora lo principal, lo preparado por él como *fruto* de la sesión aquella.

—

—Yo voy a *serrarme* este *solene ato*—dijo, alzándose entonces, el cuarto orador— con una *recomendación* que, por *serse* la base *pa* la vida de nuestra *rasa*, *pa* la vida del *vascuense* y *pa* la vida de todo, pronto nos convertiremos en ley obligatoria.

Y fijando su vista en el mendigo, del cual había recibido, por mediación del alcalde, el ruego de que no dejase de hablar terminantemente sobre tal extremo, afirmó con energía:

—Es *presiso, presiso por ensima* de todo, que por ningún *pretesto* ni por ningún *consepto*, por ninguno, nos permitamos nunca que una mujer nuestra, una mujer de *Euscadi*, se case en jamás con un *maqueto*. Antes matarle a él.

Como sacudido por un latigazo, quitándose el sombrero y arrojándolo bruscamente sobre la mesa presidencial, Don Martín, colmada su paciencia, se levantó indignado.

—¡Basta, basta ya!—rugió con voz de trueno—. ¡Basta ya de sandeces y de infamias!...

Y sin abandonar su bastón, amenazador el talante, desahogó, temblando de cólera, cuanto había venido pensando desde que comenzó el acto aquel.

De Vizcaya, de su hermosa y noble Vizcaya, de su Vizcaya adorada, estaban haciendo, desde que inventaron aquello de *Euzkadi*, aquello que no era la patriarcal *Vasconia* de tradiciones

veneradas, ni tampoco la *Euscalerria* feliz de los Fueros y las santas libertades, un algo muy torpe, un algo muy triste, un algo muy bochornoso, que para la *Vasconia* y la *Euscalerria* verdad, para la Vizcaya sagrada de sus padres y sus abuelos, venía ya cayendo como un borrón, como una mancha denigrante, sobre las glorias y la lealtad, inmaculada siempre, de su historia brillantísima dentro de España, la vieja madre España, por cuya reconquista supieron luchar como héroes los bravos vizcaínos, allá en las Navas de Tolosa, al lado de los castellanos, y por la defensa de cuyo honor, también contra los moros, apenas hacía medio siglo que Vizcaya mandó al África sus tercios valerosos, aquellos tercios, diezmados por el fuego de las espingardas y el filo de los alfanjes, que a su regreso en Madrid, en la capital de *Maquetania*, fueron recibidos con aplausos y abrazos de sus hombres, con flores y con sonrisas de sus mujeres.

Y él, Martín de Mojarrieta y Amechazurra, vasco por su sangre desde remotas generaciones, con sus cuatro apellidos vascos también, vascos hasta la mismísima medula, quería ahora, como vizcaíno de corazón, y, por consi-

guiente, como español a machamartillo, romper una lanza por su Vizcaya noble, por su Vizcaya muy leal, por su Vizcaya española.

Todas aquellas campañas hipócritas, solapadas, de propaganda en las sombras, con la moderna imagen de Jesús por delante siempre, la *Marcha de San Ignacio* a toda hora, las lecturas cristianas a todo instante, y hasta en la sopa las predicaciones en pro de la caridad que el Salvador trajo por lema al mundo, eran una farsa, una comedia burda, una cobardía sin nombre, un pecado tan grande o más que una blasfemia horrible, porque a pretexto de todo ello, escudándose tras lo santo y respetable para dar a mansalva las puñaladas por la espalda, esparcíase y fomentábase, precisamente, lo contrario de lo que Jesucristo predicó siempre, es decir, el desprecio y el odio, en vez del amor al prójimo, la guerra a muerte contra el *maqueto*, como había recomendado el orador primero, en lugar del cariño hacia el amigo, hacia el compañero de trabajo, hacia el hermano, que, confiado en la hospitalidad de Vizcaya, en su nobleza, en el pacto fraternal que con su sangre les firmaron cien veces los vizcainos en los campos de batalla, venía hasta aquí para

ofrecer humilde, a cambio de unas pocas pesetas, sus brazos, sus fatigas, su vida tal vez.

—¡Y *pa* robarnos!—dijeron unas voces ocultándose.

—¡Silencio!—gritó Don Martín, alzando airado su bastón—. ¡Silencio hasta que yo termine!

—¡*Calléis* todos!—ordenó el alcalde cortésmente.

Agradeció el médico con una sonrisa la atención del presidente, y, algo más sereno, prosiguió su oración.

En cuanto a aquello del vascuence, la lengua primera que él aprendió, la que le hablaron siempre sus padres, bien sabían todos cómo lo hablaba y cómo lo quería él. Pero los tiempos modernos no eran como los tiempos antiguos, como aquellos tiempos campestres en que no se hablaba más que de los trigos y del maíz, de la caza y de las vacas, de la tierra y de la comida, del bueno y del mal tiempo, de la leña que se cortaba en el monte y de los amores junto a la fuente. No, los tiempos habían cambiado mucho. Ya no era Vizcaya una región

por la que nadie venía nunca, un escondite de montañas agrestes, un lugar casi ignorado, sino una provincia afamada por sus riquezas, por sus minas y por sus industrias, en relaciones ya con el mundo todo, y sobre la cual había que atraer simpatías, amistades, afectos, y no alejamientos, ni tampoco enfados y hostilidades.

El castellano, mejor dicho, el español, la lengua que hablaban por toda la tierra cien millones de almas, y en la cual tantos excelsos libros se habían escrito, con *Don Quijote de la Mancha* a la cabeza, cien codos por arriba de los mejores que en veinte siglos produjo el mundo entero, tenía que ser siempre, forzosamente, por conveniencia y por corazón, la lengua que nunca podría borrarse de Vizcaya, nunca, si quería guardar su puesto cada día más alto en la civilización y en la vida moderna.

Únicamente en una cosa, en un extremo, concedía él supremacía al *euzquera*, tan humilde en su antiquísimo vocabulario, sobre el idioma esplendoroso de Cervantes el inmortal.

Referíase al amor, al amor que, precisamente por ser amor, de tan pocas palabras necesitaba...

En los *zorricos*, en aquellos pocos cantos nacidos del alma sencilla del pueblo, compuestos

por poetas que acaso no entendían de versos, estaba la prueba de lo que decía.

De tal dulzura, de tal verdad, de tal encanto eran, que si él se hubiera enamorado alguna vez, no habría acertado a hablar a su amada mas que en *euzquera*, en el mismo *euzquera*, muy pobrecito de palabras, pero muy caricioso, muy tierno, muy hondo, en que siempre le habló a él su madre, el único amor que tuvo en el mundo.

Por esto le repugnaba, por esto de que el vascuence, según él, era un idioma de afecto, de cariño, de amor, que quisieran convertirlo ahora en base de rencores, de odios, de guerras a muerte, imponiendo su enseñanza como condición precisa para conseguir un pedazo de pan y también un vaso de agua. No, no era imponiéndolo por la fuerza, como lograrían hacerlo un hablar respetado, simpático, atrayente. El camino a seguir era otro muy distinto, completamente contrario. El de crear poetas, grandes poetas que en vascuence cantaran sus alegrías y sus penas, literatos que sobre las glorias de Vizcaya escribiesen y la defendieran en sus luchas, novelistas que encomiasen la belleza de sus paisajes y pintaran los encantos de sus costumbres y del vivir en sus aldeas.



Por el amor, por la poesía, por el arte, no por la fuerza y la amenaza, es como se difunde un idioma y se conquistan admiradores y adeptos para él.

—¡Pero éstos—interrumpió, sin poder contenerse, uno de los *jebos* que antes comentaran—otra cosa quieren! ¡*Brutalisarnos!*...

Cincuenta voces se levantaron contra el aldeano.

—¡*Brutalisarnos pa* que no seamos nadie! —repitió el hombre sin arredrarse—. ¡Y *pa* tenernos bien *amarraos* siempre!...

—¡Tienes razón, mucha razón!—gritó el médico sobreponiéndose al escándalo con su voz potente—. ¡Amarrados por el dinero, por ese dinero que nos está corrompiendo el alma!...

Luego, calmado el incidente, en el cual no quisieron intervenir los *leaders* del partido por temor a quedar en ridículo si en vascuence les replicaban, hizo Don Martín unas ligeras apreciaciones sobre la dificultad enorme de que llegasen a tener poetas, literatos y novelistas, por culpa, desgraciadamente, del desprecio enorme, más creciente cada día, que las gentes abriga-

ban hacia todo lo que fuese estudio, arte, espiritualidad, y no riquezas enormes, fortunas por la suerte improvisadas, millones amontonados por el azar, y afirmó rotundamente, para terminar con aquella infundada aspiración de la independencia, que mientras no tuviesen poetas, literatos y novelistas, voces y plumas que hablasen a la inteligencia y al corazón, no al estómago y al bolsillo, tampoco conseguirían jamás, no ya el sueño loco de la separación de España, sino ni siquiera los antiguos Fueros y libertades santas que con su reaccionarismo y su equivocado proceder estaban acaso enterrando para siempre.

—¡Hombres, hombres con alma y con talento!—clamó Don Martín, implorándolos—. ¡No besugos como éstos!...

— Cambiaron unas palabras los oradores, y el más gordo de ellos, hombre quisquilloso y de pundonor exagerado, levantóse decidido a exigir una satisfacción.

—¿Por mí se ha dicho *usted* eso de besugos?...

—No, por usted sólo no—replicó el médico con entereza—. Por los cuatro.

—Ya me se figuraba que sería por todos.

Y satisfecho de la explicación aquella, que quitaba a la injuria el carácter de personal, volvió a sentarse entre los suyos y propuso al presidente que levantara la sesión.

—¡No, todavía no!—protestó el médico con energía—. ¡Me falta lo principall...

Nervioso y descompuesto por completo, el mendigo acarició, metiendo la mano por entre su gabán harapiento, la culata de la tosca pistola.

—¡Que hable, que hable!—chillaron unas voces partidarias de Don Martín—. ¡Que hable, pues!...

—¡Habéis dicho antes que hay que matar, y aquí estoy yo—dijo el médico, tirando el bastón, abriéndose la chaqueta y presentando su pecho—para que comencéis por mí si es que os placel...

Acto seguido, con mayor elocuencia aún que antes, verdaderamente inspirado, enardecido, Don Martín defendió los amores de *Machalén* y Bernabé. Así, bien clarito, sin tapujos ni disfraces, con sus nombres por delante. Para que supiesen todos que si él protegía las relaciones

aquellas, era por convicción, porque estaba ya harto de tanto matrimonio entre parientes, de tanta boda por interés, de tanto casamiento por cálculo, de tanto contrato de compra-venta donde el amor no aparecía por parte alguna, de tanta enfermedad heredada, de tantas debilidades y tantos tristes pesares que ante sus ojos de doctor pasaban. Para que la raza no degenerase, para que se remozara, para que sus hijos fuesen hermosos, intelectual y físicamente hermosos, para que no se les pudiese llamar hijos del dinero, hijos del negocio, hijos del tanto por ciento, sino hijos del amor, de ese amor de dos almas que tropiezan y se funden, de ese amor que se tuvieron nuestros padres primeros, de ese amor que era lo más grande que Dios había hecho en el mundo, nada como la unión entre los que se encontraban por la vida, viniendo uno y otro desde lejos, desde muy lejos, sin conocerse ni de nombre, sin haberse visto jamás, amándose de pronto y porque sí, por llegar, precisamente, de un lado, el uno, donde no había más que poetas y artistas, a un lado, aquel en que estaba el otro, donde el dinero y no el espíritu lo eran todo. Y él aseguraba, profetizaba, que los hijos de *Machalén* y Bernabé serían hijos hermosos,

muy hermosos. Quienes no lo creyeran así, quienes intentaran oponerse a ello, quienes acatasen la infame amenaza que desde allí se había lanzado, no merecerían nunca, nunca, que una hija suya fuese amada así.

—¡Con amor de alma, amor de admiración, amor de sacrificio, amor santo y fecundo que Dios regaló al hombre como espléndido anticipo de su cielo y de su glorial...

—¡Bien!—gritaron, entusiasmados, los aldeanos disidentes—. ¡Bien está eso!...

—¡Fuera los *maquetos!*—replicaron, furiosos, todos los demás—. ¡Fuera!...

Y las luces del salón, obedeciendo órdenes que de soslayo dió el meditante, apagáronse de pronto.

Unas blasfemias que escucharon desde abajo los castellanos, y en las cuales no quisieron creer al principio por aquello del cartelito que les había contado Ángela María; unas bofetadas y unos golpes que las siguieron airadamente; un gran ruido de jarras y vasos rotos con los que se coronó el escándalo que tan de repente

había estallado en el *bachoqui*, hicieron ponerse en pie a todos los trabajadores de la mina.

En aquel instante, precediendo al venerable don Venancio, a quien hacía unos minutos había ido a buscar, temeroso de que, por las cosas que desde arriba les llegaban, pudiese venir algo malo a Don Martín, entró en la taberna Bernabé.

—¡Márchate, márchate, que por tu causa parece que es todo!... ¡Vete!...

—¡No! ¡Yo no me marchó!

—¡Sí, vete, vete pronto!... ¡Mira que están locos, que van a matarte!...

Y empujándolo, sujetándole, dominándolo entre todos, sacaron a Bernabé de la taberna, mientras el pobre Don Venancio, agarrándose al barandal de la escalera, pisándose la sotana, cada día más larga porque cada día se encorvaba más el viejo sacerdote, llegaba, por fin, vacilante, hasta la puerta del *bachoqui*, y la abría de un empujón, decididamente, valientemente, entrando luego entre todos, erguida su figura, los brazos en alto, descubierta la cabeza blanca, y suplicando a gritos con su voz temblona:

—¡Calléis, hijos, calléis!... ¡Por Dios y por mí

*hagáis!... ¡Por vuestro cura pobre!... ¡Por este ansiano!...*

—

A la luz que penetró por la puerta, dando a conocer a Don Venancio, sucedió en seguida la que nuevamente encendieron en el salón.

Poco a poco, silenciosos y malhumorados, empezaron a desfilan los concurrentes a la inauguración del *bachoqui*, con el meditante escondido entre ellos. Los últimos en irse, porque el párroco necesitó descansar, y quiso, además, enterarse de lo ocurrido, fueron Don Venancio y Don Martín. Abajo en la taberna no había ya nadie, ni vascos, ni *maquetos*, y a lo lejos se oían, interrumpidos por algunos *goras* a *Euzcadi*, el *chistu* y el tamboril. Era otra vez la *Marcha de San Ignacio*, que tocaban junto al automóvil en que los oradores del acto emprendían su regreso a Bilbao.

Cuando los dos amigos, cogidos del brazo, salieron a la plaza, otra vez arreciaba la lluvia y apretaron el paso.

—

Cerca de la casa del párroco, destacándose rápido entre las obscuridades, un hombre se adelantó hacia ellos.

Era Bernabé, quien, sin encontrar palabras con que decir toda su gratitud al médico, intentó cogerle una mano:

—No, hijo, a mí no. A éste...

Resistióse también Don Venancio, porque él no había hecho más que llegar tarde, es decir, cuando el escándalo ya se había dado, y continuaron andando.

De unos grupos que se movían en las sombras, y entre los cuales parecióles reconocer al mendigo, salió entonces un grito.

—  
Un grito que, canallamente, resonó en la noche como una profanación...

—¡Muera España!—había dicho la voz infame.

Y en el mismo instante oyóse correr, correr huyendo cobardemente...

—  
Ciego, exasperado, contraídos los músculos todos al calor de un eléctrico deseo que su alma no había sentido nunca, el deseo de matar, de matar, aunque le matasen a él, Bernabé avanzó unos metros, muy pocos, porque dos brazos, que todavía eran fornidos, los del santo Don Venancio, el cual, haciendo un esfuerzo sobre-



humano, había saltado tras él, le rodearon por el cuello sujetándole con vigor extraordinario.

En aquel momento, lanzadas con furia, unas gruesas piedras, dirigidas contra Bernabé, hendieron el aire.

La más traidora acaso, tal vez la que arrojó el meditante, rozóle la cara.

Un ¡ay! de desmayo, de dolor, escuchóse tras el castellano, y los brazos del párroco se deslizaron de él.

Por la cabeza blanca de Don Venancio, que, perdido el conocimiento, había rodado por el suelo, allá sobre el fango y los charcos de la lluvia, corría la sangre caliente, brotando copiosa de la herida y resbalando luego por las livideces del rostro.

—¡Vamos!—dijo Don Martín, bramando de ira. —¡Vamos pronto!...

Entre los dos levantaron del suelo al párroco, y cargando el *maqueto* con su cuerpo, marchando detrás Don Martín con el bonete y el solideo en la mano, subiéronle al comedor, en cuya mesa, cuando vino a buscarle Bernabé,

había dejado el pobre sin concluir su chocolate de las tardes.

Después de hecha por Don Martín la cura, y de obligarle, para que se reanimase, a tomar un vaso de vino, porque ni coñac ni ron había en la casa, pasáronle en brazos a su alcobita, muy bien vendada la cabeza y algo más enva-lentonado, aunque sin fuerzas para hablar todavía, y comenzaron a desnudarle, entre él y Bernabé, para acostarlo en la cama, reluciente de blanca.

Cuando le quitaron la sotana, el párroco apareció en toda su pobreza y sencillez.

Llevaba un viejo y desgastado pantalón de dril azul, pantalón de aldeano, muy limpio, pero lleno de remiendos; un grueso chaleco de lana color marrón, estrellado de agujerillos cuyos causantes habían sido la polilla y los años de servicio; y una faja que fué negra, verdusca ahora, raída y deshilachada, la cual rodeaba, cayéndole casi sobre las piernas, la cintura del anciano sacerdote.

Santiguóse Don Venancio, rezó un instante con los ojos cerrados, y acostado ya, acurru-

cándose en el lecho con la alegría de un niño a quien hubiesen dado un dulce, sonrió levemente y pronunció sus primeras palabras:

—Pobres... Unos *desgrasiaos* son... No saben lo que se *hasen*...

Después, con todo el cariño, con toda la expresividad de que su gran corazón era capaz, murmuró con dulzura:

—*Esquerricasco*, Martín... *Gracias*, Bernabé...

Unas manchas de sangre principiaron a brotar a través de la venda, y Don Martín acercóse al herido.

—¿Qué miras, Martín?... ¿Más sangre que sale *entodavía*?

—Sí, una poquita más...

—Mejor, *entonces*. Por ellos me *ofreseré* pa que Dios les perdone...

El médico, conmovido ante tanta bondad, no pudo contenerse.

Sobre la cabeza vendada del santo anciano, allá donde la sangre brotaba, tiñéndose con ella los labios, depositó un largo beso de respetos y devoción.

Luego, volviéndose a Bernabé, le dijo, como invitándole:

—Anda, besa tú también.

—¿Por qué?...—preguntó el párroco humildemente—. ¿Por qué *haséis* esto?...

Y Don Martín, arrodillándose ante el lecho, venerando así a su amigo del alma, contestó emocionado:

—Por lo que tú mismo, sin fijarte, has dicho hace un momento.... Porque tu sangre, Venancio, es sangre que redime... Sangre divina del Dios que representas... Sangre preciosa de Cristo...



JORNADA QUINTA

LA NOCHE



Una maldición parecía haber caído sobre la aldea.

—

Era la noche última del año, y en ninguna casa del valle ni de los altos, en ninguna, habíanse hecho los preparativos tradicionales de gran cena, ni tampoco los chicos acordáronse de pedir las panderetas, ni los *mutillac* habían ensayado sus *gaboneco-cantac*, ni los viejos tenían sus escopetas de pistón dispuestas para dispararlas al aire cuando llegasen las doce. Sobre un solo tema versaban las conversaciones de todos. El tema doloroso de que allí había entrado la desgracia, y de que aquel rincón tan tranquilo, tan feliz, tan plácido, considerado pocos meses antes como un lugar de alegría, de riqueza, de porvenir brillantísimo, volvía a ser otra vez una aldea olvidada, una aldea sin vida, una aldea miserable.



Las enemistades, los odios que jamás se conocieron en ella, habíanla convertido, además, en un foco de rencillas y de luchas, que ya aquella mañana misma estallaron desagradablemente. Bastó para ello, una tontería, un simple chispazo.

Jugando a *bizcaitarras* y *maquetos*, allá en la plaza, unos grupos de *muticos* habían armado una batalla campal, en broma primero, con insultos después, a puñetazos, palos y mordiscos luego, la cual tuvo como consecuencia, a la media hora de comenzada, un más serio encuentro entre los grandes.

Por separar a los pequeños de uno y otro bando, por poner paz entre ellos, mezcláronse en la refriega sus padres y sus madres, también las hermanas y hermanos mayores, y gracias a un chaparrón, que a todos los puso como sopas, no terminó la cosa trágicamente.

—

La razón de aquel malestar, de aquella nerviosidad, de aquel desasosiego en la aldea, era ante todo y sobre todo, casi exclusivamente, una razón económica.

—

Cinco o seis días después de haber sido heri-

do Don Venancio, quien, aunque muy mejorado, guardaba cama aún y decíase que tardaría en levantarse dos semanas más, todos los *maquetos*, excepción hecha de Bernabé, marcháronse carretera adelante, en dirección a Bilbao, obligando a suspender, por falta de brazos, el trabajo en la mina famosa de que tan fantásticas ganancias esperaba la aldea entera.

Y el desencanto ante la realidad cruel, habíales caído encima a todos como una ducha fría, como una losa, como la piedra de los bueyes. Ya no sería aquel valle el más rico de Vizcaya, ni se alzarían junto a su río hornos gigantes, ni se levantarían en sus terrenos fábricas de hierro y acero, ni se construirían en ellas soberbias maquinarias...

Con aquel grupo de hombres, que se fueron como despedidos, como avergonzados, bajas las cabezas e indeciso el andar, porque habían tomado cariño a la aldea y hubiesen deseado, para quedarse, que una voz o una mirada les detuvieran en ella para siempre, fuéronse también las ilusiones del mañana de esplendores en que todos se habían ya recreado.

—  
Los brazos, los pobres brazos tan desprecia-

dos antes, habíanse llevado la vida y la alegría.

Porque en aquellos de quienes se dijo siempre que no estaban allí más que para explotarles, para robarles, era justamente, aunque todavía hubiese muchos que se resistían a comprenderlo y querer confesarlo, donde estribaban todas aquellas esperanzas y sueños de fortuna.

Todos aquellos *Castillos en Vizcaya*, que, de un solo papirotazo, habíanse derrumbado.

Las más afectadas por la marcha de los *maquetos*, porque eran las que más de cerca les habían tratado, las que hasta llegaron a tomarles simpatía sincera y cordial, eran las viejas aldeanas en cuyos caseríos, convertidos en posadas, vivieron los castellanos durante aquellos pocos meses tan velozmente pasados. Y ellas respondían, por lo que siempre habían visto, de que no eran herejes, de que no eran ladrones, de que no eran tampoco asesinos. Los que tanto se acordaban de sus madres, de sus hermanas, de sus amigos de allá, de las tierras que, solamente para poder comer, tuvieron que abandonar, no podían ser gente mala ni por ningún concepto aborrecible.

Otra consideración, fundadísima, y de no poca monta para ellas.

¿Quién les pagaría todos los gastos que habían hecho para poder instalarles en sus casas; todas las *modificaciones* que hicieron para convertir en alcobas los desvanes y las cuadras; todos aquellos dispendios que suponían las camas y los colchones, las mantas y las sábanas, los nuevos lavabos y los *cacharros* de tanto coste en que a la mina les mandaban la comida a la hora del descanso?... ¿Dónde y a quién podrían vender ahora, sin perder casi todo su importe, aquella serie de trastos que ya no les iban a servir para nada?...

Y las pobres mujeres, santiguándose y retorciéndose las manos, se desesperaban.

—¡Arruinadas nos hemos *quedao pa* toda la vida!—clamaba en un grupo una de aquellas patronas sin huéspedes.—¡Y lo bien que se les engañaba con unas tristes alubias!...

Dolíanse también por otros rincones de la aldea, y a cada hora iba tomando el lamento mayor consistencia, de que, a consecuencia de un disgusto muy serio entre Don Martín y el alcal-

de, por cartas que había recibido éste desde Bilbao, ordenándole que *metería en sintura* al otro, había renunciado el médico a su plaza, y dicho terminantemente que, antes de sacrificar su dignidad, se *largaría* de allí para siempre, para siempre, en cuanto su amigote Don Venancio estuviese curado del todo.

—También el cura marchará, ya *veráis*.

—¿Pues?...

—*Pa* que no le *atisen* más pedradas.

—Pues mal va a quedarse la aldea, si se van esos. Los dos más *desentes* que tenemos.

—Como que no vendrán otros igual.

—¡Quiál!...

—Ni *paresidos* tan siquiera, aunque con candil les busquen.

Luego, sobre lo santo que era el párroco, recordando su historia de bondad y caridades, lo mucho que se sacrificó por su iglesia y por todos, y buena prueba de ello lo pobrísimo que Don Venancio estaba, seguían las lamentaciones, mezclando también la pena respecto al médico, aquel Don Martín que tan malo parecía por sus palabras, pero que tantísimo bien, tantísimo, les hizo siempre con sus obras.

—

Concretando pintorescamente el general descontento y sus causas, el estado psicológico de los espíritus tan turbados por la marcha inesperada de los *maquetos*, otras dos buenas aldeanas charlaban con diálogo cortado y breve, acurrucadas junto al fogón de la casa de una de ellas.

—Peor que si nos habríamos *pasao* una guerra *uropea* vamos a salir de esta.

—Ya lo creo. *Muchísimo* peor.

—Como que *pa* caso de apuros, ni quien nos haga una *caridá* vamos a tener.

—Sí mujer, ya tendremos.

—No esperes. Marchando el médico y el cura, ni pensar.

—Los políticos se darán.

—¿Esos?... Dos patadas en cuanto te tengan *ganao* lo que quieren.

—Arrastrarles habrá que *haser*, si llega eso.

—Mejor si nos haríamos ahora.

—*Difísil* es. Muchos partidarios se tienen.

—Porque *entodavía* no les ha *llegao* el *perjuisio*.

—¿Y ya crees que les llegará?...

—Qué *haser*, sino llegarles. A todos.

—Puede que *asiertes*. De algunos, al menos, ya me han dicho.

—¿Cuáles son?...

—Mentira va a *pareserte*. Esos que les pegaron aquella noche.

—¿Esos?...

—Sí, pues. Muchos miles de duros que les iban a darles por sus huertas *pa* la *frábica* esa, y...

—Sabido se estaba. Nada otra *ves* no les valdrán.

—Como que reventar se han hecho con la parada de la mina.

—Ellos se tienen las culpas.

—También de otros *disen* que están cambiándose mucho.

—¿Otros también?...

—De *Visente* cuentan. Nada que no vende en la taberna.

—¿Y qué tiene?... En el *bachoqui* venderá igual.

—No. Casi nada tampoco no se vende allí desde *hase* dos o tres días.

—¿Pues?...

—Muy pocos que van ya por miedo a discusiones.

—¿Miedo ahora?...

—Ellos, *presisamente*, no. Las mujeres, que no les dejan.

—¿Cómo sabes?...

—Por mí misma sé. Como yo no le dejo al mío...

—Tampoco yo.

—¿Y por qué, tú?...

—*Pa* que no le tiren culpas si se pasaría otras *ves* algo malo.

—¡Bah! Siéndose *inosente*...

—Por eso mismo. A los *inosentes* les suelen cargar luego.

—Así es.

—¿Y tú por qué no le dejas?...

—Porque *moscorra* me venía siempre.

—¡No digas!...

—Como te oyes. Una *sé* terrible le había *entrao* con eso de la *independensia*.

—Igual que al mío, *entonses*.

—

El quejumbroso clamor, pasando de unas mujeres a otras, muy confidencialmente primero, en voz natural después, a gritos luego desde ventana a ventana, llegó a concentrarse, por fin, contra el mendigo y sus predicaciones.



Un responsable, un culpable necesitaban aquellas lenguas, y sobre él cayeron todas con furioso ensañamiento.

Cuánto mejor que se hubiera marchado él, que no hacía nunca más que pedir, en vez de marcharse los otros, aquellos *desgrasiaos* que trabajaban tanto por sacar un jornal, y que, además de su labor provechosa, allí dejaban el jornal también.

—Como que el primo habían *estao hasiéndose los coitaos*.

En cambio el otro, aquél del libro...

*Consecuencia*, mucha *consecuencia* había tenido Don Martín en el discurso que *disen* que les tiró la tarde del *bachoqui*. Mucho amor, mucha *caridá pa* que se la *hisiesen* a él, y *pa* los demás nada. Ni tan siquiera el dejarles vivir tranquilos a los pobres, *quiñándoles* siempre y *disiéndoles* perrerías.

El culpable, el culpable era él...

Acobardados ante las acusaciones que tan unánimemente hacían contra ellos las mujeres todas, entrábanse los *erris* a sus casas, para

evitar que desde otras les insultaran o les tirasen algo, y encendiendo sus pipas, muy encasquetada la boina, baja la vista, caviloso y melancólico el talante, soportaban cuanto a sus costillas se les ocurría echarles en cara.

—Muy listo, muy listo, ya me sabía yo que no eras. Pero tan lerdo como te has *demostrao*, nunca me pensé. Vaya un *lusimiento* que te has *sacao* de la política. A pedir limosna con los hijos, si te descuidas algo más. Ya, ya verás, en *ves* de chuletas y así, las tripadas de *borona* que vamos a darnos.

—¡Phs!... Trabajo no faltará.

—¿Trabajo?... Ahí en la mina tenéis si serviríais *pa* algo.

—Pero, pocos *semos*.

—¿*Pa* qué, *entonces*, les habeis *tirao* a los otros?... ¿*Pa* qué, si sabíais que *vos* harían falta?...

—Por *nasionalismo* ha sido.

—¿Y qué es eso de *nasionalismo*?... ¿Ya sabéis bien qué *sinifica*, o qué?...

—Sí, ya sabemos. *Pa* conseguir cosas del Gobierno.

—También ellos *desían* que muchas mejoras *nesesitan pa* sus tierras. Y más *entodavía* que

nosotros. Porque se son *muchísimo* más pobres y se tienen menos ventajas.

—Sí, así *desían*.

—¿Y por qué, pues, no *vos* habéis *juntao* con ellos en *ves* de enfadar?... Más *fásil* habría sido *pa* conseguir luego entre todos.

—Pero, nosotros, *independensia* queremos.

—¿*Independensia*?... ¡Ay, *cocolos!*... ¡Cómo *vos* han *engañaao!*...

—Engañar, no.

—¿Que no?... A ver, pues, quién les trae otra *ves* a esos *pa* que trabajen lo que vosotros no podéis... Y a ver quién *vos* *hase* el ferrocarril que *desían*... Y a ver quién se *costruye* las *frábricas* luego... Lerdos, más que lerdos... En *ves* de *simpatisarles*, en *ves* de agarrarles bien *pa* que no se irían nunca...

Y los *jebos*, dominados por la verbosidad y las razones con que, cada vez más indignadas y amenazadoras, les combatían a todo instante sus mujeres, callábanse por fin, y fumando las pipas, silenciosos, pensaban en que acaso, acaso, tuvieran ellas un poco de razón.

Lo del ferrocarril, sobre todo, era un argumento de gran peso para los aldeanos. ¿Quién

iba a hacer el ferrocarril, si para ello no venían de España muchos *maquetos*, muchos?... ¿Y quién les pagaría la *espropiación* de las huertas, si el ferrocarril no se *hasía*?..., ¿Y cómo iban a mandar fuera el mineral, si no tenían ferrocarril?... ¿Y cómo iba a ser posible, sin ferrocarril, el levantar allí unas *frábricas* para vender luego en España las maquinarias que *hisiesen*?... Era muy serio, realmente muy serio para los aldeanos, aquello del ferrocarril.

—*Rasón, rasón* tienes en eso del *burdinbide*... —confesaban, por fin—. Sin *burdinbide*, nada no vamos a sernos nunca...

Llegada la hora de la cena, una cena, no ya de Noche Vieja, sino más raquítica que nunca, porque desde aquel día mismo había que *empesar a economisarse*, los hijos principiaban a llorar, llamando a la madre.

—*¡Ama!... ¡Ama!... Senar* queremos...

—Pues llaméisle al padre. En la alcoba se ha *entrao*.

—*¡Aita!... ¡Aita!... A senar dise* la madre...

Y sentados luego todos en torno de la cazuela de sopas, con la rebanada de pan en la mano

izquierda y la cuchara en la diestra, para ir la metiendo allí uno tras otro, la mujer continuaba implacablemente sus comentarios.

—Como el querer quitarle a *Machalén* que se case con ése... ¿Y qué, si le gusta y le quiere?... ¿No *desís* que va a haberse luego mucha *libertá pa* todo, mucha?... ¿*Libertá* como nunca se ha *conosido*?... ¿*Pa* qué, pues, no nos dejáis libres desde ahora?... ¿Un chico bueno y *honrao* no es ése, o qué?... Pues dejéisle *libertá pa* que se case y se vivan en *pas*...

—Por cuestión de *rasa* era. *Pa* no *mesclar*.

—Por lo mismo le deberíais haber *dejao*... *Pa* que con la *mescla* se habría hecho entre las dos *rasas* más *amistá*... ¿Muchos no crees que habrían también venido teniendo amigos aquí *casaos*?... Esa, esa sí que se era buena política y buena *propagación*... *Pa* que se llenaría todo esto y más baratos también los jornales...

Lo del *burdinbide*, base de toda la prosperidad y grandeza de la aldea, y también de las ganancias para sus bolsillos, tornaba a pesar sobre el espíritu de los *erris*.

—Algo, algo de *fundamentación* ya *parese* también que tienes en eso de casar...

Y los *jebos*, convencidos ya de que la culpa de no tener *burdinbide* era suya, suya por *cocolos*, comenzaban a renegar *in mente* de aquel equivocado *nasionalismo* que a tan mal trance les había traído.

Resultado lógico de estos lamentos y generales discusiones, porque las mujeres, que durante unos días habían estado pensativas y resignadas, parecían haberse dado la consigna de estallar todas al mismo tiempo en aquella noche última del año, que tan desdichadamente concluía, fué en los caseríos del valle, y en los de los altos también, adonde el clamor habíase elevado como una humareda, que, para poco después de las diez de la noche, todas las luces se apagaron calladamente, cerráronse todas las puertas, y sólo el lejano aullar de algún perro, escuchábase, como nota de vida, sobre el sueño amarguísimo de aquella aldea en lágrimas.

Sin poder dormirse, dando en sus lechos vueltas y más vueltas, preocupados por todo lo que durante el día escucharon, reproche y *pe-*

*nitensia* al mismo tiempo para su fracasado *nacionalismo*, la mayoría de los aldeanos, que tan bruscamente habían visto rotas sus ilusiones y alejadas sus fortunas, recordaban entonces, con pesar hondísimo, lo mucho que otras noches como aquélla, noches finales del año, habían comido y cantado, riéndose y bebiendo, bailando también al son de las panderetas y de los villancicos, de los *gaboneco-cantac* a cargo de la gente joven y alegre, mientras sus mujeres les sonreían satisfechas y hasta les abrazaban y ofrecíanles un beso de cuando en cuando.

Muchos males había traído sobre la aldea aquella *maldesida* política, muchos... Y lo peor era lo otro, lo que ellas con tanta *fundamentación* decían... En lugar de chuletas y así, a *borona* otra *ves* para toda la vida...

Tampoco Bernabé dormía.

La única luz, seguramente, que no se había apagado en la aldea, era la suya... Una luz débil, pobre, allá en su ventanita... Una luz que, poco a poco, parecía extinguirse tristemente...

Llenos de lágrimas los ojos, que a cada instante había de secarse para poder terminar su labor, tres cartas estaba escribiendo el *erdeldún*, escondido en la humilde alcoba de su posada, que, después de concluidas, colocó sobre la cama, al lado del hatillo de sus ropas y del sobre con dinero que, primeramente, había preparado para el pago del hospedaje.

Eran las cartas para su *Machalén*, para su Don Venancio y para su Don Martín.

Para aquellas tres personas suyas, muy suyas, de las cuales, por lo mismo que las quería tanto, había decidido alejarse sin decirles adiós verbalmente, ahorrándolas el dolor de una despedida, de una visita en la que tal vez hubieran hecho vacilar su resolución de marcharse de allí para siempre.

—

Por culpa de él, de Bernabé, había sido la pedrada al santo Don Venancio, aquella pedrada de la que luego, algún periódico de Bilbao, hizo responsable a sus compañeros de trabajo. Por culpa de él, también de él, el disgusto de Don Martín con el alcalde y la renuncia obligada de su plaza. Por culpa también de él, de él solamente, las torturas que habían caído so-



bre *Machalén*, sobre aquel su amor tan venerado, para quien no había sabido él lograr más que penas e infelicidades.

Y puesto que él era el culpable, él era quien tenía que hacer el sacrificio, él era quien debía huir, huir de noche, como un bandido, como un criminal, para que así, cayendo sobre él las furias de todos, se vieran libres de males mayores aquellas tres personas suyas, y se olvidasen los rencores contra ellas.

No se había marchado antes porque quiso aguardar a que el buen Don Venancio estuviera casi bien; porque tenía la esperanza de haber podido convencer a Don Martín de que no le defendiese ya más, de que no se comprometiera más por él, y porque, en lo que respectaba a *Machalén*, hasta aquella misma noche había estado sujeto por una palabra de honor.

No hacía aún dos horas que, allá en casa del párroco, ante la cama del herido, se lo había asegurado formal y solemnemente Don Martín. *Machalén* estaba fuera de toda amenaza, lejos de todo peligro, salvada del mal de *Aise-Onac*. Para su satisfacción, para su alegría, para su

felicidad en el porvenir, complaciase en anunciárselo así.

—

De ahí la decisión del *erdeldún*, aquella decisión que le tenía el alma desgarrada, destrozada, hecha jirones, pero que estaba firmemente dispuesto a cumplir. No sería él un hidalgo, un caballero sin tacha, un hombre digno de los suyos y de sí mismo, si, con la seguridad ya de que *Machalén* estaba salvada, no desaparecía de allí. Con su marcha volvería la paz a la aldea, tornarían las tranquilidades al viejo caserío, viviría otra vez la bella *echandria*, allá entre sus riquezas, sonriente y feliz.

—

Asomándose a la ventana, miró Bernabé hacia el alto, hacia *Aise-Onac*, oculto entonces entre las negruras de la noche, y, pronunciándolo apenas, envió, hasta allí, un adiós salido del fondo de su alma.

—

Luego, calzándose los zapatones del trabajo, aquellos toscos zapatones con la suela y el tacón estrellados de gruesos clavos, de tachuelas puntiagudas para no resbalar en el fango de la mina, echóse el hatillo a la espalda, besó

llorando las tres cartas, que allí sobre la cama quedaron, junto al sobre del dinero, dándole la impresión de que formaban el despedir de un suicida, y, apagando la luz resueltamente, salióse de la alcoba y bajó a tientas la escalera.

—

Un ambiente de humedades, de viento cálido, presagio seguro de matinales y tupidísimas nieblas, presidía la noche. En el cielo, por entre unos recios nubarrones que se rompían entonces, asomaba la luna. Aquella luna de amores, de poema, de ensueño, que, allá en el alto, precedió también al amanecer dichoso.

—

Cerrando los ojos, porque creía olvidar así, hacerse fuerte, cobrar bríos para su resolución irrevocable, Bernabé avanzó unos pasos en dirección a la carretera.

Andando despacio, muy despacio, deteniéndose por las aldeas del camino, descansando y durmiendo acaso algún rato, llegaría sobradamente a Bilbao para cuando el día clarease.

A aquel Bilbao, donde sin un ideal para su espíritu, sin aquél su amor que le consolase, tal vez tropezara también con los mismos despre-

cios, el mismo bochorno, las mismas injurias y amenazas constantes.

Misteriosa, brotando de entre las sombras, una voz suave, muy suave, murmuró a su paso:

—¡Bernabél!...

—¡Machalén!...

Y el castellano, sorprendido y desconcertado, se detuvo.

Arrobados y mudos los dos, contemplándose temblorosos, interrogándose en la noche con el fulgurar de sus ojos, que unos a otros se pedían la explicación de aquel encuentro tan a deshora y en tal sitio, un largo rato estuvieron los novios sin decidirse a hablar.

Poco a poco, instintivamente, acercáronse y se apartaron entre unos árboles.

—¿Por qué llevas ésto?—preguntó, por fin, ella, refiriéndose al hatillo—. ¿Que te escapabas es, o qué?...

—Sí, *Machalén*.

—¿Pa no volver?...

—Desgraciadamente.

—¿Y es todo eso lo que me quieres?...

—¡Todo!—exclamó dolorosamente Bernabé.

—Pues si no me *quedrias*, ¿cómo te habrías *marchao entonses*?...

—Yendo a decirte adiós, tal vez a engañarte con la promesa de regresar muy pronto.

—¿Y por qué no has hecho así?...

—Por esto que te digo, *Machalén*—contestó el castellano—. Porque te quiero con toda mi alma, porque no me creía con fuerzas para despedirme de ti...

Siguióse una pausa, una pausa durante la cual, no pudiendo reprimir su contento, la heredera sonreía.

—Pues yo—dijo de pronto con tono enérgico—a buscarte vengo.

—¿A buscarme?...

—Sí. Cosas muy grandes se han *pasao* arriba.

—Pero...

—A buscarte... o a irme contigo ahora. Lo que prefieras, elígete.

—¡*Machalén!*...

—Tú eres el amo mío. Si no te importa lo

que de mí dirán, llévame. Ya te he dicho que contigo voy.

—No, eso nunca...

—Pues *entonces*, arriba ven conmigo—ordenó la *echandría*—. Por el camino te diré qué pasa.

En un par de brincos subió el castellano hasta su alcoba, dejó el hatillo, guardóse las cartas en el pecho, y descendió presuroso.

¿Qué habría ocurrido en *Aise-Onac*?... ¿Por qué venía a buscarle *Machalén*?... ¿Por qué aquella decisión de la bella *nesca*?...

Cogiéndose de las manos, lo mismo que en la noche de la fiesta, emprendieron los dos la marcha hacia el viejo caserío.

—Mucho se han *cambiao* las cosas, mucho... Ya no podía aguantarme yo más... Tampoco los que les creíamos sus más amigos...

Secamente, terminantemente, *Machalén* había planteado aquella mañana a Mari-Cruz el dilema tantas veces proyectado, la elección para la que siempre le había faltado el valor.

O ella, su hija, la *echandría*, la heredera de

todo, o el huésped que tantos disgustos les había traído.

Uno de los dos, forzosamente, irremediablemente, había de marchar de *Aise-Onac* en el acto, sin que valieran, para no elegir, excusas ni dilaciones de ninguna clase.

Madre al fin, no poco advertida ya contra el mendigo por las mujeres de *Tibur*, de *Manu* y de *Santi*, las cuales, con diferentes pretextos, visitáronla muy temprano, la viuda había resuelto que se quedase *Machalén*.

Y murmurando sus meditaciones, sin una queja, sin una amenaza, sin un adiós, el meditante se fué.

Luego supieron que había estado por las casas de sus viejos vecinos, a la hora de comer, y que en ninguna de ellas le invitaron. Muy enfadados estaban también contra él los tres *erris*, porque con aquello de la marcha de los *maquetos* habían hecho un mal *negosio*. Unos terrenos que no servían para sembrar, allá cerca de la mina, y que secretamente habían comprado entre los tres, pagándolos bastante caros, con el propósito de revenderlos por una fortuna. Más tarde, según también les dijeron, habíase meti-

do el mendigo por unos atajos, en dirección de Bilbao, y no sabían ya de él.

—Un miedo grande le había yo *tomao* ya —dijo, estremeciéndose, la heredera—. Porque hasta una pistola llevaba.

—¿Y cómo te has atrevido a bajar a la aldea?...

—Porque mucho más miedo le tenía a otra cosa. Yo sabía fijo tu *intensión* de marchar.

—¿Y qué quieres que haga, *Machalén*?... Se han ido todos, han parado la mina, no hay trabajo...

—Porque no has *pensao* bien. Trabajo hay.

—¿Dónde?...

—En *Aise-Onac* tendrás de sobra. Mucho, mucho hay que *haserse* allí, ya verás.

—¡*Machalén!*...

—Además, que esos otros, los tuyos, pronto volverán. Antes de lo que crees.

—No, no volverán. Nos han echado, nos aborrecen...

—No importa. Nosotras las mujeres haremos que se cambien éstos. Ya hemos *empesao*.

—No te entiendo...

—Y tú serás quien les llames *pa* que vuelvan



al trabajo, Todo lo que antes era insultos y odios, cariño va a ser ahora.

—Ilusiones tuyas, *Machalén*...

—No, ni ilusiones ni *esperansas* son. La *verdá* pura es.

—Pero...

—Es que, hasta *hase* poco, la política esa, que era odio, se mandaba aquí como amo—concluyó la *echandría* con entusiasmo—. Pero ahora, ahora el amor, el amor por *ensima* de todo, es quien va a mandar *pa* siempre.

—  
Llegaban entonces cerca de *Aise-Onac*...

—Donde *Begui-Eder* quiero que vengas antes conmigo. *Pa* presentarte a ella, como haré mañana con la madre. Ya le he dicho esta tarde en la ermita.

—¿A quién?...

—A *Begui-Eder*. Unas flores de papel le he traído al *anocheser*, y *aseite* nuevo también le he puesto. *Pa* que esté elegante cuando *resiba* tu visita.

—  
Ya por las crestas picudas de la cima, a pocos pasos de la ermita, *Machalén* detuvo a Ber-

nabé, el cual, silencioso y recordando su iglesia de la vieja cigüeña, dejábase conducir pensando en su otro gran amor, en su madre.

—La primera *ves* que tú y yo nos *hablemos*, cuando aquel *amanecer*, algo ya te dije del milagro que *Begui-Eder* hiso una *ves*. Un milagro que en secreto tenemos la familia, que nadie más que los de *Aise-Onac* podemos sabernos. Pero como ya te creo el marido mío, como *obligao* quiero que quedes *pa* no pensarte más en escapar, voy a contarte ahora si quieres.

Asintió Bernabé con un movimiento de cabeza, porque la emoción le impedía hablar, y acomodándose los dos en una piedra, no mayor que aquella en la que estuvieron sentados el día de la fuente, *Machalén* se dispuso a contar la leyenda de *Begui-Eder*.

Asomando otra vez en lo alto, vertiendo su luz de plata sobre las cumbres, la luna alumbraba a los enamorados, mientras una brisa delicada y tibia, impregnada de los campes- tres aromas nocturnos, les envolvía cariciosamente.

Muchos años *hasía*, muchos, muchísimos,

puede que más de dos siglos—comenzó diciendo *Machalén* con su voz dulcísima—, un abuelo suyo, un *antepasao* que no era *entonces* aldeano, que era marino, pescador, allá en el mar, salió el *amaneser* de un domingo en su trainera, en la lancha suya, en la barca de que él era patrón, *pa* irse lejos, muy lejos, a unas treinta millas *o así*, en busca de la pesca que luego, la noche aquella o el *amaneser* del lunes, si es que no pegaba el viento bien, traerían al puerto *pa* venderse por lo que les *pagarían*, por muy poco tal *ves*, cosa que al abuelo aquél no le importaba mucho, porque ya algunos ahorritos se había hecho, y más que por el *benefisio* suyo, por que se ganasen algo los que con él andaban en la lancha era por lo que trabajaba y solía salirse a la mar.

—*Desinteresao* y más que el pan de bueno, amigo de caridades también, cuentan todos que era...

Tiempo muy fijo que iba a *hacerse*, les había dicho el *encargao* de *anunsiar* eso, cuando por las casas les despertó a la media noche... Y después de *oirse* la misa de una, y de *desirle* adiós

a la mujer, y también besarles a los hijos, que eran pequeños y durmiendo se estaban, *hasia* la mar salieron, boga que te boga, cantando todos *pa* quitar un poco el sueño, y también *pa* no *tropesarse* unas lanchas con otras porque muy *serrada* estaba la noche... *Pa* cuando *comensó* a clarear, ya les había *agarrao* bien el viento y nada de tierra no se veía ya...

—Mar, la mar por todos los *laos*, y *ensima* el *sielo*, un *sielo* limpio, limpio, porque algo de viento Sur *hasia* y todas las nubes se habían *quitaos*.

A la mediodía, pesca que te pesca, encontraron, al sacarse las redes llenas, un *pedaso* grande de madera, una *espesie* de tronco que ya iban a tirarle otra *ves* al agua, cuando el abuelo les dijo que *esperarían* porque quería verse *despasio*. Mucho le había *estrañao* al abuelo el madero aquél. Le cogió en las manos, le *empesó* a quitar hierbas y algas, y bichos de la mar que tenía *pegaos*, y, poco a poco, conforme le iba limpiando, fué *aparesiéndose* lo que el madero era, una imagen, una Virgen, sin pintura casi, estropeada toda,

y con dos *gujeros* grandes en los sitios de los ojos.

—De algún vapor *naufragao* pensaron todos que sería.

Le dejaron a la Virgen a un *lao*, *pa* enseñarse luego en el puerto como *curiosidá*, y a la media tarde, cuando andaban en lo mejor de la pesca, muy negro *empesó* de pronto a ponerse el *sielo* a lo lejos, y suspender *hisieron* el pescar *pa* escaparse *de seguida*. Miedo *disen* que daba ver la mar. Las otras lanchas, que estaban más lejos *entodavía*, escapadas venían también, con todas las velas *soltadas*, *pa* no dar tiempo a que les cogiera la galerna. Pero, *desgrasiadamente*, más de prisa que ellos les venía el mal *ensima*, y, antes de una hora, *enganchaos* estaban todos y *empesaron* a volcar.

—Una lancha primero, dos luego, otra después...

Hasta ocho dieron vuelta, muy *sercas* del abuelo, sin que ninguno se *atrevería* ni a pensar en ayudarles, porque imposible era con la

galerna tan tremenda. En salvar la vida suya, en librarse el que *podría*, era en lo único que se pensaban todos. Y el abuelo, *entonces*, se fijó por *casualidad* en el madero aquél. Sin *desirles* nada, *pa* que no se asustarían los otros si le veían a él *resarse*, agarró *disimulao* la Virgen, le puso en sus pies, y *mirándole* fijo, con la *vos* muy baja, una promesa le *hiso* si la lancha salvaba. La promesa de que le arreglaría, de que le pintaría también, y de que, *pa* que no se *andase* perdida otra *ves* en la mar, en un sitio alto y lejos le pondría.

— En un monte, *pa* que no se tuviese peligro ninguno de volver al agua.

De todas las lanchas que aquel *amanecer* salieron tan contentas, cantando todos mientras bogaban, sólo la de su abuelo llegó a tierra *felismente*. La mayor de las muchas catástrofes que se habían *conosido* en el puerto aquél. Toda la gente quedó de luto, toda, y viudas y huérfanos *na* más no se veían llorando, llorando siempre.

— *Pa* consolarles un poco, *pa* ayudarles tam-

bién con *suscripciones* que armó en Bilbao, el abuelo siguió viviendo allí unos meses...

—  
Pero sin salir a la mar, porque la mujer le lloraba, *disiéndole* que no debía dejarle en tierra a la Virgen y marcharse él en la lancha. Además, que había que cumplirle lo *ofresido*, aquello de ponerle en un sitio alto, en un sitio lejos, en un sitio donde no correría peligro ninguno de volverse a perder.

—Y el abuelo, al poco tiempo, *prinsipió* a *haser* viajes por dentro de *Viscaya*.

—  
Por fin, allí, en aquel sitio, que fué el que más le gustó de todos, mandó *haser* un caserío con los ahorros que tenía, le puso *Aise-Onac*, *pa sinificar* que aquellos vientos malos de la catástrofe, se habían *cambiao* en vientos buenos, porque le habían traído aquí con su Virgen, y después de comprarse todas estas tierras, todas, que, por aquellos tiempos, valían muy poco, gastó los últimos ahorros en *haser* también la ermita. En su altar, en el mismo que hoy tenía, puso la imagen, que ya había *pin-tao* algo él mismo, y *pa la inauguración* de

---

todo, una romería *hiso* y el párroco de abajo subió a *desir* la primer misa.

—Pero no se estaba el abuelo contento nunca, nunca... La Virgen seguía con los dos *gujeros* en los sitios de los ojos... Y el hombre no *hasía* más que pensar, pensar... Como *preocupao* y triste se andaba siempre... Mucha pena le daba que estaría *siega* la pobre Virgen...

Unos años después, cuando ya había vuelto a *haser* ahorros, porque se había metido en *negosios* de *ganao* y así, fué un día a Bilbao, vendió unas vacas, las mejores que tenía, y *pa selebrar* lo bien que el *negosio* le había *resultao*, pensó en comprar algo *pa* la mujer y los hijos, y *empesó* a dar vueltas por las calles y mirar tiendas y más tiendas. En la *prinsipal*, una de mucho lujo, la mejor que *entonses* había en Bilbao, una cosa vió que le *hiso* quedar *parao* como un tonto delante del escaparate. Una muñeca, era una muñeca *presiosa*, que habían traído de fuera, con unos ojos grandes, muy grandes, unos ojos hermosos. En el pecho tenía un letrero que *desía* «mil reales», y nadie la compraba, nadie. Por aquel tiempo no



había tanto dinero como ahora, no gastaban tanto los ricos, y una locura les habría *paresido* a todos el pagar ese capital.

—El abuelo, allí delante del escaparate, seguía mirándole a la muñeca, mirándole mucho... De pronto, se entró en la tienda, cogió la muñeca, pagó los mil reales *adelantao*, porque no le querían creer, y después que le guardaron bien en una caja, salió a la calle... Todos dijo que se reían, que se burlaban pensándose que sería un aldeano loco...

Aquel mismo día, a la media noche, cuando todo estaba *silensioso* en el monte y todos dormían, el abuelo le *hiso* levantar a la mujer, le enseñó lo que traía en la caja, porque antes no había querido *desirle*, y *empesaron* entre los dos a arrancarle los ojos. *Desesperao*, porque muy fuertes estaban, rompió el abuelo con una piedra la *cabesa* tan *presiosa*, le arrancó, por fin, y enterrada la muñeca en la huerta, con ropas y todo, en un sitio que jamás se ha sabido, subieron los dos a la ermita, le bajaron del altar a la Virgen, y trabaja que te trabaja, a las tres o cuatro horas le quedaron puestos aque-

llos ojos hermosos. Le pintaron después un poco el cuerpo, y también la cara, con pinturas muy finas y *barnises*, que en otra tienda había *comprao* con esa *intensión* el abuelo, y, la mar de contentos los dos, le volvieron a poner con mucho *cuidao* en el altar.

—Y *entonses, entonses* fué cuando se *susedió* el milagro... —murmuró *Machalén* temblando de emoción—. El milagro que *disen* que se repetirá alguna *ves*...

Sin saberse cómo ni por dónde, una *lus grande* cuentan que se alumbró de pronto la ermita, y que la Virgen, moviéndose los ojos hermosos, les miró con ellos al abuelo y la abuela, y les sonrió dándoles las *gracias* por haberle *librao* de estar *siega*.

Bernabé estrechó silencioso las manos suaves de su amada...

—Ya sabes ahora el secreto nuestro y el milagro que *Begui-Eder* hiso—concluyó la *echandría*, mientras la luna se ocultaba de nuevo de-

jándoles a obscuras—. Como si te serías mi marido, como si nos habríamos *casao* ya.

—*¡Machalén!...*—suspiró en la noche la voz del castellano—. *¡Mi Machalén!...*

Llegando confusos desde lejos, desde muy lejos, unos alegres rumores de sirenas de barcos y de ronco silbar de fábricas, alzándose, allá en lontananza, en Bilbao, bajo los resplandores con que iluminaban el cielo los fuegos y las luces del trabajo, hicieron volver a los novios sus cabezas en aquella dirección.

—El año nuevo es que se saludan así—dijo la *nesca*—. *Pa* que traiga *felisidades*...

Acto seguido, cogiendo de un brazo a Bernabé, guiándole como un lazarillo por entre las peñas de la cumbre, encamináronse los dos hacia la ermita, y empujando la puerta, que entornada había dejado *Machalén* cuando por la tarde allí estuvo, se acercaron hasta el altar.

Una mariposa de cartulina y corcho, flotando en el aceite de una lamparilla de cristal, iluminaba la imagen débilmente.

—*Mírate, mírate* qué ojos más hermosos tiene... Los que el abuelo le puso... Los que se movió aquella *ves*...

Desde la puerta, sorprendiéndoles como en la fuente del hierro, la voz opaca del meditante, sin respeto al lugar, escupiendo sobre los novios todos sus despechos, todos sus rencores, todo su odio, todo su vencimiento, dijo para *Machalén*, secamente, implacablemente, saboreando la injuria al salir de su boca sin dientes, recalcándola y gozándose en ella, una sola palabra, una palabra breve, la palabra de mayor ofensa para el alma de una mujer.

Lívido de coraje, descompuesto, Bernabé dubitó un instante.

—¡Pégale!—le dijo la *echandría*.

Y el castellano, rugiendo como un león, saltó hacia la puerta.

Más negra que nunca parecía haberse puesto la noche. Corriendo tras él, cuando ya le adivinaba, cuando ya le alcanzaba, allá por los bordes de la cima, sobre los precipicios del otro lado del monte, el mendigo se volvió de pronto,

y un fogonazo, seguido de una detonación, detuvo a Bernabé.

Contra su hombro izquierdo, algo caliente, algo que a punto estuvo de hacerle caer, había chocado con fuerza extraordinaria.

El fugitivo, en tanto, agazapándose, acurrucándose en el suelo, procurando esconderse tras de las peñas últimas que en el corte de los precipicios se alzaban, lamentando no tener otro cartucho, aguardó un momento con la esperanza de que acaso aquél fuese bastante.

Allá a lo lejos, sobre Bilbao, elevándose hacia el cielo enrojecido por los fulgores de las fábricas, acrecentábase el alegre clamor pidiendo felicidades al nuevo año...

Un claro de luna hizo brillar entonces los espejuelos del injuriador cobarde, dando al castellano la sensación de que tenía enfrente una alimaña, un sapo del monte, un no sabía qué de asqueroso y repulsivo.

Y Bernabé, reaccionando bravamente, avanzó hacia su enemigo, resuelto a matarle aunque todavía le hiriese con nuevos disparos.

Unos segundos después, contra la cara bar-

buda y amenazadora que tras una peña baja se había asomado, su tosca bota de minero pegó con despectivo y formidable puntapié.

—  
Agarrado con sus uñas a unas piedras que cedieron, el mendigo rodó hacia el otro lado del monte.

—  
Cuando Bernabé entró de nuevo en la ermita, fuertemente dolorido su hombro, la bella heredera, de rodillas ante el altar, dominada por el terror, alzadas sus manos hacia *Begui-Eder*, lloraba y suplicaba con anhelos delirantes.

—Nada, *Machalén*, no es nada—aseguró el herido, sonriendo y consolándola—. Una rozadura nada más...

Cogiéndole la *nesca* de las manos, atrayéndole para que a su lado se arrodillara, pues quería que a *Begui-Eder* le diesen así las gracias, musitaron los dos una oración sin palabras, una oración que sus corazones acaso inventaron entonces.

—*Naido su, maite...*—le dijo ella luego en vascuence—. Te quiero, amado mío...

Inundada su alma de felicidad santa, el *ma-*

*queto* contestó, en vascuence también, amoroso:

—*Naido su, maitía...*

Después, siempre enlazadas sus manos, que se oprimían con emoción febril, *Machalén* y *Bernabé* elevaron su vista hasta la imagen.

Una claridad divinamente extraña, suavísima, de resplandores celestes, difundióse entonces por la ermita humilde.

Y *Begui-Eder*, entornando sus ojos hermosos, fijólos sobre los novios con cariñoso mirar, y les sonrió dulcemente, tiernamente, maternalmente.

Bendiciéndoles...

FIN

Bilbao; 5 Febrero 1919.

## EXPLICACIONES

---

Para la mayor facilidad de quienes leyesen esta novela, y por si no todos dominaran el difícilísimo idioma vasco, he escrito cuanto sus personajes hablan en vascuence, tal como yo *se lo he oído* pronunciar a ellos. También por los centros de la mundial filología parece que se tiende a escribir tal como suenan, el inglés, el francés, el alemán, el ruso y algunas otras lenguas de menor importancia.

A continuación, el significado de varias palabras vascas, por si no he acertado a dar su traducción en el contexto:

**Aidá.**—Hala, arre. Se dice solamente a los bueyes.

**Aise-Onac.**—Vientos buenos.

**Aurreacu.**—Baile vasco.

**Aurreaculari.**—El que baila el *aurreacu*.

**Achescu.**—Lo que baila en el *aurreacu* la segunda figura.

**Arin-Arin.**—Listo, listo. Nombre que se da a un baile y también frase que se emplea para animar.

**Aurrerá.**—Adelante.

**Ama.**—Madre.

**Aita.**—Padre.

**Agur.**—Adiós.



**Arrecho.**—Tieso, firme.

**Aculari.**—El que anima con la *quiña*, con la ijada.

**Begui-Eder.**—Ojos hermosos. En plural se dice *Begui-Ederrac*; pero se emplea *Begui-Eder*, que es singular, para decir «La de los ojos hermosos».

**Bachoqui.**—Círculo nacionalista, separatista.

**Benditera.**—Pila de agua bendita.

**Bizcaitarra.**—El que es de Vizcaya, aunque por concreción y costumbre ya sancionada se llama así al que es nacionalista.

**Borona.**—Pan de maíz.

**Burdinbide.**—Ferrocarril.

**Caserío.**—Casa de campo. No el conjunto de casas.

**Catillu.**—Taza.

**Colineta.**—Tarta de bizcocho y merengue.

**Cocolo.**—Tonto, bobo.

**Chacolí.**—Vino del país.

**Chacurra.**—Perro. Los aldeanos suelen llamarles así, sin ponerles nombre ninguno.

**Chalas.**—Terneras.

**Chitas.**—Pollitos.

**Chómin.**—Domingo.

**Chantel.**—Contraseña, billete.

**Chorierrico.**—Pueblo de pájaros; pero se dice pantalón de *chorierrico*, o falda de *chorierrico*, de la prenda hecha con telas de diferentes colores y tamaños.

**Chistu.**—Silbo, especie de flauta.

**Euzcadi.**—Vasconia independiente. Los bizcaitarras escriben *Euzkadi*.

**Euzquera.**—Idioma vasco.

**Euscalerría.**—El país vasco.

**Echandría.**—La heredera, la primogénita.

**Echagún.**—El heredero, el primogénito.

**Espatadanza.**—Danza de espadas, aunque son sables los que emplean.

**Espatadanzari.**—El que baila la *espatadanza*.

**Etorri.**—Venir, ven.

**Esquerricasco.**—Muchas gracias.

**Egunón.**—Buenos días.

**Erdeldún.**—El nacido en Castilla.

**Erri.**—Aldeano.

**Gabón.**—Buenas noches.

**Gora.**—Viva.

**Gaboneco-cautac.**—Cantos de Navidad, villancicos.

**Guizon.**—Hombre.

**Guizonac.**—Hombres.

**Jebo.**—Aldeano.

**Machalén.**—Magdalena.

**Maite.**—Amado.

**Maitía.**—Amada.

**Moscorra.**—Borrachera, borracho.

**Mutil.**—Muchacho.

**Mutillac.**—Muchachos.

**Mutico.**—Chiquillo.

**Morrosco.**—Mocetón.

**Maqueto.**—Despectivamente, el oriundo de Castilla,

y, en general, todo español no nacido en *Vasconia*.

**Maquetania.**—Castilla, España.

**Maquilla.**—Palo, bastón de monte.

**Nesca.**—Muchacha.

**Nescacha.**—Idem.

**Nescatilla.**—Chiquilla.

**Ondaquines.**—Sobras, restos.

**Otana.**—Pan grande.

**Puchas.**—Leche cuajada.

**Rostrizo.**—Cerdito.

**Sanso.**—Ujújú.

**Sirimiri.**—Lluvia menuda.

**Talo.**—Torta de maíz.

**Tanque.**—Cazo.

**Uregorri.**—Agua roja.

**Vasconia.**—El país vasco.

**Versolari.**—Improvisador de versos.

**Zorzico.**—Canción vasca.

Y perdonen los distinguidos vascófilos con quienes he consultado que me haya permitido yo escribir tan sencillamente el vascuence, obligado a ello por

las dudas que me amontonaron con sus opiniones tan diversas y contrarias. Tiempo habrá de corregirlo, para posteriores ediciones, cuando todos se hayan puesto de acuerdo.

\* \* \*

Quiero también hacer constar que la leyenda de *Begui-Eder*, contada por *Machalén* en la *Jornada quinta*, no está inspirada en leyenda ninguna vasca. Es original.

M. A. C.



# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Dedicatoria.....	V
<i>Jornada primera.</i> —El amanecer.....	1
<i>Jornada segunda.</i> —Llueve... ..	37
<i>Jornada tercera.</i> —Fiesta en la aldea .....	89
<i>Jornada cuarta.</i> —Sangre... ..	209
<i>Jornada quinta.</i> —La noche.....	291
Explicaciones.....	333



## ALGUNAS ERRATAS

---

<u>Pág.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
42	2	Verduzco	Verdusco.
50	2	parduzco	pardusco.
59	15	desván y cuadra	desván y de la cuadra.
63	13	<i>pedricales</i>	<i>pedricarles.</i>
143	21	<i>auchescu</i>	<i>achescu.</i>



Handwritten text, possibly a title or header, mostly illegible due to fading.

Handwritten text, possibly a date or reference, mostly illegible due to fading.

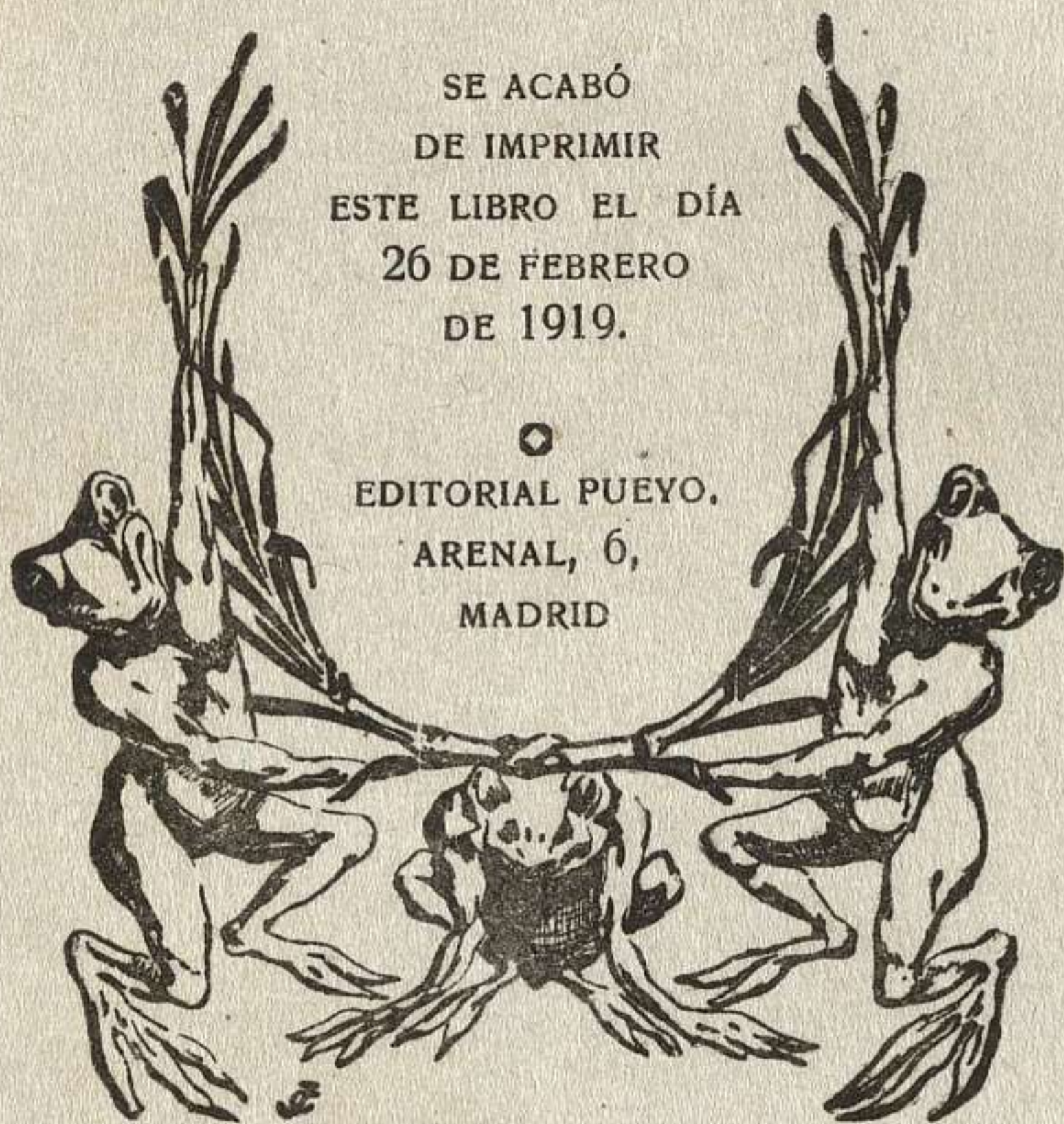
Handwritten text, possibly a list or table header, mostly illegible due to fading.

Handwritten text, possibly a list or table header, mostly illegible due to fading.

Handwritten text, possibly a list or table header, mostly illegible due to fading.

SE ACABÓ  
DE IMPRIMIR  
ESTE LIBRO EL DÍA  
26 DE FEBRERO  
DE 1919.

◊  
EDITORIAL PUEYO.  
ARENAL, 6,  
MADRID









PUEYO  
MADRID